IZASKUN ALBÉNIZ

PENTAGRAMA CRIMINAL

DO RE MI FA

Pentagrama Criminal
Volumen 1
Do Re Mi Fa

Pentagrama Criminal (Volumen 1)

Do Re Mi Fa

Izaskun Albéniz

© Izaskun Albéniz (2023)
ISBN: 9798387109027
Portada y maquetación: @F.I.A.

Todos los derechos reservados.

A todos los malincuentes.

Tabla de contenido

DO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Backstage: Algo de historia
La canción
RE
Sábado, 9 de febrero 02:30
Sábado, 9 de febrero 07:00
Sábado, 9 de febrero 00:30
Sábado, 9 de febrero 10:00
Sábado 9 de febrero 12:30
Martes 5 de febrero, 13:00
Domingo, 10 de febrero 09:00
Jueves, 14 de febrero 09:00
Jueves, 14 de febrero 12:00
Backstage: Algo de historia
La canción
MI
Capítulo 1.
Capítulo 2.
Capítulo 3.
Capítulo 4.
Capítulo 5.
Backstage: algo de historia
La canción
FA
El funeral
Nite Spot
La ventana indiscreta
Nite Spot
El último asalto
The Waltz Inn
1948: Bajo la cama
Un atraco fallido
Cuando el amor llega así
Una llamada en la noche
La testigo principal
El vertedero
Un giro del destino
En el Saint Mary
Famiglia es familia
Kevin
El interrogatorio
1948: Resurrección
Un último encuentro

Backstage: algo de historia
La canción
Antes de finalizar

DO

Capítulo 1

Un espectador asomado en un palco de cine, inclinado hacia adelante, contemplando la vida desde arriba, en un plano cenital. Como Marty McFly en *Regreso al futuro*. *Dabuten* de no ser porque lo que veía desde el techo de la parte trasera de la ambulancia no era una *peli* de ciencia ficción sino el revuelo que se había formado alrededor de mi cuerpo. Luces y sirenas cortaban de cuajo el silencio de las primeras horas del día mientras la enfermera hacía cuanto estaba en sus manos para contener la vida que se me escapaba a borbotones por la herida del pecho. Ardía de fiebre y, sin embargo, sentía un frío intenso.

Si unas horas antes hubiera sabido lo que iba a pasar, habría cambiado muchas cosas, pero era imposible imaginarlo. ¿Cómo iba a saberlo si no veía más allá del juicio de Chus, y de su evidente ingreso en la trena? Poco sospechaba yo cuando, a las seis y media de la mañana crucé la plaza vieja mi calle, lo que ocurriría aquel día.

Capítulo 2

Era sábado y hacía un frío del *copetín*. Aceleré el paso y confié en que Fortu, el vecino del cuarto, tuviera turno de mañana en la fábrica para poder meterme en la piltra cuanto antes. Necesitaba sobar unas horas seguidas antes de volver al bar para aguantar toda la noche la música insoportable de la lista de *Los Cuarenta*. Además, por si fuera poco, tocaba inventario.

Generalmente el registro del material y las bebidas lo hacíamos en mayo, pero después de las últimas inspecciones, en las que se había ganado un par de avisos sin cargo, Juanma se había empeñado en poner al día durante el mes de marzo todo el almacén. No quería que la *pasma* le pillara en un renuncio y tener que pagar una multa jugosa. Él se encargaba de la parte legal y Carlos, Rober y yo, de contar la vajilla y las botellas.

Tanto daba que las redadas fueran por la adaptación del bar a la normativa como por el plan de inspección contra el trapicheo que habían impuesto en favor de la seguridad ciudadana. Todos los que teníamos un par de dedos de frente sabíamos que el ayuntamiento batallaba con serios problemas para pagar las nóminas y que el truco de las inspecciones les valía tanto para subvencionar los salarios de los funcionarios como para aborregar a la *peña*. Bobos. Algunos *lilas* todavía creían que los políticos velaban por los intereses de los ciudadanos. A otro perro con ese hueso. Conmigo, *nasty de plasty*.

Llegué a casa arrastrando los pies. Las piernas me latían a cada paso y las botas de punta de acero cada vez pesaban más. Decidí que el siguiente turno lo haría con las J'Hayber. Total, detrás de la barra ni se veían. Abrí la puerta del piso y fui directamente a la cocina. María ya estaba allí esperándome con el café recién hecho, una sonrisa pícara y un delantal flojo por toda vestimenta. Nada más. Me ofreció una magdalena que rechacé encogiendo la nariz. Estaba preciosa aun despeinada y con las legañas puestas. Tragué saliva. Quedaba claro que ella tenía ganas de guerra, pero después de aquella noche infernal mi instinto militar se había declarado en fuga y mi cuerpo se arrastraba rendido, sin ganas de batalla. Le di los buenos días con un susurro y me tomé el café en un par de tragos rápidos.

—Gracias Mari, me voy a la cama, no puedo más.

Dejé sobre la mesa las magdalenas e ignoré el gesto de desilusión de mi *socia*. Antes de ir hacia la habitación la vi poner los brazos en jarras y fruncir el ceño.

—¿Y te marchas así, sin más? —me dijo.

Cerré los ojos. Se avecinaba tormenta.

—María, por favor.

—Si, claro. Como tú curras de noche, lo tuyo es peor, pobrecito. De eso nada, monada. Entérate. Lo peor es tener un *socio* que sabes que existe pero que es como el hombre invisible. Lo *chungo* es que tú —Se señaló con el pulgar en mitad del pecho— pongas toda la carne en el asador para montar una familia y sientas que eres la única a la que eso le importa.

Se arrancó el delantal de un solo tirón y me lanzó una de esas miradas tan suyas.

—Mucho *papelito* amarillo con pegamento para recordar tus cosas y a los colegas, esos no se te olvidan ¿Eh, *Posti*? Vete a la mierda.

—No te pongas así, mujer. Va, luego lo hablamos. Necesito descansar.

—Claro hombre, cómo no. Mario, a ti te da igual la casa y también te importa un bledo lo nuestro. Solo encuentras tiempo para el bar y tus colegas. Mientras tengas lo tuyo a cubierto, lo demás te la trae floja.

Mario. Me había llamado por mi nombre. No *Posti*, como hacía un segundo, o *Marius*, el mote cariñoso con el que me llamaba cuando estaba de buenas, no. Había dicho Mario. Estaba muy cansado. Tanto que mi mente trajinaba a una velocidad escasa, mínima como para poder contestarle con algún comentario que pudiera calmarle los ánimos. La miré en silencio. Ella me sostuvo la mirada, dio un paso adelante y entonces las dijo. Tres palabras que cayeron sobre mi espalda como tres sacos de cemento.

—Tenemos que hablar.

Se dio la vuelta dejándome allí, en mitad del pasillo con un palmo de narices mientras un sudor frío me resbalaba por la nuca. Nunca hasta entonces mi casa me había parecido un lugar tan solitario.

Durante las siguientes seis horas no pude conciliar el sueño. Estuve mirando las sombras del techo en un duermevela discontinuo, dando vueltas en la cama. Sin control, como un molinillo de papel en pleno vendaval. «Tenemos que hablar», había dicho. Estaba tan metido en mis *movidas* y las de los colegas, que ni lo vi llegar.

Renuncié a seguir entre las sábanas y me levanté a comer con la sensación de culpabilidad cargada sobre mis hombros. Mientras masticaba sin ganas la comida, pensé en el *Ribeiro* y en Maruja. Una conversación de barra con la gallega me vendría bien. Seguro que ella podría aconsejarme.

Después de una ducha rápida, me calcé las zapatillas y fui al *Ribeiro* para arrancar de mi sesera la angustia de las últimas horas. Sacudí la cabeza. ¿A quién quería engañar? Hablar con Maruja no era

suficiente. Necesitaba un *chute* de algo fuerte y reconfortante. Me palpé el bolsillo. Un *trujas* y un café podrían valer por el momento. Saqué el paquete de tabaco sobre la barra y lo agité con decisión. Un cigarrillo arrugado cayó sobre el mostrador. Lo encendí con el *Zippo* que María me regaló por mi último cumpleaños.

Cerré los ojos. María. Tenía que hacer algo y debía hacerlo pronto. Ya llevaba un tiempo insinuando que nos veíamos poco, que quería pasar más tiempo conmigo, pero hasta aquella mañana no le había dado a todas esas señales la importancia necesaria. Me creía a salvo porque éramos diferentes. Porque tuvimos claro desde el principio que no íbamos a ser una pareja como las demás, que no necesitábamos papeles para saber que nos queríamos. Además, pensábamos que ningún contrato era un seguro para que una relación funcionase a largo plazo. En todo caso era un obstáculo de papeleos y juicios para rehacer tu vida si las cosas no salían como habías previsto. Qué idiota.

No tener un papel en firme de lo nuestro nos daba un sentimiento de libertad difícil de alcanzar con un contrato religioso o civil sobre la cabeza, pero también tenía un lado oscuro. Nada nos ataba. Y yo, como un pardillo, no lo había tenido en cuenta. El cansancio y la rutina nos habían alcanzado porque dejé pasar todas las señales y, ahora, esas tres palabras retumbaban de lado a lado en mi cráneo como en una partida de *pinball*.

María era mi *socia*, mi compañera, y no tenía ninguna intención de que eso cambiara así que no me iba a quedar de brazos cruzados. Debía encontrar un *currelo* más acorde con sus horarios, uno en el que pudiera encajar mejor una familia. Pero con la crisis no iba a ser fácil encontrar uno decente. Y no digamos ya una paga justa.

Otros colegas lo habían intentado antes, pero la jugada no les había salido demasiado bien. Juancar se piró al sur con el camión y dejó a la parentela en el camino; y *el Pecas*, que decidió tomar un atajo y atracó una joyería en la capital, cumplía condena en Carabanchel. «Una visita familiar a la semana que cada vez se espacia más», me dijo la última vez que fui a verlo. Y ahora Chus, a la espera de ir también al talego por trapichear con *costo*. No. Eso no iba a sucedernos a nosotros porque yo no iba a permitirlo.

Miré mis dedos teñidos de amarillo y me llevé el cigarro a la boca mientras una idea tomaba forma en mi mente. Maruja, la dueña del *Ribeiro,* me había ofrecido varias veces trabajar con ella allí, tras la barra del bar. Suponía muchas horas de *curro* y probablemente menos *pasta*, pero eso también significaba un horario más compatible con el de María. Y, además, estaba a dos pasos de casa.

Miré de frente a la mujer que leía el diario sobre la barra completamente concentrada en las páginas del periódico.

—Maruja, ¿las esquelas? —pregunté mientras descargaba por tres

veces el índice y meñique sobre el mostrador en un gesto supersticioso —. ¡No me jodas, hombre! Y luego te pondrás a leer el horóscopo. Pues que sepas que es pecado —le dije con toda la intención—. Y de los gordos.

—Ay *carallo*, cómo eres *fillo*. Así sé quién dejó de fumar. —Me hizo un gesto con la barbilla—. Siempre empiezo a leerlo por aquí, no sé de qué te sorprendes. —Soltó el periódico—. ¿Uno solo?

Asentí y ella se volvió hacia la cafetera con un guiño cómplice y toda la parsimonia de su obesa figura. No pude evitar sentir ternura hacia aquella gallega gruesa de pelo blanco, que ofrecía su mejor sonrisa y escondía su secreto bajo una cojera leve. Tras su engañosa fachada feliz, ella escuchaba paciente y comprensiva los problemas de sus clientes mientras les ocultaba entre sonrisas el resultado de un matrimonio violento del que huyó hacía más de una década.

Llegó a la ciudad un mes de diciembre, encogida de frío y de miedo. *Eses afectos,* como me dijo entre lágrimas, no la habían abandonado en los tres años que trabajó limpiando casas, culos y conciencias de familias "bien" demasiado ocupadas en sus caprichos como para preocuparse por sus abuelos y críos. Me dijo que vivió aterrorizada compartiendo habitación con varias chicas en un piso realquilado porque conocía demasiado bien la historia de otras mujeres, a las que sus maridos habían buscado y con las que ya no podría compartir el aire que respiraba. Entre cigarro y cigarro, me confesó que nunca se desharía del miedo hasta que viera el nombre de aquel malnacido, — *veñen as meigas e lévano ao inferno*, repetía—, entre las esquelas del periódico. Por eso siempre empezaba a leer el diario desde atrás, por las últimas páginas.

Maruja soltó el café sobre el mostrador con un tintineo de vajilla.

—Mala cara traes, *rapaz*. ¿Tuviste mala noche en el trabajo o es por *la nena*? Pasó antes por aquí. Estuvo de plática con el *pollo* este. —Señaló a un camarero delgaducho con el mentón—. El *Niño* le llaman. *Contratei* hace un par de días. Por su cara bonita, *fillo,* que falta me hace llenar el local.

Le eché una legañada de abajo a arriba. El tipo era de mi edad y estatura, aunque algo más flaco. Tenía el pelo castaño y lo llevaba despeinado pero con aire de peluquería. Tan artificial como la sonrisa de perdonavidas que ofrecía con desparpajo a todas las chavalas del bar. Solo le faltaba tener la voz de pito para ser una copia más del Summers.

El sonido de la cristalería rota acompañó las últimas palabras de Maruja. El *Niño,* en cuclillas y con la bandeja en un precario equilibrio sobre su mano izquierda, recogía del suelo algunas cucharillas y los restos de varias tazas bajo la mirada intensa de un par de chicas. Maruja puso los ojos en blanco.

—No llevo la cuenta de las vajillas que me destrozó en unas horas, pero ya ves, las mesas están llenas. —Hizo un gesto general con la mano y alzó una ceja—. Y, justo ahora, eso es lo que necesito. El *fisco ha llamado* ayer a mi puerta. Y me han puesto una multa enorme por no sé qué zarandajas de impuestos que no he declarado. Ay, *filiño*, a mi edad y metida en estos líos. ¡Pero si yo no entiendo nada de números! Eso lo lleva todo Eusebio.

El café me supo más amargo que nunca a pesar de las dos papeletas de azúcar que le había echado. El castillo de naipes que había construido poco después de entrar al bar se había desmoronado de golpe. Ahora no podía pedirle trabajo a Maruja. Dejé la taza sobre el plato y miré apenado las arrugas que se habían formado alrededor de sus ojos. Qué putada. Ella no se merecía algo así.

—Y ese Eusebio ¿es de fiar? ¿Has hablado con él?

—Ay, sí, *filliño*, *preguntele* esta misma mañana. Él es quien me hace la declaración todos los años por un precio razonable. Es un buen hombre que siempre ha tratado de ayudarme. — Se encogió de hombros—. A *vista é* que, quizá, más de la cuenta. No hay nada que hacer rapaz. Toca pagar. Y son seiscientas mil pesetas del ala. ¡Ay *carallo!* —se quejó—. Casi nada.

Me mordí los carrillos por dentro. Una injusticia más a quien menos la merecía. Esas tampoco eran buenas noticias para mí. La única solución que se me había ocurrido acababa de hacer aguas. Una vez más aquel «Tenemos que hablar» rebotó en mi mente consumiendo la poca confianza que me quedaba. Intenté disimular. Ni de coña. Maruja leía en mí como en un libro abierto.

—No pongas esa cara, *fillo*. ¿Oiste? Dejemos de lado las preocupaciones, todo pasará —me dijo mostrando una sonrisa traviesa—. ¿O es por lo que dije del *Niño*? ¿Es eso? *Home*, no es para tanto. Él es de cazadora vaquera y lo tuyo es la *chupa* esa de cuero. Sois distintos. Él es más… ¿Cómo dicen ahora los modernos? ¡Resultón! Eso. Pero tú… aun con la melena larga y esa *ostinación* de ir por ahí con los pantalones escurridos y siempre de negro tienes tu público, no creas.

Maruja desvió la mirada hacia Mónica, la camarera, que, indiferente a los encantos del *Niño*, lo reprendía con las manos en las caderas y las cejas fruncidas sin soltar palabra.

—Gracias, Maruja. Vaya piropo, *tronca* —le dije con ironía—, eres un amor.

—Lo sé. —Rio de buena gana—. Bueno, y entonces dime, ¿qué tal María? Antes no pude charlar con ella. ¿Está contenta trabajando en las Nuevas Galerías? ¿Y cuándo me vais a dar una *boa* noticia, que ya tengo edad para tejer patucos?

—¡Joder, Maruja! Que *la socia* y yo aún somos jóvenes y queremos

disfrutar un poco…

—Lo que tú digas, rapaz, pero bien que tu *socia* mira a todos *os nenos* cuando pasan por aquí. Escucha *meu fillo*, como no hagas algo bien pronto, buscará a quien se lo haga. —Alzó las cejas e inclinó la cabeza hacia el *Niño*—. Y dicen que es tan guapo como mala sangre, de navaja fácil.

Una vez más Maruja volvió a sorprenderme con su fino olfato. Levanté la vista y me vi reflejado en sus pupilas recelosas.

—¿Ese *comemocos*? ¿El que va de *guaperas rey de las nenas*? —respondí con sorna mirando al camarero — ¡Si hasta se parece al fulano blandengue ese, el de los Hombres G., no me jodas! Y con esa pinta que les haces llevar, Maruja. Pantalón de pinzas y camisa blanca. ¡Si parece que va a hacer la primera comunión! Venga ya, y encima canijo. ¿Pero tú le has visto? Nada, no es el tipo de María. Además—me eché la mano a la cadena del bolsillo— también yo soy rápido con *la faca*.

—Déjate de fanfarronadas, *home*. Puede que sea un retaco, pero lleva fama de matón. —Desvió la mirada y agitó la mano restando importancia a sus palabras—. Bueno, no me hagas caso, Mario, *fillo*, que una ya está mayor. Es solo que no me gustó cómo se miraban.

Le cogí la mano y estrujé sus dedos antes de dejarle unas pesetas sobre la barra.

—Venga, no te preocupes, mujer. Y quédate el cambio.

Ella agitó su melena antes de contestarme.

— Hazme caso, *fillo*. Ya sabes que no me meto donde no me llaman, pero…

—Ay, Maruja, guapa, ¡Qué bien te pusieron el nombre tus padres!

Si hubiera sabido lo que iba a ocurrir horas después, habría prestado más atención a sus palabras, pero, en aquel momento, me despedí de ella con la despreocupación de quien no piensa que ese pueda ser su último encuentro.

Marzo había llegado haciendo honor al refrán. Las gotas de lluvia que habían comenzado a caer unos minutos antes, se convirtieron en un aguacero. Me levanté el cuello de la cazadora con la esperanza de combatir el aire helado que me arañaba la cara y eché a correr con las manos metidas en los bolsillos. En cuanto llegué al bar golpeé la puerta metálica con fuerza. Los rizos rubios de Carlos me franquearon el paso y yo bajé las escaleras deprisa para templarme un poco. Miré las J´Jayber con rabia. Una mala elección. Quería estar cómodo, pero de momento lo único que había conseguido era tener los pies *chitos* y congelados. Me quité la chupa de cuero y la dejé en un rincón.

—Marius, te toca cocina, tronco. —dijo Carlos agitando su melena

a lo Joey Tempest—. Roberto y yo estamos en el almacén con el inventario.

—Guay —respondí con resignación.

Me metí detrás de la barra y busqué entre los discos algo que me animase. *Highway to Hell*. El rasgueo de guitarra inundó el local. Rellené dos fuentes con agua al ritmo de los acordes, corté la malla y volqué los limones en el fregadero. Les di una pasada de agua sumido en mis oscuros pensamientos. La cuadrilla se descomponía y mi *socia* me había dado un ultimátum. Quería solucionarlo, pero no dependía solo de mí. Apoyé el filo sobre el primer limón y el cuchillo se resbaló sobre su piel mojada. Cayó de punta a un centímetro de mi pie.

—Tío, ¿qué haces? Por poco te apuñalas, tronco. ¿Dónde tienes la *pelota*?

Rober había salido del almacén sin que yo me diera cuenta. Sentí el peso de sus ojos saltones sobre la espalda. Cuando me levanté con el cuchillo me miraban como si estuviesen a punto de saltársele de las órbitas.

—En el *interespacio*, tío, que llevo movida tras movida. Chus tiene el juicio esta semana. Y mi socia me atosiga, ya pide *espinetes*. Pero con este curro lo veo chungo. Yo también quiero críos, pero tal y como están las cosas, tú me dirás, macho.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Te quedarás con lo de Chus si lo enchironan?

—Ni puta idea, tronco. No quiero terminar como él o como *el Pecas*, pero ya me dirás. ¿Dónde encuentro yo un curro de día si solo sé poner copas?

Carlos asomó la cabeza por la puerta de entrada al almacén.

—A ver, parejita, menos samba e *mais trabalhar*, que me estoy comiendo yo solito todo el marrón. ¿Qué os pasa, tíos?

—Aquí el *Posti,* que necesita cambiar de curro por la parienta, pero tal y como está el patio, lo tiene jodido.

— ¿Y si hablas con el jefe? Creo que está montando un *bisnes* en la Calle Nueva, un restaurante para los *turisteos* y eso. Supongo que necesitará gente de confianza. —Sonrió burlón a punto de soltar una de sus puyas antes de desaparecer por la puerta del almacén—. Lo mismo te dice que bien arregladito, tipo Hombres G., te contrata, guaperas —dijo desde dentro—. Quién sabe.

Roberto dio una palmada sobre la barra del bar.

—¡Hostia! —gritó—. Pues es verdad, Carlos. Estás que te sales, minerales.

El aludido subió la voz.

—Venga, Rober, no me jodas. Menos piropos y mueve el culo, que aún quedan tres cajas de vasos para contar. Vamos.

Tomé aire esperanzado. A lo mejor Carlos tenía razón y después de

todo había una salida más cerca de lo que yo creía. Una opción mucho mejor que quedarme con el negocio de Chus y terminar dentro de una celda. ¿Sería cierto lo que me había dicho Carlos o todo era un malentendido por su parte? Crucé los dedos. El jefe tenía buena mano para los negocios, eso estaba claro. Había conseguido que el *Treinta y tres* pasara de ser un local rancio, de abuelos que solo soltaban unas pesetas a cambio de toda la tarde entre partidas de mus, a un bar de referencia para la noche universitaria. Gracias a su olfato y una buena reforma, la fama del local había despegado como un cohete y se había convertido en un imprescindible para la *peña*.

Claro que no era un éxito por sorpresa. Juanma no dejaba nada al azar. Ni la música que teníamos que pinchar, ni la carta de chupitos que se había marcado y que tanta fama le había dado al garito. *Leche de Pantera*, *Papá Pitufo*, *Amor Perfecto* o el *Bola de Cristal* eran las mezclas de licores que servíamos en vasos de barquillo con las que la gente flipaba cada fin de semana. Todas ellas invenciones de Juanma. Empuñé el cuchillo de nuevo y comencé a cortar rodajas con más ánimo. ¿Sería cierto que el jefe estaba montando un nuevo local? Dudaba, pero quería creer. Tenía que hacerlo porque necesitaba alimentar una esperanza por pequeña que fuera. Además, no perdía nada por preguntarle. Si fuera cierto y Juanma me contrataba para el restaurante, mis horarios y los turnos de María serían más compatibles.

Eché un vistazo rápido al reloj. Las ocho de la tarde. Estábamos a punto de abrir. Con un poco de suerte, hasta era posible que Juanma apareciera por allí esa misma noche. Suspiré y volví a mirar la pantalla del Casio. Solo había pasado un minuto. Bufé antes de continuar rellenando las fuentes con las rodajas de limón mientras mi cabeza centrifugaba a mil revoluciones. «¿Vendría Juanma aquella noche? ¿Sería cierto lo que había dicho Carlos? », me preguntaba en bucle una y otra vez. Resoplé. De lo único que estaba seguro era de que las nueve horas que me separaban de cierre del bar iban a ser las más largas de la historia

Una riada humana cantaba a mis espaldas, a voz en grito, que quería ir a Italia, pasar de la mafia y bañarse en la playa mientras el sudor me caía gota a gota sobre la camiseta de AC/DC.

—Tío, si oigo una sola vez más la voz de pito del Summers, me corto las venas, te lo juro —le dije a Carlos antes de colgar los auriculares en el gancho de la estantería.

—Venga, va. Me cambio en un segundo, pincho un rato y así descansas un poco. Además, tienes visita.

Me giré en redondo intrigado. ¿Quién había venido? El bar estaba

a rebosar, lleno de humo y gente. Me costó un poco verla, pero reconocí su figura al instante. María y sus amigas habían conseguido hacerse un hueco al lado de la máquina de tabaco, bajo el altavoz. Intentaban apilar los abrigos sobre la máquina expendedora de tabaco sin perder el sitio ni el equilibrio. «Difícil», recuerdo que pensé mientras la miraba embobado, como la primera vez que la vi. Llevaba los labios de color fucsia y el flequillo cardado, nada que ver con la imagen discreta que lucía cada día en el trabajo. Sentí unas ganas enormes de besarla. Un tipo tropezó a su lado y le echó parte de la copa encima, pero ella, lejos de enfadarse, cruzó con él dos palabras guasonas que se ganaron las risas del grupo. Qué distinta de la mujer que había sentenciado nuestra relación aquella misma mañana.

—Espabila, Marius, que tengo la barra a tope, tronco.

—Perdona, tío. Ya me pongo al *tajo* —le dije y me acerqué a un tipo que estaba acodado en la barra, esperando su turno. Pero antes de que pidiera su consumición, Rober meneó la cabeza.

—No, mira —señaló la fuente vacía de la encimera—, nos hemos quedado sin reservas y aún nos quedan como tres horas por delante. Si aparece el jefe y nos ve poner las copas solo con hielo, sin limones, nos corta las pelotas a los tres. Rellena las fuentes, anda.

Me volví hacia Carlos que, ya en tirantes, se echó una mano al estómago mientras se ponía los auriculares. «Me parto», decía su gesto. Vacié el fregadero de vasos y saqué la tabla de madera antes de abrir otra bolsa de limones. Soplé. Cortar rodajas para rellenar las fuentes. ¿Cuántas mallas llevaba ya? Por lo visto esa iba a ser mi tarea estrella de la noche. Qué alegría. Me resigné y pensé que, al menos, podía verla.

Levanté la vista y la busqué entre la gente. María seguía *de palique* con el tipo que le había echado la bebida por encima cuando un tío se acercó y se puso a su lado. Fruncí el ceño. Unas greñas de peluquería, la carita de crío y esa cazadora vaquera con forro de borrego me resultaron muy familiares. El *comemocos* que había contratado Maruja. Mierda. ¿Qué hacía allí? Anda que no había bares en toda la ciudad. Bares en los que ese *tontolaba* que repartía sonrisas a diestro y siniestro encajaría mucho mejor. Sentí un volcán de lava subiendo por mi estómago cuando se acercó a María y le dio dos besos. Ella se volvió hacia mí con una mueca rápida y brusca que yo no le había visto nunca antes. Leí en sus ojos la incomodidad y noté una mano helada alrededor del corazón. Sentía miedo. Miedo y un odio infinito que subió hasta mi garganta quemándome todo el esófago.

Estrujé el mango del cuchillo y traté de contener la rabia. «Concéntrate. Corta los limones», me dije, pero nunca una tarea tan sencilla me resultó tan complicada. Casi podía escuchar las carcajadas de las chicas coreando las estúpidas ocurrencias que les contaba el

Niño con su voz aflautada. No me lo podía creer.

Pensaba que las amigas de María eran más listas. ¿Pero qué les pasaba? ¿Les habían puesto *cachondina* en la bebida o es que no sabían distinguir a un capullo de un tío de verdad? Apreté el cuchillo sobre la piel gruesa del limón. Lo hubiera entendido si el tipo ese hubiera sido como Carlos, pero ¿de una réplica del ñoño de Summers? Me parecía absurdo e irracional. Levanté la vista y los vi. Las palabras de Maruja tomaron cuerpo. El *Niño* y María. Cercanos, confidentes. Él le pasó una mano por la cintura y ella se rió encantada con el atrevimiento. Las rodajas se multiplicaban cada vez con mayor velocidad. ¡Pero qué coño estaban haciendo! Levanté el cuchillo y lo clavé en la tabla. La punta se hundió en la madera con violencia.

—*Marius*, tío —me dijo Rober, que había estado al tanto de toda la jugada— no hagas mala sangre. Solo te está haciendo un cambio de luces, nada más. María te quiere. ¿En serio crees que le *mola* ese gilipollas? Vive contigo, tronco, y quiere tener mocosos contigo. Está enfadada y te da celos. Te provoca, nada más. Déjalo estar.

Cerré los ojos y tomé aire. Rober tenía razón. Ella solo quería que reaccionara. Eso era todo. Terminé de rellenar la fuente y, sin levantar los ojos de la encimera, serví y cobré un par de copas antes de escuchar su voz.

—¡Camarero!

—¿Qué va a ser? —le pregunté mientras el bar al completo coreaba *Dime que me quieres* a ritmo de Tequila.

Los focos iluminaron su rostro al completo y el *Niño* entrecerró los ojos por un instante.

—Una birra para mí. —Fijó sus pupilas oscuras en las mías y después los clavó en María lleno de segundas intenciones—. Y un *Amor Perfecto* para la señorita.

—¡Cabrón!

Me lancé sobre la barra, pero unas manos me agarraron por la cintura y me retuvieron justo a tiempo. Rober me conocía lo bastante como para saber que una provocación como aquella me haría estallar. Cuando estuvo seguro de que no iba a saltar por encima de la barra, me sujetó del brazo e hizo un ademán hacia la entrada.

—Déjalo, *Marius*, no merece la pena. Además, ha llegado el jefe. Creo que querías hablar con él ¿no?

No respondí. Casi ni le miré. Dejé al Niño y su mirada torcida en manos de Rober sin darle tiempo a decir alguna gilipollez que me hiciera perder los papeles

Hacía rato que el local estaba vacío. Lo habían desalojado después de cachearnos a todos, pero se marcharían en un rato, sin detenciones. Después de la ola de redadas, la peña había aprendido a vaciarse los bolsillos en cuanto aparecía la *pasma*. Juanma señaló con la barbilla las escaleras del bar.

—Va, chavales, ya podéis ir a casa. A *estos* todavía les queda un buen rato aquí, el suelo parece la cocina de mi tía Felisa con tanto condimento. Venga, fuera de aquí, pero os quiero detrás de la barra a las seis de la tarde, a ver si recomponemos este caos. Y tú, —me echó un vistazo de pies a cabeza—, déjame pensarlo un poco, puede que tenga algo para ti en el restaurante.

Nunca una redada me había parecido tan maravillosa como en aquel momento. Los *polis* habían dejado salir a María y sus amigas y las habían separado del *Niño*. Además, la *pasma* aún me dio otra satisfacción. Le habían encajado un par de hostias bien dadas al *Niño*. Así. Sin más. Por su cara bonita. Y ahora Juanma me decía que volviera a casa y que existía la posibilidad de currar en el restaurante. Alucinante.

No me lo podía creer. Por fin mi suerte estaba cambiando. O más bien eso creía yo, porque no esperaba la carta oculta bajo la manga que el destino me tenía preparada. Me despedí a la francesa de Carlos y Rober y eché a correr por la calle. *Chao, pescao.* Tenía prisa por llegar a casa, junto a María. Estaba eufórico. Tanto que casi no sentía el frío de la madrugada ni el cansancio del *curro*. Solo pensaba en ella. Iba ciego, en busca de guerra, esta vez sí. Y si todo salía según lo esperado, habría muchas batallas que lidiar entre las sábanas.

Un fuerte bocinazo rebotó en las paredes de la calle e hizo que saltara sobre la acera. Me puse de espaldas contra la pared mientras un camión atravesaba la plaza a toda velocidad dejando un aroma fétido a su paso. Otra feliz idea del ayuntamiento, la recogida de basuras en horario nocturno. *Su puta calavera.* Saqué el paquete de tabaco y encendí un cigarrillo mientras esperaba que los latidos de mi corazón volvieran a su ritmo habitual. La llama del *Zippo* proyectó mi perfil alargado sobre los ladrillos sin encalar y me apreté las sienes para detener el dolor que me apaleaba el cráneo con insistencia. Había comenzado a nevar. Aspiré hondo y sentí en los dedos el calor reconfortante del tabaco al consumirse.

El silencio de la calle, que otras madrugadas me parecía deprimente, me pareció simpático a pesar del aire gélido que se metía entre las costuras de la cazadora. Cinco campanadas sonaron lejanas en el reloj de la iglesia y yo apuré el paso al sobrepasar el *Ribeiro*. Hacía un frío *de carallo*, como decía Maruja.

La farola que teníamos frente al portal parpadeaba y dejaba ver, como en fotogramas, a una pareja entrando en calor a golpe de *magreo* entre las sombras. «Rosa y Francis», pensé. La hija de Fortu, el del cuarto, y su novio. Se retorcían y refrotaban con ansia. Vaya, vaya. Tan formales y recatados que parecían durante el día. Sonreí y saqué las llaves con rapidez para no molestar nada más que lo estrictamente necesario, pero a medida que me aceraba al portal y la silueta de los novios se perfilaba con mayor precisión, tuve un mal presentimiento. Cuando llegué a su altura, las sospechas se hicieron realidad. Me quedé paralizado, con el miedo invadiéndome el cuerpo.

Reconocí al instante la cazadora vaquera que estaba de espaldas a mí, pero aún conocía mejor las manos que la acariciaban y en las que brillaba el anillo de plata que le regalé a María cuando nos fuimos a vivir juntos. Me quedé frente a ellos pasmado, sin reaccionar porque me negaba a creer lo que estaba viendo. Aquello no estaba pasando, no era posible. El sonido metálico de las llaves contra el suelo detuvo las embestidas e hizo que él se diera la vuelta.

—¡Tú! —dijo girándose por completo.

—¿María?

Rogué para que todo fuera una coincidencia estúpida de la que luego pudiéramos reírnos a gusto, un malentendido. Pero, en ese momento, el rostro de María surgió detrás del *Niño* y no hubo lugar a dudas. Ambos lucían las huellas de un pintalabios fucsia extendidas sobre sus caras. El suelo dejó de ser la superficie firme sobre la que me mantenía en pie.

—María—repetí incrédulo mientras el brillo de una navaja destellaba fotogramas bajo la luz intermitente de la faro

— Tres con leche y uno solo para la siete —dice el *Niño* con su voz aflautada al llegar junto al mostrador. Gira la cabeza y señala la mesa con el mentón.

Una herida fresca le recorre la oreja en diagonal para acabar en una postilla gruesa justo bajo el pómulo. Maruja fija la vista en el corte y él aparta la bandeja con violencia. Entrecierra los ojos y se encara con ella.

— ¿Qué miras? ¿Algún problema?

La desafía con la mirada, mete la mano en el bolsillo y, con un golpe seco, la planta sobre el mostrador. Cinco dedos extendidos sobre la barra y, bajo ellos, una amenaza en forma de acero afilado y curvo. Maruja retrocede y traga saliva. Se encoge. *Veñen as meigas e lévano ao inferno,* susurra con un hilo de voz y la cara desencajada. Los fantasmas que creía enterrados, salen de golpe a la superficie mientras su valor desaparece por el sumidero de la fregadera. Baja la vista y

pierde su aplomo. La fortaleza de la que siempre hace gala se ha quebrado.

Ese puto *comemocos* de mierda. Le cruzaría la cara ahora mismo. Me encantaría poder terminar el trabajo que empecé de madrugada, pero no tengo la oportunidad ni el cuerpo para hacerlo. Mi equipaje de mano ahora es más bien ligero. Solo una colección de antiguas intuiciones convertidas en certezas durante las últimas horas. Es lo que tiene pasar el tiempo en esta especie de limbo incorpóreo en el que me he quedado enganchado. Sí. Fui un completo imbécil. Creí que mi vida era casi infinita, que había tiempo de sobra. Tanto, que solía bromear con ello. Risas mil y vidas extras como en los juegos de los recreativos. *Nasty de plasty*. Un puto *Pinfloi*, eso es lo que era, ahora lo veo claro. Se aprende mucho cuando estás solo durante un tiempo. Espabilas de golpe. Aunque sea tarde.

Te das cuenta de que las imágenes que pasan por delante de tus ojos en el último instante de vida no son una película con banda sonora lacrimógena y tierna sobre tu existencia. También aprendes que el M*ás Allá* no existe. Eso, o que al menos aún no ha llegado para mí. Y lo más importante. Reconoces tus errores y los aciertos de los demás. Ahora sé que Maruja tenía razón, que María me traicionó con ese *pollopera* esmirriado. Y por partida doble, que también les largó una *bola* a los *meatintas* cuando la entrevistaron. Pobre María. Espero que sepa lo que hace, pero sospecho que ni siquiera es consciente de la trampa en la que ha caído. Ojalá Maruja pueda ayudarle

Capítulo 3

Mónica, la camarera más antigua del *Ribeiro* entra tras la barra. Se frota las manos en el pantalón y mira desafiante al *Niño*. Ella no tiene miedo. Aún no. Le acerca el periódico a Maruja, y le aprieta suavemente el brazo.

—Ya pongo yo los cafés, no te preocupes.

—Gracias *riquiña*.

Maruja cierra los ojos por un instante y espira lentamente. Diez de marzo de mil novecientos ochenta y seis. Hoy no voltea el diario. Sabe de antemano quien ha dejado de fumar. Lee por encima la portada sin entretenerse demasiado en los titulares, recorre el sumario con el índice tembloroso y dobla un poco las páginas tintadas antes de abrirlo para poder leer mejor. Página sesenta y tres. Capricornio.

Tus sentimientos hoy son muy profundos, sobre todo en los referidos a tus amistades. Puede haber un gran conflicto en tu vida sobre el que te preguntas y acerca del que no tienes ninguna respuesta por el momento. Es posible que sientas como si una guerra hubiera estallado a tu alrededor y nada tuviera sentido para ti ahora, pero mantén la calma. Si eres paciente y haces caso a tu intuición, obtendrás las respuestas a todas tus dudas.

La puerta del *Ribeiro* se abre dejando paso a una ráfaga de aire helado. María entra en el bar cabizbaja y busca una mesa libre en un rincón mientras sacude la nieve de su pelo. Maruja la sigue con la mirada. Casi no la reconoce. En dos días ha menguado y lleva bajo sus ojos unas medias lunas oscuras y profundas. El *Niño* la ve y se dirige hacia ella con la altivez propia del único gallo del corral. Maruja desvía la vista hacia el periódico y en un gesto automático pasa un par de páginas hasta que la frase de una noticia llama su atención. *La escalofriante historia de la calle Melancolía: un motivo más para que el plan de inspección anti - droga siga en pie.*

Alza las cejas y levanta la mirada.

Frente a ella, en la mesa junto a la ventana, el *Niño* y María cruzan un par de frases. Él la agarra por la muñeca, amenazador y ella se mantiene en silencio. El *Niño* dice algo con rabia, da un paso hacia adelante y acorta la distancia entre ambos. María solloza mientras trata de desasirse y deniega. Él ladea la cabeza en dirección a la barra y su cara se tensa. Ella, busca el periódico con la mano libre y lo agita frente a él desafiante, con la cara arrasada de lágrimas. Maruja aprieta

los dientes. Lo entiende al instante. Sus labios se apretujan hasta formar una delgada línea y, agarra con tanta fuerza las páginas del diario, que la tinta colorea de negro la piel de sus dedos. Relee la última mentira del periódico con rabia mientras las lágrimas se deslizan por su piel arrugada.

Dos drogadictos en plena ansiedad, roban y matan a Mario Postigo mientras su esposa es testigo desde el portal.

Mira de refilón el cajón de los cubiertos.

Si no tuviera miedo.

Si no tuviera tanto miedo.

Backstage: Algo de historia

Casi todas las canciones tienen un pasado, una trastienda que pocos conocen. Y Cruz de Navajas no es una excepción. ¿Sabías que la canción original hace referencia a un hecho real que sucedió en Canarias durante los años setenta? ¿Y que la compuso Joaquín Sabina? Incluso llegó a interpretarla, pero no le convencía demasiado por lo que se la ofreció a Jose, Ana y Nacho. También Isabel Pantoja fue agasajada con el mismo regalo, aunque lo rechazó.

La canción, que en un primer momento no cuajó entre los integrantes de Mecano, finalmente se incluyó en el álbum *Entre el cielo y el suelo* gracias al buen hacer de los hermanos Cano, y a los buenos consejos de su amigo José Antonio Abellán. Cruz de navajas se presentó el 28 de julio de 1986 como el segundo sencillo de la cara A y se convirtió en un éxito inesperado que todavía hoy sigue sonando en algunas de las más famosas cadenas de radio.

La canción

A las cinco se cierra la barra del treinta y tres
pero Mario no sale hasta las seis
y si encima le toca hacer caja despídete
casi siempre se le hace de día.
Mientras, María, ya se ha puesto en pie
ha hecho la casa, ha hecho hasta el café
y le espera medio desnuda.
Mario llega cansado y saluda sin mucho afán,
quiere cama, pero otra variedad.
Y María se moja las ganas en el café:
magdalenas del sexo convexo.
Luego al trabajo en un gran almacén,
cuando regresa no hay más que un somier
taciturno que usar por turno.
Cruz de navajas por una mujer, brillos mortales despuntan al alba, sangres que tiñen de malva el amanecer.
Pero hoy como ha habido redada en el treinta y tres,
Mario vuelve a las cinco menos diez.
Por su calle vacía a lo lejos sólo se ve
a unos novios comiéndose a besos.
Y el pobre Mario se quiere morir
cuando se acerca para descubrir
que es María con compañía
Cruz de navajas por una mujer, brillos mortales despuntan al alba, sangres que tiñen de malva el amanecer.
Cruz de navajas por una mujer, brillos mortales despuntan al alba, sangres que tiñen de malva el amanecer.
Sobre Mario de bruces tres cruces:
una en la frente, la que más dolió,
otra en el pecho, la que le mató,
y otra miente en el noticiero.
Dos drogadictos en plena ansiedad
roban y matan a Mario Postigo
mientras su esposa es testigo desde el portal.
En vez de
Cruz de navajas por una mujer, brillos mortales despuntan al alba, sangres que tiñen de malva el amanecer.

RE

Sábado, 9 de febrero 02:30

Zis zas. El trapo recorre la rejilla metálica de izquierda a derecha con un suave murmullo a medida que se afana en restregar con la bayeta el frontal del vehículo y recoge los restos líquidos de aquello que Elías llevaba en sus venas hace apenas una hora. La luz azulada del garaje proyecta sombras frías sobre el suelo de hormigón en el que unos lunares irregulares y caprichosos salpican el suelo alrededor de la parte delantera del coche. Ahora que lo piensa, comprende que debería haber frotado la sangre y las salpicaduras con una esponja húmeda y un poco de jabón antes de limpiar la rejilla con desinfectante. Habría sido menos agotador pero no se fía, no quiere dejar ningún resto por si acaso. Y la mejor forma que conoce para destruir las pruebas es pulverizar sobre las manchas granates una generosa ración de lejía. «De algo tenía que servir tanto episodio de C.S.I.», piensa. Le duelen las rodillas por lo forzado de la postura y tiene los ojos enrojecidos, pero se niega a parar. Debe continuar y atenerse al plan que tan cuidadosamente ha trazado durante las últimas horas. Intuye que en un par de minutos tendrá que subir la puerta del garaje unos palmos porque los vapores del líquido corrosivo comienzan a hacer efecto; se marea y no puede —ni quiere— caer inconsciente al lado del coche. Que le encuentren con todas las pruebas a su alrededor sería el punto y final. Daría al traste con todo y no ha pasado horas planificando cada movimiento para terminar así.

Pulveriza la lejía sobre la rejilla metalizada del vehículo y echa un vistazo rápido a su muñeca izquierda. *Tictac.* El tiempo es crucial, igual que el silencio y la discreción. No puede fallar. Aún quedan cabos sueltos, pero se enfrentará a ellos en el momento adecuado. En primer lugar, debe terminar de limpiar la sangre de la carrocería. Es el paso número uno. Concentra su atención en el frontal del coche. Lo evalúa. No ha sufrido demasiados daños, eso está bien, le dará el margen que necesita. Aunque el faro derecho se ha roto y el radiador está abollado, la luna delantera no tiene desperfectos. Es sorprendente, pero a pesar del impacto luce impecable y eso le ha permitido volver al unifamiliar con cierta tranquilidad. Una jornada más sin nada notable que reseñar para todo el que se ha cruzado en su camino. La oscuridad hoy se ha convertido en su aliada. Aparta la cara hacia un lado y toma aire antes de frotar con ímpetu las últimas gotas de sangre que salpican el parachoques.

Paso número dos: deshacerse de las pruebas. Se incorpora despacio con un crujir de huesos. Ya no tiene veinte años, aunque todos dicen que se conserva bien. Bien para la edad que tiene, para la vida que

lleva. Hipocresía envasada en un tarro de mermelada con *tapetito* de cuadros blancos y rojos, de esos de toda la vida, de los que dan confianza aunque escondan la amenaza del botulismo bajo su manto. Pero no se engaña, la procesión va por dentro. Sabe que los veinte quedaron lejos y que, a pesar de sus esfuerzos, la vida no perdona y le regala con cada vela que sopla una sucesión de goteras. «Qué pena», reconoce. No hace tanto tiempo aguantaba sin pestañear noches empapadas de alcohol y mañanas de resacas que se evaporaban casi por arte de magia después de un ibuprofeno con sabor a menta. Intenta alejar de su cabeza esos pensamientos. «Céntrate», se dice mientras rodea el vehículo trapo en mano. La tráquea le abrasa y comienza a toser, el aire está muy viciado. No puede alargarlo más. Se acerca a la estantería metálica y pulsa el botón del mando a distancia de la repisa con un dedo enguantado. Un chasquido rompe el silencio y, por un momento, el sonido le parece tan atronador, tan estridente en mitad del sosiego de la madrugada, que cree imposible que pase desapercibido. El corazón le palpita desbocado, teme que su plan se haya ido al garete. Contiene el aliento un par de segundos antes de presionar de nuevo el botón para detener el mecanismo. Nada. Nadie. Expulsa el aire retenido con cierto alivio y termina de revisar la carrocería del coche. Todo en orden. Apaga la luz del garaje y cuenta hasta tres antes de empujar la manilla de la puerta con el codo para salir al exterior. Aire puro por fin. Llena los pulmones y calcula que el camión de la basura pasará dentro de un cuarto de hora. Se acerca con rapidez al contenedor verde, pisa la palanca metálica y lanza dentro del depósito el envase del pulverizador, la bayeta y los guantes de látex que se ha quitado en el último momento. Suelta poco a poco el pedal para reducir al mínimo el chirrido que acompaña el cierre de la tapa. No quiere dejar huella en la memoria del vecindario, no le conviene llamar la atención. Retrocede el camino hacia el garaje con movimientos clandestinos, «Quién te ha visto y quién te ve», reflexiona alzando las cejas, y entra en el unifamiliar con rapidez. Baja el portón antes de introducirse en la casa y, cuando va pasar a la sala de estar, en el pasillo se da de frente con una fotografía que le hace sentir un estallido de pequeños cristales dentro del estómago. Tiene que quitar ese cuadro, aunque una traición ni se olvida ni se perdona. Pero todo en esta vida tiene un precio y Elías ha pagado el suyo. Hacía menos de una hora que *el destino* se lo había cobrado. *Caput.*

Las manecillas del reloj avanzan imperturbables en su bucle infinito. *Tictac.* Debe darse prisa. Se aprieta las sienes para calmar el dolor de cabeza, pero el martilleo dobla su intensidad. Abre un armario en busca de las pastillas y presiona una de las cápsulas de plástico sobre la mano. Fija la vista en el tamaño de la píldora redonda y blanca. ¿Cómo algo tan pequeño puede dominar al dolor?

Siempre se lo ha preguntado, pero desecha la reflexión. Ahora no puede recrearse en pensamientos que dilaten lo que debe hacer, la urgencia manda. Acumula saliva, vuelca la pastilla en la boca y traga.

Tercer y último paso: establecer una coartada sólida. Este punto es el más importante y quizá el más difícil, pero si todo sale según lo ha planeado —y no tiene por qué no hacerlo—, podrá celebrarlo dentro de unas semanas, cuando todo haya pasado. Sí. Ríe y evoca una imagen —la suya—, triunfante, al estilo del coronel Hannibal Smith. Sonríe porque tiene la extraña certeza de que los planes le van a salir bien. Y como al líder del famoso Equipo A, eso le encanta.

Sábado, 9 de febrero 07:00

La calle N del polígono industrial Unaraña mostraba una actividad frenética para ser un sábado a las siete de la mañana. La vía, cerrada en ambos sentidos, estaba custodiada por las luces multicolores de dos coches de policía y una ambulancia dispuestos alrededor de un camión estacionado a escasos centímetros de un puñado de cristales estallados que, sobre el suelo y junto a unas gafas de montura roja, se veían diminutos. En el carril contrario, a la misma altura sobre el asfalto, una manta térmica dorada cubría un cuerpo. «Un envoltorio inútil», pensó el inspector Loperena, «un cadáver no necesita mantener la temperatura vital».

—¿Señor?

Santiago Loperena levantó las cejas pobladas y fijó su vista en el agente que permanecía frente a él a la espera de un ademán para cederle la palabra.

—¿Y bien? —preguntó.

—Miranda y Asenjo siguen dentro con los clientes del hotel. Yo ya he terminado los interrogatorios del camionero y del hombre de admisión. El chófer dice que detuvo el camión en cuanto vio el cuerpo en el suelo, que él no lo arrolló ni vio quién pudo hacerlo. Tampoco el recepcionista ha sido de gran ayuda. Recuerda un frenazo a media noche y un vehículo grande, sin luces, que pasó frente a la cristalera, pero poco más. No puede concretar el modelo, aunque asegura que la carrocería era clara. Dice que no pudo salir entonces porque tuvo una llamada de una de las habitaciones solicitando el servicio de despertador para hoy. Queda pendiente la declaración del camarero.

—Bien. Lo haré yo. Tengo curiosidad por saber qué nos puede decir. Mientras tanto, acérquese a la forense. Necesitamos saber si el muerto llevaba encima algún efecto personal. Documentación, teléfono móvil, cualquier indicio que pueda indicarnos si ha sido un robo, aunque lo dudo.

El agente señaló al grupo de la Científica que se movía alrededor del cuerpo sacando fotografías.

—Sí, jefe. Ya he pasado por allí y tengo la documentación que llevaba encima el cadáver —sacudió una cartera embolsada—. Elías Campo. De momento no han encontrado ningún móvil. Ya he apuntado nombre y apellidos, y los he remitido a la central, pero voy a cotejar sus datos en internet. —Alzó su teléfono frente al inspector —. Lo mismo tenemos suerte y encuentro información del fallecido en alguna red social.

El inspector Loperena inspiró profundamente y se mordió los

carrillos por dentro. Se preguntó en qué punto del Mediterráneo estaría Blas Mendizábal, la otra mitad del tándem que en Homicidios se conocía como los *Cansorena Pelmazábal* por la terquedad de ambos miembros al perseguir huellas e indicios. Sacudió la cabeza. Sabía que solo quedaban unos meses para la jubilación de su compañero y que un nuevo agente ocuparía su lugar, pero se resistía a la idea. A Lope no le gustaban demasiado los cambios y las novedades. No quería comenzar de cero explicándole a un *pipiolo* cada movimiento, cada matiz, porque eso suponía un severo desgaste pero sabía a ciencia cierta que acabaría sucediendo. Exhaló por la nariz. Además, por muy novato que fuera Sola o aunque no lo destinasen junto a él tampoco podía dejar pasar por alto uno de los pilares básicos de la investigación: la precisión. Para él era imprescindible llamar a cada cosa por su nombre. Se dirigió al agente:

—Haga el favor de hablar con propiedad. ¿Por qué estamos aquí? Somos de Homicidios. Ese hombre no ha muerto por causas naturales, Sola, luego no ha fallecido. Le han atropellado y pasado por encima al menos una vez, según la inspección ocular previa. ¿No ha visto las rodadas ensangrentadas? Usted estaba a mi lado. ¿Tendremos que enviarle a revisar su vista o su juicio? Ese hombre, a falta de la confirmación forense, no ha muerto, lo han asesinado. ¿Estamos?

No esperó la respuesta del joven que, avergonzado, bajó la cabeza ante las cejas oscuras y el gesto grave de su superior. Loperena resopló y se encaminó al hotel. El edificio se alzaba arrinconado contra una esquina, como si fuese una pieza de *tetris* mal encajada. Un rectángulo vertical de aristas limadas incrustado en un rincón discreto del polígono. Si lo miraba con atención, Lope veía en él la versión gigante de una cajita de *smints* en hormigón, acero y cristal. La planta baja, acristalada en la parte delantera, correspondía a la recepción y el bar; y en la parte trasera, un triángulo de maleza descuidada cerraba el ángulo en el que estaba embutido el bloque de cemento armado. Frente al edificio, tras un pequeño desnivel, se extendía una zona comercial con la que el hotel compartía un aparcamiento amplio casi vacío. «Apartado, sin vistas, pero cómodo y funcional», pensó Loperena. Ideal para agentes comerciales, representantes y encuentros furtivos.

Se introdujo en el hotel y pasó de largo por el vestíbulo, donde varios clientes airados protestaban por las molestias que les estaban ocasionando los interrogatorios. Se dirigió hacia el bar-cafetería. Allí, de pie frente a la mesa más apartada de la sala, lo recibió un hombre de unos cuarenta años enfundado en un traje corporativo gris marengo. Loperena se identificó y tomaron asiento en un par de butacas. Primero el barman, después, tras examinar al camarero de una ojeada, el inspector. El hombre —un tal Luis Mayo según había

podido leer el inspector en la tarjeta prendida del chaleco granate—, trataba de ocultar su nerviosismo, pero el gesto involuntario de sus hombros, como un latigazo eléctrico breve, evidenciaba su incomodidad.

—Veamos, Luis, ¿a qué hora comenzó su jornada esta noche?

—Esta semana tengo turno de once a siete.

Loperena suspiró contrariado.

—Por favor, cíñase a la pregunta. Esta noche. ¿A qué hora llegó?

El hombre del traje gris marengo parpadeó confuso y sus hombros se encogieron en un tic doble.

—A las once.

—Bien. ¿Cuantos clientes había en el bar? ¿Eran todos conocidos? Durante su jornada, ¿vio algo diferente a lo habitual?

El camarero se rascó la cabeza y elevó los ojos para recordar la última noche.

—Ayer tuvimos más clientela en el bar porque había partido. No eran demasiados porque este no es el típico lugar de encuentro para amantes… del fútbol. Usted ya me entiende —dijo levantando las cejas. Al ver el gesto de impaciencia del inspector continuó—: el encuentro comenzó a las diez y media, así que cuando llegué a las once ya había siete personas aquí. Un par de hombres viendo el partido, otros tres tomando una copa y una pareja sentada de espaldas al televisor.

—Bien. Me interesa saber más sobre la pareja. ¿Eran clientes habituales? ¿El hombre era este? —Le mostró la fotografía del DNI que le había dado Sola un par de minutos antes y Luis afirmó con un movimiento rotundo de cabeza—. ¿Hablaban o discutían?

—Hablaban. No eran habituales del hotel, pero los había visto en el bar al menos un par de veces.

—¿Podría describirme a la mujer?

—Claro. Delgada, estatura media, melena castaña peinada hacia un lado y un lunar bajo el ojo izquierdo. Me llamó la atención porque mi tía Dori también…

Loperena alzó la mano y le dio a entender con un gesto que eso no era importante.

—Está bien, gracias. ¿Algo más?

—Tiene los ojos saltones, los dientes grandes y los labios finos aunque se los pinta por fuera, supongo que es uno de esos trucos de las mujeres para que parezca que la boca es más grande o más carnosa —reflexionó en voz alta.

El inspector alzó las cejas sorprendido. La piel de la cara del hombre del traje gris subió un par de tonos.

—Vaya, sí que la miró bien, Luis.

—Bueno, este es un hotel apartado, en medio de un polígono

industrial al que solo acuden *parejitas* de todo tipo, ¿qué puedo hacer además de poner un par de copas? —Se encogió de hombros—. Llevo más de siete años aquí. Son muchas horas detrás de la barra y al final uno termina *calando* al personal. Es inevitable. —Se retiró hacia atrás sobre el respaldo de la butaca—. Hay quien viene solo para desahogarse con un desconocido, como si esto fuera un confesionario. Después de un par de copas todos pierden el miedo y hablan porque nadie les enjuicia, ni les obliga a rezar tres padrenuestros después de la confesión para lavar su conciencia. Les basta con un *cubata* y salen por aquella puerta más liberados, con un peso menos sobre sus espaldas. Ya me ve. Aquí, un agnóstico convencido reconvertido en una especie de sacerdote.

El inspector retomó el cauce del interrogatorio.

—¿Y ese era el caso de la pareja? ¿Ellos le confesaron algo en alguna ocasión?

—No, ellos nunca trataban con nadie. Se sentaban en una mesa apartada, sacaban sus papeles y listo. No sé por qué me recordaban a una *peli* de esas de espías. Quizá porque siempre charlaban en voz baja, como si fueran encuentros clandestinos, pero no tenían pinta de ser una pareja pasional precisamente. De hecho, creo que nunca reservaron una habitación.

El inspector deslizó la vista a su alrededor y traspasó con la mirada la cristalera hacia la calle, donde estaba estacionado el camión.

—Los ventanales de este bar son enormes—dijo. Frunció los labios y formuló una última pregunta— ¿Vio u oyó algún grito, choque o frenazo?

El camarero apenas titubeó.

—Escuché un frenazo, sí, pero durante la noche la calle solo está iluminada por esa farola—Señaló hacia afuera con el mentón— y la luz es más bien escasa para distinguir nada. Ni siquiera sabría decirle el color del coche. Solo sé que era claro y grande, no me pareció un utilitario sencillo. ¡Ah! Y no llevaba las luces encendidas.

Lope se despidió de él agradeciéndole la claridad de sus descripciones. Una vez que el camarero se hubo levantado de la butaca, el inspector dirigió la mirada hacia entrada del local donde vio a Sola que franqueaba al grupo de clientes furibundos de la recepción con una sonrisa amplia, risueño, como si llevara entre sus manos el número premiado de la lotería. Loperena unió sus cejas abundantes en una sola línea y suspiró a la espera de las noticias.

—Jefe, tengo más datos.

—Dispare.

Sola vaciló levemente, pero hizo acopio de valor y elevó la voz por encima del barullo generalizado.

—He introducido el nombre y apellidos del… cadáver en un par de

bases de datos y he conseguido el número de teléfono de su domicilio. También he descubierto cual es… *era* su lugar de trabajo.

A Lope le pareció que Sola esperaba una palabra o un guiño cómplice, pero en lugar de eso, el inspector sacó del bolsillo su teléfono móvil y clavó sus pupilas sobre el agente que le miraba confundido.

—El número de teléfono —dijo Lope—. Alguien tendrá que verificar la identidad del cadáver.

—Claro, claro.

El inspector introdujo en el móvil los dígitos que le facilitó Sola y se alejó unos pasos. Si iba a comunicar una de las peores noticias que alguien puede recibir, el asunto bien merecía cierta intimidad, que al menos el fondo de la conversación no estuviera lleno de las voces airadas de los clientes del hotel. La línea sonó dos veces antes de escuchar un chasquido.

—¿Sí?

—¿Es el domicilio de Elías Campo?

Un silencio breve llenó la línea.

—… Sí, ¿quién llama?

—¿Es usted su mujer?

—Sí, soy yo, dígame, ¿qué pasa? Me está asustando.

—Soy el inspector Loperena, señora, de la Brigada de Homicidios. Hemos encontrado un cadáver en el Polígono Industrial de Unaraña y lleva la documentación de Elías Campo. Creemos que puede ser su marido.

—¿Cómo? ¡No puede ser!, es un error.

—Necesitamos que venga a identificarlo.

—No… No es él, seguro. Ayer fue a la sociedad para ver el fútbol. Había partido… Los chicos… Me envió un *WhatsApp*…

Su voz sonaba tenue, pastosa. El inspector interrumpió la dispersión de su discurso.

—Por favor, señora, ¿puede venir a reconocerlo?

Al otro lado del teléfono sonó un susurro afirmativo. Cuando el chasquido seco de la línea puso fin a la conversación, Loperena se giró en redondo. Acababa de cumplir con una de las peores partes de su trabajo. Aunque al cabo de los años había conseguido desarrollar cierto desapego con los hechos —necesario para conservar su equilibrio y salud mental—, continuaba sintiendo la boca seca como el esparto en cada una de las comunicaciones con los familiares de las víctimas. Tomó aire y se dirigió hacia la puerta. Fuera, sobre el asfalto, los testigos métricos salpicaban el camino hacia el furgón de la Científica. Le hizo una seña a Sola y echó a andar en dirección contraria al cuerpo que permanecía tendido en el suelo y cubierto por la manta dorada. Se preguntó quién y por qué lo habrían atropellado.

Sábado, 9 de febrero 00:30

Se ha cansado de mirar la pantalla del teléfono móvil. Apenas le queda batería y la furia parece dormida después de abstraerse de la realidad con decenas de vídeos en *YouTube*. Imagina que aún está a tiempo de retroceder, de dejarlo pasar. Podría olvidarlo todo, romper el pedazo de papel en el que apuntó la dirección y volver a casa. Hacer ojos ciegos y continuar con su vida como otras veces lo ha hecho, solo que ahora con algo más de fuerza, de habilidad, de inteligencia. En la emisora suena Karina. *Mirar hacia adelante es vivir sin temor*. Ja. Comienza a considerar que el precio que pagará si algo sale mal será muy alto y no sabe si realmente merece la pena. Tiene los músculos agarrotados por la tensión, la boca seca y la vejiga pesada. No va a aguantar mucho más, lo sabe, y duda. No tiene que rendir cuentas ante nadie y nadie le ha visto porque ha tenido cautela —ahora es más fuerte, más hábil e inteligente, se recuerda— de estacionar unos metros antes de la entrada del hotel, al amparo de la oscuridad. Es apenas la silueta de una sombra en la calle mal iluminada. Solo tiene que presionar el botón. *Start and Stop*. Volverá por donde ha venido y todo habrá terminado. Pero entonces las puertas de cristal se abren, la reunión clandestina ha finalizado. El juego del gato y el ratón también.

Gira la cabeza hacia las personas que acaban de salir del hotel y espera. Ve cómo se despiden y siente la furia que trepa hacia su boca. *Una y no más Santo Tomás.* La vejiga pesa menos ahora que acecha. Aguarda con impaciencia. Cuando el 3008 sale de su plaza de aparcamiento y desaparece entre las calles del polígono, Elías se detiene en la acera y toquetea la pantalla de su teléfono móvil sin mucha pericia. Teclea lento, índice en ristre mientras la calva brilla bajo el escueto haz de luz de la farola. La montura de sus gafas, que se han deslizado apenas unos milímetros sobre la nariz, le pinta sombras alargadas sobre el rostro.

Bip, bip. Una vibración entre sus manos. Baja la vista. El corazón le late rápido y desacompasado al tiempo que lee el mensaje en su pantalla. La rabia es ya una lengua de fuego que se enrosca en su garganta. Grita a sabiendas de que nadie puede oír su voz y lanza el móvil sobre el asiento del copiloto. Se acaba de despojar de todo rastro de humanidad, ya no es una persona, se ha convertido en un autómata sin sentimientos con un solo objetivo. Elías.

Aprieta los dientes, afianza las manos sobre el volante y pisa el pedal del acelerador hasta el fondo. Al hombre de torpe teclear apenas le da tiempo a nada una vez que baja de la acera y pone los pies sobre

la calzada. Si acaso lo justo para despegar la vista del móvil, girar la cabeza en la dirección en la que ha oído un chirriar de neumáticos y recibir la fuerza del impacto que le arroja violentamente varios metros hacia la derecha sobre el asfalto. *Bam.*

Un impulso brusco contra el volante, un rumor y ya está. Frena en seco y frunce el ceño cuando el eco de la carretera le devuelve un sonido medio evaporado en la oscuridad de la calle. Elías es apenas un bulto sobre el alquitrán, solo un *bam,* nada más. «¿Cuantos decibelios vale una vida?» se pregunta mientras aprecia el poco ruido que significa acabar con alguien. Afloja la presión sobre el volante, deja de respirar y cuenta hasta tres con la vista sobre el asfalto. Las gafas que hace un rato sostenían la mirada miope del hombre han saltado sobre la brea y se han quedado en mitad del otro carril con los cristales convertidos en dos telarañas huérfanas e inservibles. Si no fuera por la montura roja, casi ni se distinguirían sobre la carretera. Ha oído un ruido dentro del habitáculo; una especie de pequeña explosión. Desvía la mirada y ve su teléfono en la alfombrilla del copiloto. Ha rebotado en la guantera y se ha quedado ahí, cruzado e inmóvil como una imitación a pequeña escala del hombre que se encuentra tendido sobre la calle tan solo a un metro por delante del vehículo.

El flemón oscuro que ha brotado de las encías del asfalto no se mueve. Ninguna posibilidad. ¿O quizá si? *Start and Stop*. Lenta, muy lentamente, pasa sobre él sin mirar hacia atrás. «Elías no existe», se dice cuando se agita por el zarandeo doble que sacude el habitáculo al sobrepasar el badén humano, «ya no es nadie». Lo borrará de su mente y de su memoria cuando todo termine. Acelera y, al llegar a la curva en la que acaba la calle, pisa el freno hasta el fondo. Gira hacia la izquierda con un chirrido de neumáticos y retoma con velocidad el camino en el sentido contrario al que acaba de recorrer. Aplasta con furia el acelerador y el coche se traga a bocados la distancia que los separa. Es posible que ya esté muerto, pero no puede saberlo con seguridad. ¿Y si solo estuviera aturdido? ¿Y si por una de esas bromas macabras del destino solo estuviera malherido? Levanta el pie del pedal levemente, desvía el coche hacia la izquierda como si quisiera evitar atropellar la montura roja que está en mitad del carril y pasa por segunda vez sobre el cuerpo. Después pisa el acelerador a conciencia para dejar atrás el cadáver, el hotel y la rabia que le consumía hasta hace escasos minutos mientras las calles del polígono, cómplices mal iluminadas, engullen en silencio el vehículo y su rejilla recién bautizada con sangre. La oscuridad es ahora su amiga, su compañera. Levanta la barbilla, inspira, cuenta hasta diez y cuando sale a la carretera general gira el mando superior izquierdo, el que rebasa por unos milímetros el contorno del volante. Comienza a silbar con una mezcla de alivio y orgullo y enciende las luces del coche.

Vuelve a casa.

Sábado, 9 de febrero 10:00

El inspector Santiago Loperena se acomodó en el asiento del copiloto mientras Sola introducía en el navegador los datos de la empresa en la que Elías trabajaba como decorador según constaba en su perfil social de Linkedin.

—El negocio se llama Reformas y Decoraciones Curiel, jefe, está en el Polígono del Cardenal.

—Muy apropiado, sí señor—dijo Lope recordando la piel magullada del cadáver.

—Según he podido ver, la empresa se dedica a las reformas del hogar y la persona que consta como administrador del negocio es un tal Aurelio Curiel.

—Bien, vamos para allá. ¿A cuánto queda de aquí?

—Unos diez minutos más o menos.

Cuando el agente puso en marcha el vehículo, el inspector lo estudió de reojo. Inclinado hacia el volante, Iñigo Sola parecía incómodo, excesivamente alerta, atento tanto a la carretera como a su superior. A Lope le resultó familiar esa necesidad de agradar a toda costa. Recordó sus primeras semanas con Blas. En aquella época trataba de impresionar a su superior a cada paso, intentando demostrarle con sus investigaciones y descubrimientos que era un buen agente de homicidios, cosa bastante complicada en una pequeña capital de provincia donde la tasa de crímenes anual era mínima. Sin embargo, él quería, necesitaba evidenciar ante Blas, quien se mostraba frío y distante, que era válido.

No hacía tantos años de aquello.

Se volvió hacia Sola. En el fondo eran bastante similares, aunque él jamás tuvo la saludable abundancia que mostraba la cabellera rizada del joven agente. Tampoco llevó nunca la oreja perforada, señal inequívoca de un pendiente de uso intermitente, pero de alguna manera se reconocía en el novato que, inclinado sobre el volante, conducía el coche atento tanto a la carretera como al interior del vehículo. El zumbido del teléfono sacó a Lope de sus pensamientos. La pantalla del móvil mostraba el nombre de la forense. Descolgó con rapidez.

—Dime Idoate.

—Lope, un par de cosas. Después de una primera inspección te adelanto que, a falta de los análisis y pruebas que correspondan, la causa de muerte más probable es el impacto y doble atropello del individuo. La colisión se produjo de manera violenta y lanzó el cuerpo unos quince metros hacia delante en el sentido de la marcha del

vehículo. Posteriormente, según apuntan los traumatismos y las heridas, le pasaron por encima causándole múltiples fracturas y hemorragias. Es muy posible que cuando le atropellaron por segunda vez ya estuviera muerto a causa de las lesiones internas.

—Entendido, Nerea.

—Por la altura del traumatismo más severo y que parece ser el inicial, yo diría que el vehículo que buscas es alto, una furgoneta, monovolumen o algo parecido. Otra cosa, hemos encontrado un teléfono móvil. Supongo que será el de la víctima, lo tienen los *informáticos*. ¡Ah! Y quien fuera que iba a venir a reconocer el cadáver no ha aparecido.

—Qué raro —contestó Lope. Había llamado al domicilio de Elías hacia las nueve y cuarto y ahora, según pudo ver en el reloj del salpicadero, solo faltaban unos minutos para las diez.

—Ya, bueno. La *Santa Compaña* ha dado el adelante para retirar el cadáver, así que en unos minutos levantaremos el campamento. He mandado a cotejar tanto las rodadas como los cristales que hemos encontrado en el asfalto. Espero que tengamos respuestas en breve. Cuando recopile más datos te llamo.

Y, sin esperar respuesta, la forense interrumpió la contestación con un chasquido al otro lado de la línea. Él levantó las cejas con expresión divertida. Le gustaba Nerea. Era eficiente, lista y concreta. Siempre encontraba las palabras precisas y, si no sabía algo a ciencia cierta, lo admitía sin tapujos. Además tenía ese peculiar sentido del humor inesperado que siempre le provocaba una carcajada.

—Hemos llegado —dijo Sola deteniendo el coche en mitad de una calle empinada.

Ante ellos se levantaba una nave de dos pisos con un rótulo de letras discordantes en el frontal del edificio. El inspector se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del vehículo. A medida que le resumía a Sola los hallazgos de la forense, sobrepasaron el aparcamiento y accedieron al recinto vallado. Casi en la puerta un cartel publicitario les recomendaba que contrataran sus servicios para las reformas de su hogar, que no había una opción mejor. El agente lo señaló con el mentón.

—No son muy sutiles, ¿no?

Lope ladeó la cabeza y entraron en la nave. La estancia principal estaba vacía a excepción de un hombre algo cargado de hombros que lucía un tres cuartos azul y apenas levantó los ojos con el siseo de la puerta de entrada. El inspector calculó que rondaría la treintena. Sentado en un escritorio y con la mirada enfrascada en la pantalla de su ordenador, aporreaba el teclado sin compasión. Todavía era pronto para recibir a los primeros clientes, supuso Lope. El lugar no estaba muy caldeado y se componía de dos zonas delimitadas visualmente

por una columna frente a la que habían ubicado un dispensador de agua. A la izquierda, frente a la puerta, el departamento comercial decorado con un par de mesas amplias y sus correspondientes sillas y a la derecha, la zona de exposición. Al fondo de la estancia, bajo un rótulo verde y blanco, una puerta mal disimulada daba paso al almacén.

—Buenos días —El hombre se levantó del asiento. Era alto y, como había supuesto el inspector, algo encorvado—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Somos el agente Sola y el inspector Loperena, queremos hablar con el señor Curiel.

La sonrisa amplia del vendedor se congeló bajo la nariz ganchuda que le caía ladeada sobre el labio superior. La alegre jovialidad que mostraba hacía tan solo unos instantes se transformó en un tono más serio.

—Un momento, por favor. En este momento no está pero voy a llamar a la persona con la que pueden hablar en su lugar.

Se dirigió hacia la puerta del fondo seguido de cerca por ambos hombres. La entreabrió y voceó:

—¿Núria? Necesito que vengas. Es la policía, preguntan por Aurelio.

El vendedor soltó la puerta y esta se cerró de manera amortiguada permitiendo que se colara desde el fondo del almacén una voz femenina.

—¡Voy! Solo son las diez y ya tenemos lío por segunda vez, mierda.

Un breve silencio precedió el último comentario.

—¡Apagado o fuera de cobertura, joder con La Diva!

Una mujer menuda, de estatura media y melena castaña peinada hacia un lado salió presurosa de la puerta del almacén y se dio de bruces con ambos hombres. Soltó el móvil que quedó sobre su pecho, colgado de una cinta azul, y se llevó la mano a la boca como un niño pillado en falta. En un ademán nervioso juntó las manos y comenzó a darle vueltas a la alianza de su mano derecha.

—Perdonen, yo… ¿Querían ver a Aurelio? No he podido contactar con él. Llegará un poco más tarde, supongo. Ha ido al taller, pero creo que ya está todo claro. Sus compañeros ya le han tomado declaración, según creo. ¿Les puedo ayudar en algo?

Miró alternativamente a los policías que, con el aplomo de un jugador de póker, esperaban a que ella terminase de hablar. No le pasó desapercibida la mirada que intercambiaron ambos hombres.

—No ha sido para tanto —dijo de forma un tanto atropellada—, un faro roto y una abolladura. Si los dos hubieran tenido buena disposición no habría sido necesario el despliegue policial.

La mujer les miró con más detenimiento.

—Ustedes… ¿no son de Tráfico?

—No. Somos el agente Sola y el inspector Loperena, de Homicidios. ¿Un golpe ha dicho?

Ella asintió. Lope fijó su vista en el agente señalándole con un movimiento rápido de sus pupilas los ojos saltones y la protuberancia que sobresalía bajo el ojo izquierdo de la mujer.

—Usted es…

—Disculpen, sí. Mi nombre es Núria, con acento en la u. Núria Ferrer. Soy la contable —bajó la voz y se llevó la mano al cuello—. ¿Han dicho que eran de Homicidios? ¿Qué ha ocurrido? ¿Le ha sucedido algo a Aurelio?

Un silencio incómodo se instaló entre los tres. Nuria vaciló un instante, hasta que se topó con la mirada intencionada Lope.

—Por favor —dijo señalando el escritorio contiguo, acompáñenme y tomen asiento.

El tecleo del comercial que les había atendido minutos antes se tornó más pausado y silencioso. Aunque la distancia entre ambos espacios era suficiente para que no llegase a oír la conversación, el hombre permanecía al tanto de los gestos de su compañera, como si intuyera que algo grave fuera a suceder.

—No, a él no —dijo el inspector—. Hemos encontrado un cadáver en el Polígono Industrial de Unaraña y llevaba la documentación de Elías Campo. Según nos consta, trabajaba aquí.

La mujer perdió el color. Aturdida y perpleja buscaba una referencia a su alrededor a la que asirse. Se aferró al borde del escritorio a medida que trataba de asimilar la información que le habían dado. Inspiró, cerró los ojos y después los abrió mientras expulsaba el aire lentamente.

—¿Elías? No puede ser. Es imposible, pero si ayer mismo…

—Continúe por favor.

El siseo de la puerta anunció la llegada de nuevos clientes. El hombre del tres cuartos azul marino se levantó arrastrando la silla con un chirrido y se acercó a la mesa.

—¿Estás bien, Núria?¿Necesitas algo?

Ella parpadeó y clavó la mirada en Lope, que carraspeó y ladeó la cabeza en un gesto intencionado. La mujer entendió la advertencia y asintió ante su compañero restándole importancia.

—Tranquilo, Juanjo. Es solo que me he mareado un poco, no te preocupes.

Tomó una botella de agua que había sobre el escritorio y, con manos temblorosas, vació parte de su contenido en un vaso personalizado que extrajo del primer cajón de la mesa. Núria. «Con acento en la ú», repitió mentalmente el inspector en el mismo tono

que lo había dicho la mujer minutos atrás. Ella se llevó la mano a la frente, peinó su melena con los dedos y se dirigió una vez más a su compañero.

—¿Les atiendes tú, por favor? —le dijo al hombre llevando la vista hacia la pareja que deambulaba por la exposición.

—Claro.

Lope esperó a que el comercial llegase a la altura de los clientes para continuar.

—Los indicios que hemos encontrado nos hacen suponer que la muerte no fue accidental y tenemos fundadas sospechas de que ayer ustedes dos estuvieron juntos.

—Yo, nosotros, Aurelio…

Lope, que comenzaba a impacientarse, se llevó una mano a la nuca e hizo un esfuerzo por mantener la tranquilidad durante el tiempo que necesitó la mujer para ordenar las frases que trataba de pronunciar sin éxito.

—Todo fue por Aurelio, nuestro jefe. Es un miserable, sabe hacer dinero pero no le importa cómo. Contrata a cuadrillas de trabajadores sin cualificar y luego pasa lo que pasa. A él no le importa lo más mínimo. El *señor Curiel* no tiene que soportar las quejas ni los gritos de los clientes. Mientras el bolsillo siga engordando, lo demás le trae sin cuidado. —Apretó los dientes con rabia—. Elías llegó el último año y nos entendimos desde el principio. Nos gusta el negocio y nos preocupaba comprometer nuestro futuro profesional por un impresentable como nuestro jefe. Además, Elías me confesó la semana pasada que estaba harto de soportar las insinuaciones, digamos … inapropiadas, por parte de Aurelio. Por eso lo hicimos.

La mujer detuvo su charla durante un instante en el que Sola, expectante, estuvo a punto de saltar sobre la mesa.

—¿Hicieron, qué? —dijo el agente bajo la mirada de reprobación de Lope.

—Pues eso, tomar cartas en el asunto. Empezamos a informarnos para crear una empresa por nuestra cuenta, pero era importante que Aurelio no se enterase de nada por si el asunto no salía adelante. Hemos tratado de hacer todo con la mayor discreción posible. No se lo contamos a nadie.

—¿Ni siquiera a sus parejas? —preguntó Lope en alusión a la alianza que ella seguía volteando en su anular.

—No. —Negó y ocultó sus manos bajo el escritorio—Yo me he divorciado hace poco y Elías… Digamos que su mujer es muy exigente. Nada es suficiente para ella. Trabaja como operaria en una empresa farmacéutica pero parece que es la marquesa de…—se calló de repente—. No querría decir algo inconveniente. Y menos ahora.

—No se preocupe, continúe por favor.

—Como les decía, tratamos de llevarlo en secreto. Ya teníamos hasta el nombre elegido. Decoraciones Irún —Adelantó la cabeza hacia los policías que la observaban sin entender. Se había encendido una chispa en sus ojos—. Decoraciones por Elías e Irún por mí. Núri, Irún. La misma palabra escrita al revés. Incluso lleva el acento, ¿comprenden?

—Ya veo —dijo Lope—. Ha dicho que su jefe le hacía comentarios inapropiados a Elías. Explíquese, por favor.

Ella pareció volver a la realidad. Se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

—Aurelio es un impresentable. No solo hace insinuaciones con doble sentido sino que también tiene comentarios racistas con el personal. Es un hombre despreciable del que queremos…, queríamos —rectificó—, apartarnos cuanto antes. Además, desde hace unos días se comporta de manera extraña. Yo pensé que nos había descubierto y se lo dije a Elías. Quedamos en el *Inn,* como otras veces, para hablar del asunto. Un lugar discreto lejos de aquí. —La mujer calló por un instante— ¿Creen que Aurelio lo ha matado? ¡Es imposible!

Iñigo bajó la vista por un segundo y la levantó de nuevo hacia su superior. Lope tenía los ojos entrecerrados, como quien está reteniendo y procesando a la vez todo lo que escucha.

—¿Eso es todo?

Ella contestó con un asentimiento y sorprendió entre los policías un intercambio mudo de miradas. Parpadeó sorprendida.

—¡Creen que he sido yo! —exclamó—. ¡Piensan que yo lo hice! ¡No, no es así! Yo solo me reuní con él. Cuando me fui, estaba vivo, en la acera, escribiendo algo en su móvil.

La pareja que estaba atendiendo a las explicaciones del vendedor en la zona de exposición se giró hacia ellos. Loperena intervino con rapidez.

—Cálmese por favor. De momento estamos investigando. Aún es demasiado pronto como para determinar a la ligera algo tan serio. Dice que le dejó escribiendo un mensaje en el móvil, dígame, ¿Elías tenía una línea privada y otra profesional o solo disponía de un número?

La mujer, algo más calmada, retomó su tono normal.

—Solo tenía uno.

El teléfono de Lope comenzó a vibrar en su bolsillo. El inspector lo sacó con expresión de fastidio. Qué casualidad. La central. Y en pleno interrogatorio. Le pasó el aparato a Sola y le hizo una señal para que cogiera la llamada. Él se inclinó sobre la mesa y se dirigió a la mujer:

—¿Podría facilitarnos el número de teléfono de Elías y de Aurelio? Nos sería de gran utilidad.

Ella deslizó hacia el inspector una cajita de plástico transparente

repleta de tarjetas de visita.

—Aquí tiene, ahí están los dos.

—Muchas gracias. —Con la cartulina entre los dedos, dirigió una mirada al teléfono del escritorio—. ¿Puedo?

—Adelante. Tiene que marcar el cero.

El inspector giró el aparato, soltó sobre la mesa la tarjeta de visita y tecleó uno de los números que figuraban en ella. Los tonos se sucedieron sin respuesta.

—¿Sabe dónde podríamos encontrarle?

—¿A Aurelio? —El inspector sacudió la cabeza de arriba a abajo. Ella hizo un gesto ambiguo con las manos—. Cualquiera sabe. Antes o después pasará por su casa, supongo. El ocho bis de la calle Marqués de Riezu.

—Gracias, Núria. Una última cosa, ¿qué coche tiene Aurelio?

—Un Renault *Kadgar*.

—¿Color?

—Blanco.

—¿Y usted?

—Un 3008 crema. Pueden verlo ahí fuera aparcado.

El siseo de la puerta dio paso al intercambio entre los clientes que abandonaban el local y el agente Sola, que en ese momento volvía a entrar.

—Señor.

Iñigo se inclinó sobre su superior para susurrarle unas palabras al oído. La expresión del inspector al escuchar las palabras del agente reflejó una mezcla de incredulidad y desconfianza.

—¡Joder! —exclamó Lope levantándose de la silla como un resorte —. Vamos para allá.

Sábado 9 de febrero 12:30

Las casualidades no existen junto con *Cada cosa por su nombre* y *Artículo primero, conocer al personal*, eran las tres máximas que regían la vida profesional de Lope. Y justo eso iba pensando conforme se acercaban al complejo hospitalario, que las coincidencias nunca suelen serlo. Tenía varios hechos: la mujer del atropellado había sufrido un accidente, en el lugar del crimen habían encontrado cristales de lo que parecía un faro roto y el dueño de la empresa en la que trabajaba la víctima, que casualmente no respondía al teléfono y del que no se sabía su paradero preciso, había tenido una colisión frontal unas horas atrás, esa misma mañana, con desperfectos tanto en la carrocería como en las luces del coche. Casualmente Núria, la última persona que vio con vida a la víctima, tenía un vehículo que casaba con la descripción —imprecisa, eso sí—, que les había facilitado el personal del hotel aunque, tras una inspección ocular rápida a la salida de Reformas y Decoraciones Curiel, no habían visto ningún golpe o arañazo en el vehículo. No. Las coincidencias eran demasiadas como para pasarlas por alto.

Lope comenzó a elucubrar interrogantes cada vez más enrevesados ¿Y si el accidente de la mujer de Elías había sido provocado? ¿Y si habían intentado matarla la misma o las mismas personas que atropellaron a su marido? ¿Podría haberlo hecho Aurelio? ¿Con qué motivo? Núria había asegurado que La Diva bebía los vientos por Elías. Pero, ¿dónde estaba? ¿Por qué no respondía al teléfono? ¿Y si ella era cómplice?

Ensimismado en estas cavilaciones, Lope franqueó la puerta giratoria del Hospital de forma instintiva. Una vez dentro, se detuvo en mitad de la recepción, perdido, sin saber dónde se encontraba. Sola tropezó con él y se disculpó al instante. En ese momento, el inspector vio una figura familiar saliendo de la zona de ascensores.

—¡Nerea!

La mujer de bata blanca se giró hacia él.

—¡Lope!

—No te hacía yo por estos pasillos. Pensaba que estabas recluida en tu pabellón.

La forense levantó la barbilla y sonrió mostrando sus dientes perfectamente alineados.

—Bueno, no suelo pasear por aquí. Hay mucho ruido y demasiadas opiniones. Prefiero codearme con gente más silenciosa. ¿Has venido a ver a la mujer de la víctima del hotel? Acabo de acompañar a su hermana, es quien ha reconocido el cadáver. Están en la segunda

planta, habitación 202.

Sin esperar a la respuesta del inspector, se giró hacia el interior del hospital en dirección al Pabellón F, donde se encontraba el Servicio de Patología Forense. Lope indicó a Sola con un ladeo de la cabeza que se adelantara y echó a andar junto a Nerea.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—En modo soufflé. Se le ve una mujer de carácter —explicó la forense—. Ya la verás. Llegó con mucho aplomo pero después, al ver a su cuñado, se ha venido abajo. Pasa a menudo. Cuando la he acompañado arriba he podido charlar un segundo con el doctor Alfaro. Parece que la esposa de la víctima tenía un contenido alto de en sangre de benzodiazepina, un compuesto hipnótico que podría explicar el aturdimiento e incluso un despiste al volante como responsable del accidente, pero aún está por determinar cómo llegó ese compuesto a sus venas. —Se dirigió a Lope y le hizo un guiño—. Parece que tienes trabajo, inspector.

—¿Benzo… qué?—dijo él arrugando la nariz.

—Benzodiazepina. Es un principio activo básico de las pastillas para dormir. El efecto es hipnótico, como te he dicho antes, y suele durar al menos seis o siete horas de forma efectiva. Si se rompe el sueño antes de ese periodo es posible que el individuo pierda memoria y las habilidades normales para realizar cualquier actividad que precise atención se ven afectadas.

—Ya veo. Como conducir por ejemplo.

La doctora asintió.

—¿Has podido verla?

Nerea asintió por segunda vez.

—No te hagas de rogar—dijo Lope—, ¿qué te ha parecido?

—Ni idea. Yo tengo otro tipo de clientela. Los míos no respiran.

Lope puso los ojos en blanco y la forense reprimió una media sonrisa.

—Estaba sedada, inspector, y lo poco que he podido ver correspondía a un impacto violento. —Se detuvo bajo el cartel que indicaba las direcciones de los diferentes pabellones—Posiblemente con el airbag. Pero eso ya te corresponde a ti averiguarlo.

Levantó las cejas en señal de despedida y apretó el paso internándose entre el zigzag de pasillos del complejo hospitalario. Lope se giró hacia las escaleras y miró hacia el piso superior. Pastillas para dormir. Tenía dos plantas por delante para pensar en lo que le había dicho Nerea. Subió el primer escalón.

Tocó dos veces con los nudillos en la puerta de madera antes de abrirla por completo. La habitación, separada en dos por un biombo de plástico estaba ocupada por tres personas. Iñigo Sola, la esposa de

la víctima y otra mujer de unos cincuenta años y aspecto conservador que se levantó de la silla sin hacer ruido y se acercó al inspector con pasos lentos tras lanzar una mirada compasiva hacia la cama. La precedía un olor suave, como a jabón antiguo y un aire de tristeza. Todo en ella —a excepción de una camisa de raso blanca y sus ojos enrojecidos—coordinaba en la misma gama de marrones que el castaño de su melena.

—María. —Extendió una mano fría y temblorosa. Hizo un leve ademán hacia su réplica más juvenil—. Soy su hermana. Le pido un poco de consideración, por favor. Está muy afectada.

—Inspector Loperena. ¿Sabe cómo ha sucedido?

Ella negó y sacó de la manga un pañuelito blanco. Lo colocó en el hueco de su mano, lo apretó levemente y extendió una porción breve alrededor del índice, que después llevó a los lagrimales.

—Se ha incrustado en un pilar —sollozó—. No acostumbra a conducir, ni siquiera para ir a trabajar. Hay un autobús que los recoge y…

—¿Chocó con otro vehículo? —Lope interrumpió a la mujer.

—No. El terraplén frenó su caída. De no ser por eso y, porque no llevaba el azul, el pequeño, hubiera caído al río y entonces, entonces…—Parpadeó varias veces seguidas para retener las lágrimas que llenaban sus ojos y tragó saliva antes de continuar—: Por favor, sean breves, necesita descansar. Está como ida y se comporta de manera extraña, casi no la reconozco. Confío en que sea lo que ha dicho el doctor, una reacción habitual ante el accidente y la noticia de Elías; un episodio de confusión momentáneo.

Lope, frunció los labios. Detrás de ellos, Sola se afanaba en hacerse entender y según veía por su modo de gesticular, no estaba teniendo demasiado éxito.

—Me hago cargo, descuide. Si me disculpa…

La mujer dio un paso hacia atrás y le abrió paso hacia la cama en la que estaba incorporada una mujer delgada de unos cuarenta años. Tenía el labio inferior partido e hinchado, la nariz deformada con un apósito blanco sobre el puente y el resto de la cara lucía varias heridas y rasguños. Amelia Yanguas era una mujer bien parecida. Detrás de las magulladuras y moretones se adivinaba un rostro de facciones regulares y finas. Los ojos, ahora empequeñecidos e hinchados, parecían algo ausentes. Lope interrumpió el discurso del agente.

—Buenos días, soy el inspector Loperena, señora Yanguas. ¿Cómo se encuentra?

La mujer clavó los ojos en las pupilas oscuras de Lope.

—Necesitamos que responda a unas cuestiones. Seremos breves. —Dirigió la mirada hacia su hermana, que permanecía de pie al lado de Sola—. Solo tres o cuatro preguntas.

La mujer asintió levemente con un parpadeo.

—¿Recuerda cuando fue la última vez que vio a Elías?

—¿La última vez…? —Amelia dejó la frase suspendida en el aire y recorrió con un vistazo pesado y ascendente la pared contigua. Contestó con voz somnolienta—: La última vez. Ayer, antes de que me fuera a trabajar. Dijo que por la noche vendría tarde, había partido de fútbol —Centró la vista en las palmas de las manos y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Luego me llamaron y me dijeron que estaba en un polígono industrial, pero no puede ser. Eso no es posible.

Loperena obvió los sollozos de la mujer y continuó preguntando:

—¿Cómo se encontraba él últimamente, lo notó cambiado? ¿Más nervioso o preocupado de lo habitual?

—No sé, creo que no —dijo. Su respiración se aceleró—. Yo… Él era muy reservado.

—¿Algún problema en el trabajo? ¿Alguna enemistad o amenaza?

Amelia se quedó pensando, aturdida, y pasó la mano suavemente sobre las sábanas en un gesto tranquilizador, como si tratara de alisar la superficie blanca de algodón aunque sus ojos, llenos de inquietud, barrían la colcha de lado a lado con rapidez. Contestó con una negativa y se quedó callada, ausente. Lope suspiró.

Callejón sin salida.

En resumen, ella no había observado un comportamiento extraño ni diferente en su marido durante las últimas semanas, Elías no tenía enemigos conocidos y tampoco le constaba que hubiera recibido ningún tipo de amenaza. Todo dentro de los límites de la normalidad. En principio. Porque a pesar de su aspecto inofensivo y su apariencia de desamparo —que había encontrado eco en la sensibilidad del agente Sola—, había algo en aquella mirada vidriosa que le inquietaba, aunque todavía no podía concretar qué era.

Lope ladeó la cabeza, miró de soslayo a su compañero y entrecerró los ojos en un gesto resignado. La cara de Sola era el reflejo puro de la compasión. Tendría bastante trabajo si lo destinaban con él, había mucho que pulir. Movió la boca para hacer otra pregunta cuando la puerta se abrió de repente obligándolo a detener la conversación. Una enfermera arrastraba un carrito con un aparato colgado de un lado y multitud de cables colocados sobre la bandeja superior.

—¿Pueden abandonar la habitación, por favor? Solo puede haber un acompañante por paciente.

—Por supuesto, creo que ya es suficiente, ¿verdad? —contestó solícita la hermana mayor. Se dirigió directamente al inspector y les indicó el camino hacia la puerta con un movimiento de la mano—: Dijo solo cuatro preguntas.

Al cerrarse la puerta Lope apuntó con el dedo hacia los ventanales

del fondo de la galería. Mientras se acercaban, sacó el móvil y dejó que Sola se le adelantase. El pasillo, de techos altos y blancos, estaba bañado por una luz tamizada que entraba por la cristalera. Sin embargo, pese al tamaño de las ventanas, la cercanía de los pabellones contiguos impedía ver otra cosa que no fueran paredes de ladrillos.

—¡Qué chasco! —dijo Sola al tiempo que Lope se llevaba el teléfono hacia la oreja—. ¿Curiel?

Lope respondió con un ademán impreciso, esperó un par de tonos sin respuesta y renunció a contactar con el jefe de la víctima.

—No contesta.

—Pobre mujer.

—Sí—dijo Lope sin demasiado convencimiento—, pobre.

—¿No la cree?

—Aún es pronto para decir nada, pero me da la impresión de que algo no encaja, que no estaba siendo natural. Era como si se hubiera aprendido un discurso —explicó—. He tenido la sensación de que recitaba, que había asumido las frases como reales aunque fueran falsas. Como si representase un papel y ofreciera una imagen preparada de sí misma.

—¿Usted cree? —Sola alzó las cejas—. Acaba de tener un accidente, estaba sedada y algo sonada, como los boxeadores. Esa es su coartada ¿no? Su hermana me ha dicho que esta semana tenía cambio de turno y que por eso tomó las pastillas, para poder dormir y volver a organizar los ciclos de sueño. Así que en el momento del atropello estaba en casa, totalmente drogada con esas pastillas. Por ese motivo me ha costado hacer que me entendiera al principio, imagino —calló por un instante—. Y además, la figura de la policía siempre impone.

Lope parecía poco convencido. Levantó sus cejas negras en un gesto de incredulidad

—Puede —recordó las veces en que los testigos, de tan nerviosos que estaban, parecían aún más culpables que los propios detenidos—, pero hay algo que no me gusta. Estaba en shock, pero no le ha costado tanto contestar a las preguntas y se refería a su marido en pasado cuando hace solo unas horas que lo han matado.

—Igual tiene miedo. ¿Y si el accidente fue provocado? O si se trata de una venganza y ella no quiere decir nada por si lo intentan de nuevo. Si lo hacen otra vez, seguro que no fallan. ¿No deberíamos protegerla? Puede que se encuentre en peligro.

El inspector se detuvo en mitad del pasillo. Ya solo le faltaba una teoría de la conspiración en la lista. Frunció el ceño.

—No sé si es miedo, Sola. Más bien tengo la impresión de que nos oculta algo.

Martes 5 de febrero, 13:00

La sucursal de paquetería queda cerca, pero a este paso no llegará a tiempo. Se ha desviado de la ruta más corriente para evitar los embotellamientos de la salida del Liceo pero es en vano. Hora punta en la calle Orbaiceta y colindantes. Los niños salen del colegio y los padres, cada uno con su vehículo, estacionan a golpe de *bien me viene* bajo el conocimiento consentido de los municipales. Resopla. Ha dado tantas vueltas que ahora se encuentra en mitad de un atasco, en una calle desconocida. Lanza un vistazo al reloj del salpicadero y presta atención a la radio donde Karina le anima a vivir siempre con ilusión. Toca la botonera de la puerta, comprueba que las ventanillas están cerradas y gira la rueda del volumen un par de números. Se dispone a cantar a voz en grito, al menos el atasco le servirá de algo. Pero la melodía se le atasca en mitad de la garganta cuando distingue unos metros por delante una figura familiar. Alguien muy parecido a Elías ha salido de un portal contiguo. Y va seguido de cerca por otra figura que bien podría ser Núria. Parpadea y frunce el ceño. No da crédito pero sí, los reconoce. Son ellos. Caminan despreocupados por la acera y se detienen unos pasos por delante, frente a un bar que hace esquina. Elías tira de la puerta y la sostiene mientras ella pasa dentro del restaurante. ¿Qué están haciendo allí ahora? Según tiene entendido, deberían estar saliendo del trabajo en este momento camino a una posible reforma en el casco antiguo. Y no. Estas calles no son las del centro de la ciudad.

Se revuelve en el asiento, esto le huele a traición pura y dura. A chamusquina. Abre la guantera y saca un bolígrafo junto con un pedazo de papel. Los deja sobre el asiento del copiloto y busca con la mirada el rótulo de la calle, pero está demasiado lejos para poder leerlo. Una bocina le apremia. Los coches se han puesto en marcha de nuevo. Bufa y se incorpora a la circulación memorizando el número del portal. Lo repite mentalmente mientras adelanta un par de metros, hasta que el tráfico se detiene de nuevo. Ahora la placa con el nombre de la calle está más cerca y puede leerla. Coge el bolígrafo, retira el tapón con la boca y apoya el papel sobre el salpicadero. Apunta: Cervantes, número 6.

Si traicionas mi confianza una vez, la culpa es tuya, si lo haces dos veces… Sacude la cabeza. Traga y empuja hacia abajo el regusto ácido que le llena la boca. No es la primera vez que le sucede, pero ahora le han pillado en horas bajas. Ha confiado en exceso en una lealtad que le ha reventado en las manos como un globo de agua lleno de ácido. Confiar, ese ha sido su gran error, pero ningún sentimiento dominará

sus decisiones. De cada experiencia negativa puede aprender algo y esta no será una excepción. Se obliga a recordar. *Ningún búho tiene miedo de la noche, ninguna serpiente teme lo que hay en la selva y ningún traidor se inquieta ante una traición, es terreno conocido*. Admite que con cada golpe se ha hecho más fuerte, con cada desilusión más hábil y con cada traición más inteligente. Audaz, sutil, sí. Reconduce sus pensamientos; antes de tomar una decisión comprobará que lo que ha visto es lo que cree. Quizás después de todo el asunto sea un enorme malentendido o se trate de una equivocación. Puede ser.

Un nuevo bocinazo le trae de vuelta a la realidad. Pulsa el *Start and Stop* y el coche arranca con un ronroneo suave y tranquilizador. «Seguro que hay una explicación sencilla y racional para esto», se dice. «Seguro que después de comentarlo me reiré con ganas de la estúpida confusión».

Seguro.

¿O no?

Domingo, 10 de febrero 09:00

A diferencia de las vías circundantes, en las que los edificios tenían al menos cuatro plantas, la calle Marqués de Riezu exhibía sobre sus aceras edificios de máximo dos alturas a ambos lados de la vía. Una sucesión de unifamiliares adosados de colores variados se extendían por la calle. Lope se detuvo frente a la chapa del murete, confirmó el número del chalet y puso la mano sobre la cancela metálica que correspondía al adosado número ocho bis mientras, en el chalet contiguo, dos niñas de distintas edades, vestidas y peinadas por igual —lazos, faldas y leotardos—se lanzaban a la calle.

Empujó suavemente y la verja se abrió casi sin esfuerzo. Cedió el paso al agente Sola y ambos subieron las escaleras que precedían a la puerta de entrada. Llamó al timbre. Después de una espera breve les entreabrió la puerta un hombre que rondaba los cincuenta años. Era casi tan alto como Lope aunque menos corpulento y vestía un batín estampado que anudaba a la altura de la cintura. Llevaba el cabello oscuro corto y brillante, las cejas depiladas y un bronceado artificial para la época del año. «¿Dónde ha dejado a Barbie?» pensó Loperena al verlo.

—¿Aurelio Curiel? —El inspector sacó su placa con discreción—. ¿Podemos hablar un momento?

—¿Qué quieren? —contestó el hombre con aspereza—. Estoy ocupado.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas.

—¿A mí? Ya les dije todo ayer, no fue culpa mía, creo que quedó claro. El *sudaca* se me echó encima. A saber cuánto alcohol llevaba encima —dijo con un gesto de desprecio franqueándoles la entrada. Les dio la espalda y dirigió sus pasos hacia el interior de la vivienda. Lope alzó las cejas y ladeó la cabeza animando a Sola a entrar en primer lugar mientras él cerraba la puerta a su espalda.

Dejaron atrás el vestíbulo y se internaron en la casa por un pasillo largo, rumbo al salón. Las paredes altas y desnudas, a excepción de una zona decorada con una distribución equilibrada de molduras sencillas de distintos tamaños, que enmarcaban varias fotografías en blanco y negro, parecían lienzos en blanco. En una de ellas, un conocido arquitecto, Núria, Elías y él mismo sonreían a la cámara. Sola se detuvo junto a la imagen y buscó a su superior con la mirada.

—¿Señor?

El hombre detuvo su charla, se giró hacia ellos e hizo un gesto restando importancia a la fotografía.

—Es de hace unos meses, de los premios de la construcción —

explicó—. Pasen por favor.

La sala de estar era amplia y estaba amueblada al estilo nórdico: paredes, techo y suelo blancos, ventanales grandes vestidos con estores ligeros y muebles en maderas claras. Aurelio Curiel les indicó con un ademán el sofá gris que ocupaba gran parte de la estancia.

—Como les decía, *a esos* los conozco bien. Llegan creyéndose los reyes del mambo, juntan cuatro euros y medio y se compran el coche más llamativo, grande y potente que encuentran en el mercado. —Meneó la cabeza—. Viven prácticamente empapados en formol y nadie les pone freno.

Lope se aclaró la garganta y mostró su contrariedad con una mueca torcida. Deslizó la vista por la habitación. Una estantería de madera y módulos cuadrados vestía una pared cercana. Uno de los compartimentos mostraba una colección de vinilos minuciosamente ordenados.

—Señor Curiel, debería ser más cuidadoso con sus palabras. Suenan bastante racistas.

—¿Racista? —Resopló por la nariz ofendido—. ¡Venga ya! Lo piensan todos, la diferencia es que yo lo digo. Trabajo con ellos a diario y siempre hay alguno que falta al trabajo porque está de resaca y no se puede mover de la cama. Es matemático. ¿Lunes? Llamadita de rigor de alguno de *esos* disculpándose porque no puede venir a trabajar. No sé cómo consiguen pulsar las teclas del teléfono porque están tan borrachos que les entiendo a duras penas. Me cuentan sus amarguras como a un compañero más pero yo no soy su amigo ni quiero serlo. Soy su jefe.

—Pues no todos sus empleados opinan igual—terció Sola—. Hay quien nos ha dicho que le gustaría *confraternizar* con algunos …

Un silencio tenso se instaló entre ellos y la situación se tornó embarazosa. Sola se pasó la mano por los rizos, incómodo, y el hombre se levantó del sofá.

—Si no quieren nada más…

—Señor Curiel, no hemos venido a hablar del accidente del viernes —dijo Lope—. O al menos no del todo. Hemos intentado ponernos en contacto con usted en varias ocasiones pero su teléfono está inactivo.

—Me quedé sin batería y ayer con lo del golpe, ni me acordé de enchufarlo de nuevo. Supongo que eso no es ningún delito ¿no? ¿Para qué me buscaban exactamente?

El tono de sus palabras irritó a Lope, que necesitó unos instantes antes de responder. Aquel hombre le desagradaba y le revolvía el estómago como el sabor gomoso de una cena recalentada en el microondas.

—Señor Curiel, somos de Homicidios—dijo mirándole con severidad—. Ayer se encontró un cuerpo en el Polígono Unaraña; era

Elías Campo, uno de sus empleados. ¿Podría decirnos cuándo lo vio o habló con él por última vez?

—¿Elías? —Aurelio se dejó caer sobre el sofá con la cara desencajada—. Pero… ¿Cuándo? ¿Cómo? Le vi el viernes por la mañana en la nave y la última vez que hablé con él fue por la tarde. Le había invitado a un… evento. Me contestó a medianoche con un mensaje. Dijo que le era imposible acudir, que se le había hecho tarde.

—¿Un evento? ¿Podría decirnos dónde se encontraba en la madrugada del viernes al sábado?

El hombre se recompuso, estiró la espalda y levantó la barbilla.

—Podría, pero preferiría no hacerlo.

Lope hervía por dentro. Sola, a su lado, tragó saliva de forma audible.

—Entiendo que no es consciente de la gravedad del asunto, caballero —dijo el inspector disminuyendo la velocidad de sus palabras—, así que se lo voy a explicar despacio, para que lo entienda bien y no haya ningún malentendido. Un empleado suyo ha sido asesinado y usted parte como sospechoso en la investigación hasta que no lo descartemos. —Lope miró a través de los ventanales hacia el resto de adosados y tomó aire antes de continuar—: Usted decide, señor Curiel. ¿Nos dice ahora dónde estaba la madrugada del sábado o prefiere que lo interroguemos en comisaría?

El hombre enrojeció de pronto.

—En el Arcoiris. La madrugada del sábado tuve actuación en el Arcoiris.

—¿El pub? —Sola, atónito, le miraba de hito en hito.

El hombre afirmó con un cabeceo y apretó los dientes al dirigirse al inspector.

— Soy Áurea Boreal, ahora ya lo saben. Supongo que podrán confirmarlo sin problemas. Había cinco despedidas de solteras. El local estaba atestado.

Lope salió a la calle con el eco de las últimas palabras de Curiel resonando en su cabeza. Las nubes grises y espesas que cubrían el cielo cuando llegaron, corrían ahora a toda velocidad. Aún no había empezado a llover pero las ráfagas de aire helado repartían la humedad sin compasión. El inspector metió las manos en los bolsillos y alzó los hombros al tanto que Sola terminaba de subir la cremallera de su abrigo.

—Uno menos, ¿no, jefe? Parece que tiene coartada firme.

—No venda la piel del oso antes de cazarlo, agente. Supongo que en el local habrá camerinos o algo parecido donde los artistas puedan cambiarse y maquillarse. Podría haber salido antes o después de la actuación sin que nadie lo hubiera advertido.

—Es posible, sí —concedió Sola y al momento recogió la barbilla y apretó los labios—, pero, ¿y el motivo? ¿Usted cree que se enteró de lo de la empresa de Elías y Núria? No me cuadra, la verdad.

—Curiel es un hombre extremo, visceral. Me inclino más por el despecho.

Sola puso cara de no saber de qué le estaba hablando. El inspector suspiró.

—Ha dicho que recibió un mensaje de Elías rechazando su invitación para visitarlo en el pub y ver la actuación. ¿Ha visto su reacción? Es de esos hombres que no acepta un “no” por respuesta. Además intuyo que por aquí nadie sabe que él es la tal Áurea. ¿Ha visto dónde estamos? En una zona selecta, conservadora. Vive rodeado de caspa y prejuicios, Sola. Sospecho que los cambios en su actitud durante los últimos días obedecían más al miedo a que Elías descubriera su identidad oculta que a lo que sus empleados se traían entre manos.

Jueves, 14 de febrero 09:00

Lope se llevó el café humeante a los labios y barrió la mesa de la sala de reuniones con una mirada llena de resignación. En los últimos cuatro días los resultados habían llegado con cuentagotas y los informes del caso se apilaban frente a cada miembro de su equipo. Un montón de folios en los que Miranda, Asenjo, Suescun, Sola y él mismo habían buceado sin éxito hasta el momento. Dejó el vaso de cartón sobre la mesa y echó la cabeza atrás para mirar hacia arriba. Allí, sobre sus cabezas, tres manchas ocres rompían la blancura impoluta del techo como los puntos suspensivos que dejan una frase inacabada, en punto muerto, como la investigación.

—Suescun ha dicho que llegaría en seguida —dijo Miranda devolviendo a Lope a la realidad. Señalaba la pizarra con un rotulador rojo—. ¿Empezamos?

—Adelante.

El agente comenzó a resumir las líneas de investigación sobre la superficie blanquecina mientras Lope permanecía con la mirada perdida más allá de las explicaciones que Miranda iba proporcionando. Era evidente que no escuchaba la conversación porque estaba ausente. Muy lejos de allí, sumergido en sus propios pensamientos acerca del caso. Revisó mentalmente cada indicio porque tenía la extraña sensación de que algo se le estaba escapando. Tomó los papeles entre sus manos y comenzó a repasar los folios uno a uno. La autopsia. Ningún dato significativo más allá de lo que le había adelantado la forense, que los golpes y traumatismos correspondientes al atropello eran el resultado directo de la muerte de Elías. Tampoco los interrogatorios del hotel y del Arcoiris les habían proporcionado un hilo del que agarrarse para continuar investigando. Los clientes del *Holiday Inn* no habían visto ni oído nada y las cámaras de seguridad del hotel y de los edificios cercanos tan solo grababan la entrada de los locales. Callejón sin salida. Una vez más.

En cuanto a los tres transformistas que actuaron en el Arcoiris junto a Áurea Boreal la madrugada del sábado, confirmaron sin lugar a dudas que habían permanecido juntos, ayudándose con el maquillaje y vestuario. Nadie había faltado por más de dos minutos del único camerino existente en el local. El registro de fotografías en la página web del local donde aparecían las actuaciones y los distintos grupos de las despedidas acompañadas por los tres artistas parecía confirmarlo.

Lope resopló. Miranda seguía hablando y Sola coreaba la explicación, pero sus voces eran un eco borroso para el inspector.

Ruido blanco. Ideal para mantener la concentración y el foco. Loperena continuó con el examen mental de las líneas de investigación abiertas: los indicios en la escena del crimen. Las rodadas se correspondían con una marca de neumáticos de amplia comercialización y, aunque las llevaban una gran variedad de modelos, sabían por sus características que pertenecían a un vehículo grande. Un SUV o todocamino, según le habían dicho. Aún quedaba por recibir el informe de los cristales que habían encontrado en el suelo, junto al cadáver. Lope confiaba en que la cantidad y características de los fragmentos fueran determinantes para conocer el modelo de vehículo en concreto.

Los registros del teléfono móvil de la víctima llegaron el día anterior. El listado de llamadas era largo y todavía no habían terminado de comprobarlo. Los archivos de imágenes tampoco sirvieron de mucho, solo ofrecían fotografías de reformas. Paredes, techos, cocinas y baños en distintas fases de construcción. Los mensajes de *WhatsApp*, en cambio, mostraban que tanto Aurelio como Amelia decían la verdad. Elías había mandado un mensaje a cada uno de ellos en un corto intervalo de tiempo, justo antes de ser atropellado. El último registro del móvil era una fotografía totalmente negra a excepción de una de sus esquinas, velada en azul.

Una voz interrumpió el hilo de los pensamientos del inspector.

—Perdón —dijo Ainhoa Suescun asomando la cabeza por la puerta. Entró en la sala y le tendió unos papeles al inspector—. Estaba recogiendo los resultados de los cristales. Tenemos coincidencia. Son del faro de un Renault *Kadjar*.

Lope dio un respingo en el asiento y el corazón palpitó más fuerte dentro de su pecho. ¡Un *Kadjar*! El mismo modelo que conducía Aurelio Curiel el sábado por la mañana cuando tuvo el siniestro. ¿Y si Aurelio hubiera chocado intencionadamente con otro coche para encubrir los daños de su vehículo tras el atropello de Elías? Según el informe de atestados la colisión vino como resultado de una mala incorporación al tráfico por parte del otro vehículo, el coche contrario venía a demasiada velocidad y se saltó la señal de ceda. Lope pensó que quizá no fue todo tan fortuito.

—¿De qué faro son?

—Del delantero derecho. Ya he pedido un listado a Tráfico, jefe. La relación de propietarios y modelo del coche llegará a lo largo de la mañana.

Una de cal y otra de arena. A pesar de que el modelo coincidía, el resto de indicios no. El atestado lo decía claramente. El impacto había sido en el lado izquierdo. Lope suspiró. Al menos tenían un hilo del que empezar a tirar, el modelo del coche.

Loperena reparó en la fotografía negra que todavía mantenía en su

mano. La franja contigua a la única zona de color de la imagen tenía una especie de mosaico con relieve. Pasó un dedo por encima y entornó los ojos. Volvió a pensar en Aurelio y la teoría que acababa de descartar. Encubrir pistas. De pronto algo hizo conexión en su cerebro. Sus pensamientos comenzaron a bullir y lo supo de forma instintiva y sin lugar a dudas. Se levantó como un resorte.

—¡Miranda! Necesito que llame a tráfico y pida el informe del accidente de Amelia Yanguas. Quiero saber qué coche conducía y dónde lo llevaron a reparar. —Apoyó las manos sobre la mesa y fijó la vista en el subinspector— Es muy importante. No cuelgue sin haberlo recibido. ¿Estamos?

El subinspector asintió y abandonó la sala con celeridad. En pocos minutos volvió. Llevaba una libreta entre las manos, el bolígrafo en la boca y el teléfono aprisionado entre el hombro y la oreja. Se acercó al inspector, soltó el aparato, lo descolgó y lo depositó sobre la mesa. Después arrancó la hoja sobre la que había escrito y se la dio a Lope, que levantó la cabeza satisfecho.

—Un *Kadjar*, como sospechaba. Llevaron el coche a reparar a Melero, el taller oficial. Suescun, llame a la jueza y pida una orden. Sola, contacte con la esposa de la víctima y dígale que vamos a pasar a hablar con ella.

—¿Cuándo?

—En seguida. Miranda y Asenjo, al taller, ya saben lo que tienen que hacer. — Lanzó un vistazo a la agente que solicitaba la orden de registro en ese momento—. Crucen los dedos para que no sea demasiado tarde.

Jueves, 14 de febrero 12:00

El unifamiliar de Amelia Yanguas formaba la tercera fila de adosados del Paseo de Monreal. Como casi todos ellos, tenía acceso doble, el primero por la calle principal y el secundario, por una vía más tranquila y despejada de tráfico. La puerta de entrada, detrás de otra metálica, tenía un diseño moderno con varias franjas acristaladas translúcidas en la parte superior. Lope tocó el timbre y se apartó para observar el cristal. Una sombra se movió detrás del vidrio y se oyó un sonido vibrante. El portón metálico se deslizó hacia un lado y Amelia abrió la puerta al tiempo que los policías se acercaban. Aunque se movía con soltura llevaba el brazo en cabestrillo y mostraba algunas magulladuras en su rostro.

—¿Traen noticias? ¿Se sabe algo?

—Sí, así es. Creemos que el caso está resuelto.

La mujer frunció las cejas cuando descubrió otros dos agentes detrás de ellos. Fijó su vista en Lope, dispuesta a escuchar.

—Hay algo que me gustaría preguntarle acerca del coche que conducía el día del accidente —dijo Lope—. Un *Kadgar* blanco que no consta a nombre de Elías sino al suyo.

La mujer lo miró sin afirmar ni desmentir y Lope continuó:

—Hemos recuperado el paragolpes, la rejilla y unas cuantas piezas internas más del *Kadgar*, se les ha hecho una prueba preliminar y han dado positivo en sangre. No puede ser la suya porque usted quedó retenida dentro del habitáculo, encajada entre el airbag y el asiento.

—No sé de qué me está hablando.

—Claro, entiendo. Supongo cuál será el resultado de las pruebas de ADN pero, si usted quiere, puede hacerlo todo más sencillo. ¿Tiene algo que decir?

Silencio, una respiración entrecortada y un parpadeo casi imperceptible.

—Como quiera—dijo Lope encogiendo los hombros—, pero estoy seguro de que si triangulamos las señales de su teléfono móvil descubriremos que se encontraba en las inmediaciones del *Holiday Inn* a la hora en que asesinaron a su marido. ¿Cierto?

Una figura emergió tras ella y abrió la puerta por completo colocándose a su lado.

—¿Qué pasa Amelia? ¿Va todo bien? Ah, son ustedes. ¿Han descubierto algo más? ¿Saben ya quién mató a Elías? —La mujer se dirigió a su hermana que permanecía en silencio—. ¿Quieres que les atienda yo?

—No es necesario, María. Su hermana nos va a acompañar ahora a

jefatura.

Amelia cerró los ojos y bajó la cabeza para recordar la última cerveza que compartió el jueves anterior con su marido.

Echa un vistazo fugaz al reloj en su muñeca. Elías llega tarde. No demasiado, pero ya ha pasado de largo la hora en la que habían quedado y ella golpea impaciente su manicura francesa contra la barra del bar. El vaso vacío de cerveza sobre la barra y el taburete le resultan tan incómodos como el montón de jóvenes que vocean a su alrededor. Se muerde los labios nerviosa. Su turno comienza en tres cuartos de hora. Sobre el mostrador, en un platillo blanco, quedan unos cacahuetes que ella come apática al ritmo que le permiten los empujones. Es el día del *pintxopote* —montadito y alcohol a precio de risa— y el bar está lleno de universitarios con más sed que hambre, así que no puede elegir dónde sentarse. La barra es la mejor opción aunque le ha costado subirse sobre el asiento porque la banqueta le llega por encima de la cadera y además es giratoria. Elías llega con una excusa atropellada, musita una disculpa mientras descarga un roce fugaz sobre sus labios y deja su tres cuartos verde botella sobre las piernas de ella.

—Será solo un minuto. El móvil y la cartera están ahí, ten cuidado ¿vale? No los pierdas de vista.

—No lo haré, tranquilo.

Lo ve apretar el paso entre varios grupos de universitarios —juventud divino tesoro—y sigue con la vista el brillo de la piel calva de su cabeza hacia las puertas de los baños. Dos aseos unisex exactos. Taza, mingitorio de pie y un lavabo esquinero mínimo. Que no se diga. Paridad urinaria, claro que sí. La música ha cesado de pronto en el local, los camareros están tan agobiados poniendo copas que la han desatendido por un momento, pero de algún lugar surge una melodía chillona. El abrigo verde vibra. Del bolsillo interior emerge la musiquilla que ella se empeña en ignorar, pero el timbre del teléfono es insistente y no hay un sonido envolvente que la disimule. Nota las miradas de los jóvenes clavándose sobre ella, como los alfileres sobre un acerico, y se siente obligada a acallar ese sonsonete tan molesto. Saca el aparato del bolsillo interior del abrigo y mira la pantalla. Surgen al mismo tiempo un par de iconos: dos auriculares telefónicos. Uno dispuesto hacia abajo, tachado por una línea, y otro envuelto en un globo verde de cómic. Un empujón la desestabiliza y está a punto de conseguir que el teléfono se le caiga de las manos. Consigue evitarlo pero toca la parte superior de la pantalla de manera involuntaria y una notificación emergente se despliega bajo sus ojos. Sabe que no debería leerla, pero le puede la curiosidad. Las primeras palabras que ve son *Decoraciones Irún.* Es cosa del trabajo, entonces. Se

relaja pero no se queda satisfecha. ¿Por qué le llaman a Elías y no a Aurelio, si es su negocio? Sigue leyendo casi por inercia. Las siguientes frases no tienen el mismo efecto tranquilizador sobre ella. Más bien al contrario.

¿Alguien más sabe lo nuestro? Creo que La Diva sospecha. Llámame.

Vuelve a mirar la pantalla del teléfono para comprobar que no se ha equivocado, que lo que acaba de leer es real. Confirmado. *Miau.* La curiosidad mató al gato. ¿La Diva? *¿Lo nuestro?* Se le nubla la vista y baja el pie al suelo porque siente el vaivén del mar en su cuerpo a pesar de estar sentada sobre un taburete incómodo en la barra de un bar, en tierra firme. ¿Elías tiene una aventura? Solo un puñado de palabras y el gusto de la cerveza se ha vuelto un eco insípido en su boca. Se obliga a centrar la vista en los dispensadores de cerveza de la barra. *Guiness*. Su momento más amargo patrocinado por la firma irlandesa de cerveza que también es la marca de los récords. Y ella los tiene todos. O casi. A la tía con la cornamenta más grande y pesada del mundo. Ese por descontado. Y el récord a la esposa entregada más imbécil. No lo sabe a ciencia cierta, pero parece que lleve un *gilipollas* enorme escrito en Arial 48 en mitad de la frente, a la vista de todo el que se cruza en su camino. Lo mire por donde lo mire, se siente estúpida. Del derecho y del revés. *Decoraciones Irún*. Un chasquido mental y todo encaja. Si deletrea Irún de derecha a izquierda la palabra resultante es Núri. Con acento y todo. ¿Una reforma en el barrio de Garsúa? La explicación que le dio Elías un par de días atrás ya no tiene validez. Suelta el teléfono sobre la barra pero luego lo piensa mejor y lo devuelve al bolsillo del abrigo. Saca el papel que lleva doblado en el bolsillo desde el martes. Lo desdobla. *Cervantes, 6*. Núria y Elías. Se muerde los labios con fuerza y se traga las lágrimas. «¿Como ha podido hacerme esto a mí?», se pregunta, «yo que le hubiese querido hasta… el fin», se dice mientras una idea se abre camino en su cabeza. La furia le hace apretar los puños y las mandíbulas al mismo tiempo. Inspira profundamente, levanta la barbilla y le hace una seña al camarero. Pide una cerveza. Negra. El barman deja a su altura una jarra de cristal llena del líquido negruzco en la que se va formando una película fina de vaho justo bajo la zona que corresponde a la espuma. Toca el cristal y aprieta los dientes. Está helado. «La venganza es un plato que se sirve frío», piensa. Muy frío.

Amelia, escoltada por dos agentes, salió de la sala de interrogatorios sin oponer resistencia. Habían sido dos horas tensas en las que el silencio fue el máximo protagonista. Cuando llegó a la altura de Loperena se detuvo frente a él un segundo y exhibió una sonrisa vanidosa, como si presumiera de su hazaña, como si, al contrario que al coronel Hannibal Smith, no le importase en absoluto que los planes

no salieran bien.

—Deje de mirarme así, inspector. Usted no es mejor que yo. Estoy segura de que hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

Un roce ligero en el brazo la apremió para continuar caminando y la mujer reanudó su marcha. Cuando dobló la esquina del pasillo, Sola se acercó a Lope.

—Vaya forma de pasar el catorce de febrero, jefe. Acusada del asesinato de su marido. ¡Qué frialdad! Organizar un atropello mortal y enmascararlo con un accidente en el que ella también podía haber muerto. ¿Cree que no se arrepiente?—preguntó dirigiéndose a Lope.

—No, no lo creo—contestó el inspector sacudiendo la cabeza—. Volvería a hacerlo, son los celos.

Backstage: Algo de historia

A pesar de ser una melodía muy conocida, este primer sencillo del álbum *Deseo carnal* (1984) de la icónica banda Alaska y Dinarama a punto estuvo de no ver la luz porque la propia discográfica no apostaba por ella. De hecho, la canción tal como la conoces ahora, es el resultado de los arreglos musicales que costearon los propios componentes de la banda. La letra, que habla de celos, traición y venganza es obra de Carlos Berlanga y el vídeo original es un directo de un concierto que el grupo ofreció en México. *Cómo pudiste hacerme esto a mí* es una canción que se ha prestado a versiones muy curiosas, las hay electrónicas como la de La prohibida, folkies como la de La buena vida o rockeras como la del grupo Elektra. Tampoco Ana Belén ni Sergio Dalma han sabido ni han podido resistirse a dar su versión. De hecho, la repercusión de esta canción ha llegado tan lejos que incluso tiene un mashup con Sweet Dreams de Eurithmics a cargo de Sinergia.

La canción

Ella lo vio salir de allí
Ahora sabía la verdad
Y se decidió

Loca de celos le siguió
Tras apuntar la dirección
Resistiéndose a llorar

¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?
Yo que te hubiese querido hasta el fin
Sé que te arrepentirás

La calle desierta, la noche ideal
Un coche sin luces no pudo esquivar
Un golpe certero
Y todo terminó entre ellos de repente

Ella no quiso ni mirar
Nunca daría marcha atrás
Una y no más Santo Tomás

¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?
Yo que te hubiese querido hasta el fin
Sé que te arrepentirás

La calle desierta, la noche ideal
Un coche sin luces no pudo esquivar
Un golpe certero
Y todo terminó entre ellos de repente

¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos
¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos
¡No!

¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?
Yo que te hubiese querido hasta el fin
Sé que te arrepentirás

La calle desierta, la noche ideal
Un coche sin luces no pudo esquivar
Un golpe certero
Y todo terminó entre ellos de repente

¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos
¡No, no me arrepiento!

Volvería a hacerlo, son los celos
¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos
¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos

La calle desierta, la noche ideal
Un coche sin luces no pudo esquivar
Un golpe certero
Y todo terminó entre ellos de repente

¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos
¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos
¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos
¡No, no me arrepiento!
Volvería a hacerlo, son los celos.

MI

Capítulo 1.

Mírate ahí, junto a la farola que tantas veces ha sido testigo de nuestros encuentros. Estás preciosa con ese jersey que has elegido hoy. Te sienta de maravilla, mucho mejor que el que llevabas ayer. Pero algo falla, tienes la mirada ausente, casi desconfiada. Qué raro en ti, se me encoge el corazón al verte así, pero ¿qué puedo decirte? Lo entiendo. Y lo siento tanto… No quise causarte ningún daño, créeme. Lo que hice fue necesario para que comprendieras que siempre estaré a tu lado. Solo yo.

Vigilándote para que te sientas segura, para que puedas seguir sonriendo con tus labios suaves y generosos, tan perfectos en su sencillez que no necesitan artificios llamativos que reclamen sobre ellos la curiosidad malsana de algún charlatán. No. Tú eres preciosa así. Sonríe, porque estoy a tu lado. Regálame tu sonrisa, que yo te protejo.

Laura sube titubeante las escaleras y se acerca a la recepción. Cree que ha llegado el momento, el miedo ha comenzado a calar en su vida, pero se ha dado cuenta a tiempo. O eso cree. Lo que tiene claro es que no quiere vivir atemorizada. Por eso ha dado el paso.

Dentro de la comisaría un agente uniformado la recibe y la acompaña hasta la sala común. Le pide que espere unos minutos. Mientras aguarda, trata de contener su corazón echando una ojeada a su alrededor. A su lado, en una mesilla pequeña y transparente, hay un macetero gris con una planta de plástico. No es la mejor imitación que ha visto. Cree que se trata de un remedo oriental de un ficus. Tiene las hojas alargadas y picudas con un color extraño, un verde amarillento medio diluido probablemente debido a los productos de limpieza. O tal vez sea por efecto de la luz del sol, que ahora incide directamente en ella.

Intenta pensar en qué productos utilizarán para que se haya quedado con ese color, pero su mente le juega una mala pasada y vuelve de nuevo al último mensaje. ¿Quién se lo ha enviado? Le sudan las palmas de las manos y se las frota en los muslos mientras trata de calmarse y convencerse. Seguro que no es él, seguro que solo es una sospecha. Suspira. Espera que la policía pueda ayudarla de algún modo. En ese momento oye unos pasos al otro lado de la salita y se pone en pie de inmediato.

Un hombre delgado, de facciones suaves y relajadas aparece a su lado y le indica con un gesto de la cabeza que puede seguirle. Ella no consigue responder, solo emite una media sonrisa porque tiene la boca seca y la lengua pegada al paladar. El corazón le bombea tan rápido que cree que se le va a salir por la garganta. Ambos pasan a una zona

concurrida, llena de mesas y sillas ocupadas donde la temperatura es al menos diez grados más alta que la del exterior. Laura se siente cohibida ante la visión y agradece el gesto del policía, que le invita a tomar asiento frente a él, al otro lado de la mesa.

—Adelante, usted dirá —dice el agente uniformado con amabilidad mientras la estudia con detenimiento.

Laura carraspea y siente que se sonroja. Mira en su regazo las manos temblorosas y juguetea con el móvil antes de decidirse a dejarlo sobre la mesa, frente al policía. Duda, pero finalmente decide que tiene que hacerlo.

—Es… Es por los mensajes. Ya no sé qué hacer, yo…

Echa un vistazo al escritorio contiguo donde una mujer despeinada y con las medias rotas contiene una hemorragia nasal con un trozo de papel escaso. De repente, se siente pequeña, mínima, como si su queja fuera la de una niña consentida y, no puede evitarlo, se echa a llorar. El policía le tiende una caja con pañuelos de papel y espera pacientemente a que termine de sonarse y se seque los ojos.

—De acuerdo, ¿está más tranquila? —le pregunta.

Ella asiente y, aunque se nota al borde del desmayo, toma aire, lo expulsa lentamente y comienza a hablar.

—Llevo un tiempo recibiendo mensajes en el móvil. No sé quién los manda, aunque tengo una sospecha y me preguntaba si ustedes podrían ayudarme. No son mensajes amenazantes, o al menos no hasta el momento —continúa ahora con un poco más de aplomo—, pero da la sensación de que la persona que los envía me sigue muy de cerca y tengo miedo.

—¿Quién? —pregunta el policía.

—¿Qué? —contesta Laura.

—¿Quién cree que le está molestando y por qué? Tendrá algún motivo para pensar en quién puede enviarle esos mensajes. ¿Podría enseñarme alguno de ellos?

Laura duda una vez más antes de coger el teléfono. Busca el último *whatsapp*, el que acaba de recibir hace escasos minutos, y se lo muestra con la cabeza gacha. El agente mira atentamente las líneas que llenan la pantalla.

Mientras espera a que el policía lea las palabras en el móvil se siente fatal, cree que en cierto modo está traicionando a Alain porque no tiene la seguridad de que sea él quien envía los mensajes y, además, en su fuero interno reconoce que no quiere tener razón. Ojalá no sea él. Pero la alternativa le da mucho miedo. Si no es Alain, ¿quién la sigue? ¿Quién la ronda y le dice que la va a proteger? Comienza a sollozar y observa sorprendida los trozos del pañuelo despedazado en su regazo. No se ha dado cuenta de que lo estuviera rompiendo.

El policía levanta la vista del teléfono y asiente de manera compasiva. Confirma que no es un mensaje amenazador, aunque entiende que pueda llegar a inquietarla Tampoco la cantidad que ella le refiere llega a considerarse como acoso. Laura le escucha sin inmutarse y niega con la cabeza, frustrada.

—Debería haberlo previsto. No me toma en serio.

—Le tomo todo lo en serio que me permiten las circunstancias, señorita. —Su voz se ha tornado más seca—. Si el asunto se agrava, por favor, comuníquenoslo. Mientras tanto, trate de ignorarlos. Es probable que la distancia entre los mensajes se vaya alargando poco a poco hasta desaparecer. Pasa en el noventa por ciento de los casos.

—Ya, claro, ¿y el diez restante?

El policía sonríe condescendiente.

—Nada hace pensar que esta sea la situación.

Laura comienza a temblar. No sabe si es de miedo o de rabia. Levanta la cabeza de golpe y enfrenta su mirada a la del policía.

—Claro. Nadie lo piensa. Hasta que sucede algo.

Al salir de la comisaría Laura recorre el trayecto de vuelta con los labios apretados, tratando de contenerse. Está furiosa, se siente engañada y, lo que es peor aún, totalmente indefensa ante el loco que la persigue y le manda mensajes con absoluta impunidad. Necesita tranquilizarse un poco, así que abre el bolso, saca los auriculares y se los encaja en los oídos con la esperanza puesta en la voz aguda de su cantante favorito, el único que puede calmarla y levantarle el ánimo ahora mismo. Con los primeros acordes de la melodía mira el reloj de pulsera y confirma que aún faltan unos diez minutos para que el centro comercial abra sus puertas. Agita la cabeza al compás de la música y, tras un instante de vacilación, marca el número de Sylvie.

—¿Te apetece quedar en el centro comercial? —pregunta convencida de la respuesta afirmativa de su amiga. Sylvie ha alargado su año sabático y siempre está disponible para tomar algo—. Me iría bien charlar un rato contigo, si puedes.

—Claro, *chérie*, —la oye decir—, ¿pasa algo?

Laura no quiere tratar el tema por teléfono y responde con una evasiva.

—Sí, bueno, algo hay, pero te lo cuento todo dentro de veinte minutos, ¿vale?

—¡Qué intriga, hija! Que sepas que no me gusta nada el tono de tu voz.

—Bah, igual son cosas mías, no le des más importancia. Oye, Sylvie, ¿llamo a Ina o la llamas tú?

—Dale un toque, aunque veo poco probable que venga. Desde que

está con Mikel son inseparables, como *Brangelina* hace años. ¿Te acuerdas? Pues ahora tenemos a *Mikelina*. Todo el día juntos, alelados.

—¡Qué boba eres! Están enamorados. ¿No tendrás un poco de *pelusa*?

—¿*Pelusa* yo? Mira, reina, sabes que Mikel no es mi tipo y además ahora mismo estoy buscando otra cosa… Digamos que unas zapatillas di-vi-nas que vi ayer allí mismo de pasada. Si voy al centro comercial, ¿me acompañarás a comprarlas? ¡Por favor! Ya que estamos ahí... Eran bastante caras, pero estoy dispuesta a tirar los tiestos por la ventana.

—La casa, Sylvie, la casa por la ventana. ¡Eres incorregible!

—Ah, lo sé. Pero esto forma parte de mi encanto natural. Nos vemos enseguida.

Cuelga con una mueca asomándole entre los labios. Le sucede siempre que oye a Sylvie, francesa de nacimiento, decir una frase popular o un refrán castizo. Le recuerda a Robinson cuando decía aquello de *está más cascao que la moto de un hippie* y sonaba a algo parecido a un pseudo castellano britanizado. Eso y la música que surge de los auriculares han sido un revulsivo para mejorar su humor. Justo en ese momento alguien se detiene frente a ella y Laura levanta la vista. Es un tipo que está hablándole. Lleva barba larga y arreglada, un corte de pelo moderno y gafas de pasta. Zapatillas, *jeans* estrechos, un bolso en bandolera y una dejadez calculada. *Hipster*. Aunque ella no oye nada entiende por sus gestos que quiere saber la hora. Un poco desilusionada por no tener que quitarse ni los auriculares para poder contestar al guapo desconocido, echa una mirada fugaz a la pantalla del teléfono. Le devuelve la hora exacta pero antes de que pueda dejar de oler el perfume del *gafapasta*, y por cierto que huele muy bien, el móvil vibra entre sus manos y Laura reprime una sonrisa. «Sylvie y alguno de sus mensajes, seguro», piensa. Pero cuando desliza el dedo por la pantalla y comienza a leer, el color de sus mejillas y el calor de su cuerpo huyen despavoridos. Siente que sus piernas son de goma, que a duras penas van a lograr sostenerla. Tiene que apoyarse en la pared. «Inspira, espira», se dice al tiempo que trata de tranquilizar el ritmo endiablado de su corazón. «Inspira, espira. Tu cuerpo es ligero, como una hoja, como el aire. Flotas». Cierra los ojos y repite como un mantra las frases que ha leído en el último libro de autoayuda.

Capítulo 2.

Mírate, taconeando con paso firme la acera. Vas zapateando con rabia sobre cada adoquín y marcas el ritmo de mi pulso con el movimiento de tus caderas. Pareces enfadada, no sé de dónde vienes, pero, por la dirección de tus pasos, ya sé dónde vas. Te comprendo tanto... Conozco el contorno de tus labios y la marca del suavizante que utilizas para que brille tu melena. Sé que tienes tres tatuajes en tu omóplato izquierdo y un demonio en el derecho, tus guías en el cielo y en el infierno. El tercero lo mantienes oculto tras la escasa tela de tu ropa interior. Son unas letras entrelazadas sin significado aparente. No sé a qué se refieren porque tampoco son tus iniciales, pero, cuando mi boca rodaba sobre tu piel, no era el momento de preguntarte.

Te has detenido frente a la puerta del centro comercial y un imbécil te ha preguntado la hora. Se te ha puesto cara de bobalicona, sin duda es tu tipo. ¿Lo conoces?, ¿quién es? No importa, te ha dibujado una sonrisa en la cara y estás preciosa. Tanto que voy a ir allí ahora mismo, junto a ti. Ardo.

Te sigo de cerca, aunque tú lo ignores, aunque pierdas el tiempo con estúpidos que no saben valorarte. ¿Te has dado cuenta? Ni siquiera se ha fijado en ti. Qué idiota. Llegará el momento en el que comprenderás que nadie puede entenderte como yo. Nadie más puede quererte como yo. Estaré a tu lado, soy la sombra que te sigue pegada a las suelas de tus tacones. Me colaré en tus sueños y flotaré frente a ti cuando cierres los ojos hasta que descubras por fin que debes volver a mi lado. Pasearé frente a tu edificio, cada día a la misma hora y, si están todas las luces apagadas, esperaré en un banco hasta que llegues. No podrás darme esquinazo porque sé que llegará un día en que lo sabrás, sabrás que no serás feliz si no es conmigo. Ahora voy a buscarte, voy a encontrarme contigo. Ardo.

Otro mensaje. Tiene ganas de volver a comisaría y soltar sobre la mesa el móvil y cuatro alfilerazos poco propios de ella al policía que le ha asegurado, hace unos minutos, que estos mensajes se espaciarían en el tiempo. Durante un segundo nada más, porque el miedo gana a la cólera, imagina al agente como una muñeca de vudú. Toma una decisión. No se lo ha contado a nadie, pero cree que ya es hora de hacerlo. Sobre todo, para que su círculo más cercano esté sobre aviso. No piensa esperar a que pase algo grave ni a arrepentimientos sin sentido cuando ya nada importe. Valora también decírselo a su madre, pero vive a doscientos kilómetros de distancia y una noticia así la alarmaría demasiado, mucho más si le dice de quién sospecha. Hoy

será un día de grandes decisiones y esta será la primera de ellas.

La impuntualidad de Sylvie es un clásico. Por eso Laura la espera resignada en el área de restauración del centro comercial. Aunque la había citado veinte minutos antes, sabe que su amiga no aparecerá hasta dentro de otros diez. Ha conseguido tranquilizarse gracias al mantra, pero no se engaña, también ha contribuido el hecho de que las puertas del área comercial se hayan abierto en cuanto ella ha llegado y, allí, dentro de la cafetería acristalada, se siente mucho más segura. Aunque la pueden ver, ella también dispone de un lugar privilegiado para observar qué pasa al otro lado del cristal. Echa un vistazo al reloj de pulsera. Tiene ganas de que llegue Sylvie, quiere contárselo todo y confía en que la entenderá. Lo sabe porque, cuando se conocieron, ella acababa de salir de una relación que la dejó hecha pedazos y de la que casi nunca hablaba. En aquel momento, Laura le prestó un hombro sobre el que llorar y todo su apoyo. También se lo contará a Ina, pero un poco más tarde, cuando la tercera amiga se reúna con ellas. Suspira profundamente y remueve como un autómata el café con leche que ha pedido. Se siente un poco mejor al pensarlo, algo más afortunada porque sabe que puede contar con ellas, pero sus pensamientos están muy lejos de la cafetería, a años luz de distancia, cuando Alain y ella eran felices. Parece que haya pasado un siglo desde entonces y, sin embargo, solo hace dos meses que rompió con él. Casualmente, el mismo tiempo que lleva recibiendo los mensajes. La cucharilla gira en la taza a un ritmo regular, como si fuera un péndulo y marcase un compás hipnótico. Levanta la vista y se topa con una figura familiar. Es él. Alain. Laura no da crédito. Todos los órganos se agolpan en la boca de su estómago y suelta la cucharilla. El rumbo del día ha tomado un curso inesperado. Se revuelve en la silla mientras él se acerca a saludarla.

—¡Vaya, Laura, qué sorpresa!

—Sí que lo es, supongo. No esperaba verte por aquí. Creía que no te gustaban demasiado los centros comerciales.

—Bueno, hay veces que no queda más remedio. Y, además, todo es susceptible de cambio —dice él mostrándole una sonrisa.

—Claro. Tú siempre lo decías.

—¿Hace mucho que has llegado?

—No, no mucho.

Un silencio incómodo queda suspendido entre los dos. Está claro que él busca la manera de alargar la conversación, pero ella no se siente cómoda y no quiere prolongar el encuentro más allá de un par de fórmulas de cortesía. Alain se muerde el labio inferior antes de

despedirse.

—Bueno, ya nos veremos.

Ella asiente sin muchas ganas. Él se gira hacia la zona comercial y entonces ella pronuncia su nombre.

—¡Alain!

—Dime. —La sonrisa que le inunda el rostro de nuevo se queda congelada al escuchar las palabras de Laura.

—Por favor, no vuelvas a llamarme ni a mandarme mensajes, no lo pongas más difícil.

—Pero ¿qué dices? —responde él con cara de sorpresa.

—Vamos, no te hagas el loco. Recibo a diario llamadas y mensajes desde un número oculto y, casualmente, esto sucede desde que lo dejamos. Raro, ¿no? Te dije que no me agobiases, que necesitaba espacio, ¿recuerdas?

—No sé de qué me hablas. Yo no te he llamado ni te he escrito. Esta es una ciudad pequeña, creo que te estás equivocando.

—Ya. Una ciudad pequeña. Por eso nunca me tropiezo con Sylvie o con Ina durante toda la semana. Venga ya, Alain, que nos conocemos. Una vez puede ser casualidad, dos pueden ser coincidencia, pero tres... Eso es acción de guerra.

—Solo quiero mantener nuestra amistad, nada más.

Laura menea la cabeza con un gesto triste.

—Lo nuestro terminó y sabes perfectamente por qué.

—Pero yo…

—Acéptalo de una vez. Por favor, déjalo estar y no vuelvas a llamar a casa. Mi madre no se merece seguir ilusionada por algo que nunca va a pasar.

Fija su mirada en Alain mientras él se aleja por el pasillo central y segundos después Sylvie se desliza en la silla contigua. Debe admitir que aún le resulta atractivo, que todavía se descubre a veces pensando en él, en sus dientes desiguales o en su nariz demasiado ancha, con algo parecido al cariño.

—¿Ese era Alain? —pregunta sorprendida—. ¿Me he perdido algo?

Laura se vuelve hacia la recién llegada, una joven de rasgos armoniosos, media melena oscura y grandes ojos azules. Aparenta algunos años menos de los que tiene por su físico menudo que llama la atención y del que ella, con su natural desparpajo, trata de sacar todo el partido posible.

—Bah, nada, tranquila. Últimamente me lo encuentro más de la cuenta y recibo llamadas y mensajes de un número desconocido —responde subrayando las últimas palabras con un gesto de entrecomillado.

—¿Mensajes? ¿Qué clase de mensajes? —dice Sylvie alarmada—. ¿Te amenaza?

—No, qué va. Es más en plan pesadito. «Qué guapa estás» y «Siempre estaré a tu lado, aunque tú nunca lo sepas». Mira.

Laura coge el móvil y toquetea la pantalla con seguridad. Cuando encuentra el mensaje, se lo enseña a Sylvie.

Hoy estabas tan guapa con tu coleta alta que casi no he podido contenerme. Sobre todo, cuando ese tipo se ha acercado a ti y le has sonreído. Ha sido como si toda la calle se llenase de luz. Y, sin embargo, él no se ha dado ni cuenta, ha mirado hacia otro lado, a su estúpido reloj, qué imbécil. En cambio, para mí… Tú eres mi luz y yo el insecto que te sigue sin remedio. No puedo evitarlo, a tu lado todo ha sido siempre mucho mejor. Cada palabra tuya, cada sonrisa, incluso cada lágrima es mejor que la soledad. No me rendiré hasta que te demuestre que lo mejor para ti es estar a mi lado igual que estar a tu lado lo es para mí. Te quiero.

—Me vas a perdonar, Laura— dice Sylvie levantando la vista del móvil—, pero no sé si aquí veo a Alain. No es su estilo. Estamos de acuerdo en que es un insecto, sí, pero más bien lo veo como una *mosquita muerta.* Además, este mensaje tiene más pasión que la que él pueda demostrar en un año entero. Esto es de algún intensito que has conocido hace poco y no me lo has dicho, *chérie* —le reprocha con un mohín.

— No, esto es serio. Este no es el primer mensaje. Ya son unos cuantos en los últimos dos meses. Sé que es él, aunque no puedo probarlo. Por si eso fuera poco, esta semana ha llamado a casa.

—¿A tu casa? ¿Para qué? Qué sinvergüenza, después de lo que...

—Sí. Quería saber qué tipo de pendientes me gustaban más para regalármelos en mi cumpleaños. Mi madre, te puedes imaginar, se ha venido arriba. «Unos *chatoncitos* pequeños de oro», le dijo, no te lo pierdas.

Sylvie no puede evitar una sonora carcajada.

—Qué buena, tu madre.

—Sí, claro, tú ríete pero, después de la dichosa llamada, cuando fui a casa el fin de semana, que si «este chico te conviene», que si «eres una caprichosa», que si «él está tan enamorado y tú no eres capaz de darte cuenta». Que «el tren pasa solo una vez»... Que el perdón y el orgullo... En fin.

—¿Perdón? ¿Y pasarte toda la vida dudando de si hay una tercera persona entre vosotros? Bueno, bah, olvídalo. Será por algas en el mar.

Una pequeña chispa ilumina los ojos de Laura.

—Peces —le contesta mientras Sylvie le quita importancia con un gesto de la mano.

—Eso. Ya me has entendido. Ah, y esta noche promete. Hay fiesta en el piso de Ina y sé de tres chicas guapísimas que no van a faltar.

—¿Ah, sí? ¿Fiesta? —Laura enarca las cejas—. No me ha dicho nada.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿La has llamado? Supongo que estará bastante ocupada preparando todo para esta noche o entre las piernas de Mikel, quién sabe.

—¡Qué bruta eres!

—¿Qué? ¡Pero si es verdad! No sé qué os ha dado últimamente. No levantáis la vista de los libros o de los tíos ¡y la vida está aquí fuera! Que solo se vive una vez, ricura.

Sylvie se levanta y, con los brazos en jarras, se planta a dos centímetros de Laura.

—Bueno, ¿me acompañas a comprar esa maravilla de zapatillas que te he dicho antes?

Ahora es Laura quien no puede reprimir una carcajada.

—Venga, vamos antes de que arrepienta.

Un par de horas después las dos chicas se sientan en la misma cafetería, en una mesa contigua a la que habían ocupado antes. Piden sendas consumiciones mientras esperan, con un parloteo superficial y alegre, a que la tercera amiga ocupe la silla que ahora permanece vacía.

—Hola, chicas, casi no llego —dice Ina con la voz entrecortada y el semblante grave.

—Uy, vaya cara traes, ¿problemas en el Paraíso?

Ina arrastra la silla metálica, se sienta junto a ellas e ignora el comentario.

—¿Qué tal ahí dentro? —Echa un vistazo a las bolsas que se amontonan junto a las patas de la mesa y esboza una sonrisa—. Ya veo que habéis picado, ¿eh?

—No veas qué zapatillas se ha comprado aquí la reina del *glamour* —dice Laura.

—Elegante, atractiva y seductora que es una —contesta Sylvie encogiéndose de hombros.

— Y sin abuela, claro —le responde Ina con retintín.

—Ja. Yo soy glamurosa *per se*, ricura. ¿O tengo que recordarte que Ina es el diminutivo agraciado de Ignacia?

Laura sabe que el punto fuerte de Ina no está en su nombre y tampoco en su físico. Es bajita y su mandíbula inferior es bastante prominente, por eso lleva siempre el pelo suelto, para ocultar sus facciones.

—Venga, chicas, por favor —media entre ellas, pendiente de que el encuentro no termine mal.

—Es broma —responde Sylvie—, ella lo sabe.

—Por supuesto, la francesita siempre tiene claro dónde debe clavar el aguijón, ¿verdad?, pero nos llevamos bien a pesar de los pesares. Porque será todo *glamour*, eso no lo vamos a negar, pero también tiene alguna debilidad, que esa boquita no suele estar demasiado cerrada.

—¡Serás bruja!

—¿O no te ha contado ya que esta noche damos una fiesta en el piso? Me juego lo que quieras a que me ha dejado sin exclusiva.

—*Touché* —contesta Sylvie con falso arrepentimiento—, ¿paloma de la paz?

Ina alza las cejas con un gesto de resignación.

—Con rama de olivo incluida. En fin, que por eso he venido más tarde, estábamos dejando todo despejado para tener sitio suficiente esta noche. Seremos unos quince o veinte contando con vosotras dos, si es que queréis venir.

Sylvie pone cara de indignación y contesta exagerando su supuesto enfado.

—¡Cómo te atreves a dudarlo! Sin nosotras no hay fiesta, guapa. Pero vamos a lo importante, ¿quién va a ir, alguien interesante? Que no lo digo por mí, ¿eh? Es que tengo una amiga —dice señalando con la cabeza a Laura— a la que le vendría muy bien pasar página y desmelenarse un poco.

—Oye, Sylvie, te agradezco el gesto, pero no tengo quince años. Además, como te he dicho antes, ya he decidido que a partir de hoy las cosas van a cambiar.

—¿Ah, sí? —pregunta Ina, inclinándose hacia ella turbada. Tiene que decirle algo y no sabe cómo hacerlo. Menos aún con Sylvie a su lado, así que trata de actuar con naturalidad—. Te escucho, que me tienes intrigada.

—Luego te doy más detalles, pero, en resumidas cuentas, hoy he tenido un par de momentos muy reveladores. Sé qué es lo que quiero y, sobre todo, lo que no quiero en mi vida. Así que voy a dejar fuera todo lo que me hace daño, voy a quererme un poco, a intentar ser feliz siendo yo misma.

—*Chérie*, ¿y todo eso en la zapatería? ¿Qué modelo te has probado? Porque tengo que volver ahí dentro a ver si me pasa lo mismo…

El camarero corta la magia de la conversación al traer la comanda.

—Un bitter y un café —se dirige a Ina—. ¿Y para la señorita?

—Otro con leche, por favor —responde ella.

—Marchando.

El carácter desenfadado con el que había comenzado la conversación ha desaparecido de repente dentro del café de Laura, que ha fruncido las cejas y no quita la vista de la taza.

—Si sigues dándole vueltas a esa velocidad te vas a marear —dice

Sylvie mirando a su amiga—. Tranquila, *chérie*, estamos contigo y todo esto va a pasar. Puede que la solución sea ignorarlo, pero si eso no es suficiente, quizá deberías pensar en tomar cartas en el asunto. Hacer algo más.

Ina enarca las cejas confundida y Laura levanta sus ojos humedecidos. Dedica una sonrisa triste a sus amigas.

—Ya lo he hecho —susurra con la mirada fija en la taza—, pero no me han prestado ni la más mínima atención. Por eso os digo que esto va a cambiar. —Aprieta las mandíbulas y traga saliva mientras una lágrima se escurre por su mejilla. Cuando comienza a revolver el café de nuevo, Ina clava su mirada en Sylvie, interrogándola.

—Va, chicas —dice ella levantándose de la silla—, se me ha hecho muy tarde. Me voy, que tengo que preparar este cuerpo del deseo para la noche.

— A ver, francesita, no te pases que te conozco. Es algo informal, ¿vale? —le dice Ina.

Sylvie arruga la nariz en un gesto artificial.

—Informal suena vulgar, reina. Suena a camiseta de rebajas y a colonia de imitación —dice poniendo los ojos en blanco y provocando las carcajadas de sus amigas. Satisfecha por haber hecho reír a Laura, continúa—: Y yo, ya lo sabéis, soy todo menos vulgar. ¿Hacia las diez?

Sin esperar respuesta, se aleja contoneándose a sabiendas de que varios pares de ojos siguen el movimiento de sus sensuales caderas.

—Ni decir adiós, así, a la francesa —dice Ina sacudiendo la cabeza.

—Es cierto, no tiene remedio, pero ella es así. Por eso la queremos, ¿verdad? Es tremenda, pero sabemos que podemos confiar en ella. —Ina asiente y su gesto se oscurece.

—Hablando de confianza, Laura. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dispara.

—¿Confías en mí? ¿Sigues sintiendo algo por Alain?

Laura parpadea sorprendida y se echa hacia atrás.

—Eso son dos preguntas Ina.

Un par de segundos que se alargan como tres horas se extienden entre las dos hasta que Ina, seria, toma aire y contesta.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 3.

«Los besos y los abrazos, si son de verdad, se dan con los ojos cerrados», me dijiste. Lo recuerdo con claridad porque fue apenas unos días antes de que Katia me dejara. Y tenías razón. Lo comprendí en el instante en el que ella me soltó que todo había terminado. Entonces recordé su apatía y aquel beso fugaz del que se separó con los ojos abiertos.

También recuerdo que te lo conté entre lágrimas y que tú me apoyaste a pesar de todo lo que te confesé, a pesar de todo lo que descubriste. Sugeriste que no la tomara en cuenta ni a ella ni a sus excusas porque vivir así era morir de amor. Hiciste que sonriera en el peor momento de mi vida y provocaste una guerra de olvido. Olvidar a Katia, se llamaba la misión. ¿Recuerdas? La pactamos en el bar 21 al ritmo de tu música favorita. Bebimos tequila como si no importara el mañana. Limón para las heridas y sal para cicatrizarlas.

Tu boca en llamas sonreía mientras me ofrecías la piel salada de tu muñeca y, a nuestro alrededor, un ruido acolchado de voces y cuerpos sin identidad tejía una telaraña en la que caímos sin oponer resistencia. Sonaba tu canción favorita y encontré tus labios en mis labios, tu lengua en mi boca, no hubo tregua. Sabías a tequila, sal y limón. Abrí los ojos con la respiración entrecortada, boqueando por un poco de oxígeno en aquel bar de éxitos anticuados y tribus urbanas en vías de extinción. Busqué mi reflejo en tus ojos, permanecían cerrados. Solo existíais tú y la curva de tus pestañas.

Tú, mi propósito desde ese instante. Nada ni nadie nos separaría, lo supe cuando me asomé una vez más a tus párpados sellados. Porque como tú me dijiste, «los besos y los abrazos, si son de verdad, se dan con los ojos cerrados»

Ina traga con dificultad para empujar esófago abajo el flujo ácido que sube por su garganta. No ha sido del todo sincera con Laura y su sistema digestivo se resiente por ello. Se siente fatal. Coge un pequeño mechón de pelo, lo enreda entre sus dedos y, casi sin darse cuenta, lo arranca de raíz, con un escozor que le sabe a castigo y penitencia a la vez. Es una vieja costumbre que había dejado atrás hace años, pero que ha retomado desde su última conversación con Mikel. «Las cosas se han liado demasiado», piensa. Además, falta poco para la fiesta, pero aún no tiene todo controlado. Cree que la culpa de su incapacidad para concentrarse son las preocupaciones, y con razón. Nunca le había costado tanto crear un par de listas de reproducción, aunque tampoco se había tenido que enfrentar a una situación como

la que le ha explotado en las manos. Aparta la vista del ordenador un segundo y la fija sobre la cama, donde Mikel trastea con su móvil.

—¿Has terminado ya? ¿O necesitas algo de ayuda? —le dice su novio sin apartar los ojos de la pantalla.

Ina da un respingo. Mikel parecía absorto en su teléfono, pero no lo estaba tanto como ella creía.

—Me faltan unas cuantas canciones, pero creo que ya lo tengo, gracias.

—No te olvides de poner alguna de *Muse*, y de los viejunos que le gustan a Laura. Ya sabes, *Police*, *Camilo Sesto*, de esas que pinchan en el 21.

—Claro, hombre, no te preocupes —responde con frialdad y cierto retintín. Ina estudia de refilón el perfil de Mikel, el flequillo caído sobre la frente, casi tapándole los ojos, y su sonrisa ladeada. Un pinchazo de dolor le traspasa la boca del estómago. Le quiere, pero necesita saber la verdad. El modo en que él desvió la conversación cuando ella le preguntó qué sentía por Laura la dejó bastante intranquila. Parecía sincero cuando le dijo que eran amigos desde hacía mucho tiempo, que no hiciera segundas lecturas de su amistad, pero, aun así, su sexto sentido, esa alarma interna que se enciende cuando hay cerca algún asunto discordante, le hizo pensar que él le ocultaba algo.

Toda la incertidumbre se le agolpa de repente en mitad de la garganta. Recuerda las manos de Mikel recorriendo su cuerpo un par de semanas atrás, cuando las dudas no se habían asomado al exterior. Entonces ambos estaban relajados y él parecía sincero al disfrutar del sexo con ella. Las lágrimas se le amontonan en los ojos al pensar que no hace tanto tiempo de ese momento. A Ina le aterroriza admitir el significado de que Mikel le haya mentido. Porque, está segura, sabe que lo ha hecho. Sacude la cabeza, trata de convencerse y perdonarse a la vez. Aceptar frente a su amiga que no había sido sincera del todo, que había creído sin dudar a su novio y que le había hecho llegar la información como si ella hubiera sido quien vio a Alain le ha costado mucho, pero al final ha dado el paso.

Afortunadamente Laura se lo ha tomado bastante bien. A diferencia de ella, su amiga confía en Mikel. Ina, en cambio, tiene dudas, y miedo. No se ha atrevido a confesarle que hace unos días, entre los álbumes que guarda su novio en la estantería de su habitación, encontró un sobre amarillo con unas fotos antiguas en las que únicamente salían ellos dos, Laura y Mikel. Cuando ella, de manera inocente le preguntó por esas imágenes, él le respondió con evasivas y le arrebató el sobre de las manos.

En ese momento la semilla de una sospecha se instaló en su cerebro y en su corazón, aunque Ina se resistió a creer que pudiera ser

real. Tan solo pensar que Mikel pudiera estar obsesionado con su amiga Laura le pareció un argumento tan retorcido como el de las películas de sobremesa de los fines de semana. Además, es posible que todo sean imaginaciones suyas. Es cierto que hace años, cuando eran poco más que adolescentes, tuvieron algo parecido a una relación y a lo mejor por eso ella había exagerado... O quizá no. Lo cierto es que, después de que Laura le enseñara los mensajes por la mañana y le contara que se sentía perseguida y que había acudido a la policía para denunciar el acoso, intentó convencerse de que no podía ser Mikel.

Mira de reojo a su novio y recuerda el momento en el que él le dijo que había visto a Alain con otra chica. Ina está segura de que en eso no le ha mentido, pero, de todos modos, ¿qué debería haber hecho?, ¿saltarse el acuerdo tácito que tenían las tres amigas sobre contarse toda la verdad si por casualidad descubrían una infidelidad de sus respectivas parejas? ¿Hubiera sido preferible callar, hacerle un tercer grado a su novio, hablar directamente con Alain? «Claro que estoy seguro. Lo vi con mis propios ojos. Estaba con una tía rubia» fue todo lo que le dijo Mikel, y ella le creyó.

Él levanta la cabeza de la pantalla, ríe y ella le devuelve una mueca vacilante que pretende ser algo parecido a una sonrisa.

—¿De qué querías hablar? —dice su novio, apartando el móvil y cruzándose de brazos frente a ella—. Antes me has dicho que querías preguntarme algo.

Ina le devuelve la mirada y toma aire antes de reunir todo el valor que tiene para hacerle la pregunta más difícil de su vida.

—¿La quieres? ¿Por eso estás conmigo, porque así estás más cerca de Laura?

Mikel se inclina hacia ella con una ceja alzada y media sonrisa en la boca.

—¿Qué? Venga ya, ¿lo dices en serio? ¿Es por lo del otro día de las fotos? No me lo puedo creer. ¿Qué clase de pervertido crees que soy? ¿O es una de esas ideas peregrinas de Sylvie y las chicas?

—No lo sé. Ya no sé qué pensar. —Ina agacha la cabeza y continúa en voz baja—. Esta mañana cuando he quedado con ellas, Laura estaba muy agobiada. Alguien está siguiéndola y enviándole mensajes al móvil continuamente. Es bastante preocupante, ¿sabes?, hay alguien obsesionado con ella que la persigue de cerca y…

—¿Y crees que soy yo? —Mikel aprieta las mandíbulas—. Mira, voy a tomármelo como una salida de tono, una tontería porque no me hace ni puta gracia lo que estás insinuando. Yo nunca haría algo así. Laura es mi amiga. ¿Ha ido a la policía? —Ina afirma con la cabeza y, acto seguido, niega ante la siguiente pregunta que brota rápida de los labios de su novio—. ¿Tiene alguna sospecha de quién puede ser? Estoy seguro de que es Alain. Ya lo pillaré por banda, ya. Se va a

enterar ese *mierdas*. —Mikel sacude la cabeza y con eso da por zanjada la conversación.

Ina se siente abandonada, desbordada por la situación. Tiene la sospecha de que Mikel no está enamorado de ella, que tan solo se trata de un segundo plato, del premio de consolación porque quien está en el primer escalón del podio es Laura. Cierra los ojos y una lágrima recorre su mejilla. Le gustaría registrar el cuarto de Mikel como hacen los detectives de las series criminales, metódica y silenciosamente. Con detenimiento. Abriendo los cajones y revolviendo su contenido, revisando las estanterías e incluso mirando debajo del colchón. Así, cuando no encontrase nada sospechoso, se quedaría más tranquila.

Pero ahora mismo eso es imposible. Una gran bola de tristeza le aprieta la garganta y el pecho, y apenas la deja respirar. Intenta tomar aire, pero no puede y sale de la habitación a toda prisa para encerrarse en el cuarto de baño. Un nuevo retortijón en el estómago hace que se lance sobre la taza y vomite la comida del mediodía en el retrete. El estómago se retuerce sobre sí mismo como la bayeta de la cocina cuando la escurre antes de pasarla por la encimera. El dolor es amarillo y amargo. Pulsa el botón de la cisterna, se apoya en la loza y piensa que las únicas personas con las que está lo bastante cómoda para hablar de lo que le pasa o están demasiado implicadas en el tema o van a reaccionar de manera equivocada. Se le llenan los ojos de lágrimas una vez más.

No puede confiar en nadie, solo en sí misma. Esa es la razón por la que, sin contárselo a nadie, ha hecho lo que ha hecho. Porque es mejor saber la verdad cuanto antes, aunque duela. Abre el grifo del lavabo con manos temblorosas y se lava la cara. Mira su reflejo en el espejo salpicado de agua. Esta misma noche, cueste lo que cueste, saldrá de dudas.

Su mente lleva horas girando sin parar en un bucle de incredulidad. Ina le ha mentido y ella está desconcertada. Entiende que su amiga se haya dejado llevar por lo que le dijo Mikel. Al fin y al cabo, es su novio y confía en él. Y si te fías de alguien, no cuestionas sus argumentos, porque, sencillamente, no hay motivos para hacerlo. Así que, si lo analiza detalladamente, en el fondo no se trata de una traición ni de una mentira. Ina se dejó llevar por lo que le contó Mikel, y él es su amigo desde hace años, o sea, que, si le dijo que había visto a Alain muy acaramelado con una chica rubia, seguro que es cierto. Aunque es inevitable que sus pensamientos vuelvan a la conversación con Ina. Quiere creer que todo se ha tratado de un malentendido, un error, pero la sombra que ha cruzado los ojos de su amiga le ha hecho pensar que hay algo más que ella no quiere o no se

atreve a contarle. En cualquier caso, lo que Ina le ha mencionado ha vuelto a encender los rescoldos que aún quedaban vivos en su corazón. Le ha dicho que el martes se encontró con Alain y que, cuando habló con él, le pareció sincero. Sobre todo, cuando le dijo que lo más importante para él era que ella, Laura, fuera feliz y, si para eso era necesario apartarse de su vida, él lo haría, aunque le costase un mundo. Eso le hace imaginar que no es Alain quien envía los mensajes y, aunque todavía le inquieta no saber quién la está acosando, su día desde ese momento ha mejorado bastante.

Pero no va a engañarse, no puede dejar de pensar en el tema. ¿Quién manda esos mensajes y por qué lo hace? Suspira. Ha intentado desconectar, olvidarlo todo y descansar un poco para aguantar el ritmo prometedor de la noche, pero no ha parado de dar vueltas en la cama, incapaz de dormir. Harta de permanecer tumbada, se levanta, va a la cocina y saca un tazón de esmalte rosa con motivos orientales. Quiere relajarse un poco y cree que una taza de tila le vendrá bien para conseguirlo. Aunque un instante después se lo piensa mejor y decide prepararse un café. Eso la mantendrá despierta durante más tiempo esta noche. Mira la vieja taza que trajo de casa cuando comenzaron las clases. Le hace sentirse menos lejos de su familia, más segura y centrada. Le recuerda tiempos felices y apacibles a doscientos kilómetros de allí. Suspira otra vez con un halo de nostalgia, la llena de leche y la mete en el microondas. Cuando el electrodoméstico pita para indicar que ya está a punto, introduce una cápsula en la cafetera y desliza la taza debajo. Espera que la fiesta merezca la pena.

Diez minutos después el café ha empezado a hacer efecto. Ya se siente más animada. Con un cosquilleo bullicioso en el estómago, se enfunda unos vaqueros y su camiseta verde. «Verde esperanza», piensa. Se maquilla levemente y, tras un vistazo de conformidad en el espejo, sale de su apartamento y se dirige al ascensor. Las luces que captan sus movimientos a lo largo del pasillo se encienden y apagan, pero, cuando llega a la altura del ascensor, el piloto de la botonera está en rojo. Laura no se amilana y baja las escaleras con un trote alegre. Hoy va a ser una noche especial y nada ni nadie la va a estropear. Cuando sale al exterior ve que la puerta de acceso está abierta. Sorprendida, la abre y cierra varias veces, pero el sistema mecánico no responde. Menea la cabeza y se hace recordar —«Nota mental», reflexiona—, que tendrá que comentárselo al administrador de la finca. Pero eso ocurrirá mañana. Esta noche será entera para sus amigas y para ella. Después de lo que le está sucediendo tiene ganas de divertirse, de olvidarse de todo. Y la fiesta de Ina le parece un excelente plan de desconexión para hacerlo. No sabe lo equivocada que está.

Capítulo 4.

Por fin la espera ha dado su fruto. Ha llegado el día. Casi no puedo creerlo, Laura, pero es cierto. Y no sabes lo feliz que me has hecho. Todo ha merecido la pena porque hoy será una noche especial, el primero de nuestros pasos. Las preocupaciones de estos meses ya no importan, son una tontería. Me río al recordar la desesperación que sentía cuando confirmaba que no habías entendido mi sacrificio, que no comprendías el significado de mis regalos, pero eso ya es agua pasada.

Tu vida va a cambiar, y lo va a hacer conmigo a tu lado. Lo has dicho. Dejarás aparte lo que no quieres, lo que te hace daño, y darás vía libre a lo que realmente deseas y a lo que eres. Aseguras que seguirás el camino de tu esencia y que, al final de la senda, te abrazará tu destino. Tranquila, allí estaré yo, esperándote.

Apenas puedo aguardar a verte para abrazarte, para sentirte mía. Si no fuera tan prudente, subiría a tu piso, te besaría, te desnudaría y lloraría de felicidad a tu lado, pero sé que debo ir poco a poco, con paso firme. Debo dejarte tu espacio para que tomes el camino adecuado. De momento ya te has dado cuenta de que necesitas ser tú misma, no quien la gente de tu alrededor quiere que seas. Laura. La estrella que guía mi mundo, la belleza en mi vida, la amante perfecta en mi cama. Mi diosa, mi religión, la mujer que sacia mi hambre, la llama ardiente que enciende mi deseo Eres todo aquello que quiero encontrar y el único misterio que necesito resolver. Dentro de poco aceptarás que no puedes evitarlo, que lo nuestro ya estaba escrito. Entenderás cada paso que he dado y regresarás a mí. Sin dudas. Laura. Mírate ahí, junto a la ventana de tu cocina con la taza rosa entre tus manos. Adoro tu expresión pensativa y ese mechón que cae despreocupado sobre tu frente. Quedan unos minutos, apenas una hora para que nos encontremos. Te adoro, amor. Te quiero.

Sylvie abre la puerta y recibe a Laura en el piso de Ina. Su amiga, al verla, agita la cabeza de lado a lado. Hay costumbres que no cambian. La francesa solo es puntual en las fiestas y, por supuesto, está impresionante, como siempre.

—Hola —le dice—. La camiseta verde, ¿eh? Así que estás de buen humor. Me alegro. Aunque de momento aquí la fiesta solo está empezando y no hay mucho donde elegir. —Encoge los hombros y señala hacia la sala, donde cuatro chicos conversan y bailan al compás de la música—. Pero, bueno, haremos la vista redonda.

—Gorda, Sylvie, se dice gorda.

—Uy, qué atrevida, gorda, me llama —dice ella con una sonrisa

bailándole en los labios y baja la voz—. Lo sé, *chérie,* pero ya sabes, eso forma parte de...

—Tu encanto particular.

Laura termina la frase con una carcajada mientras Sylvie se dirige al fondo de la habitación para servirse una copa. Ina también se acerca un minuto y le ofrece unos frutos secos y su bebida favorita, pero se disculpa porque quiere atender a todos los invitados. A ella no le importa demasiado, *Muse* está sonando en el equipo y comienza a moverse al ritmo de la música.

Poco a poco el piso se va llenando. Al cabo de una hora ya son más de veinte los jóvenes que se reparten por el pasillo, la cocina y la sala. Laura apenas puede distinguir a Ina o a Sylvie, pero de repente descubre una figura que le resulta familiar. No puede ser. Es absurdo, su mente le está jugando una mala pasada. Eso o ha tomado demasiadas copas. Pero no, solo ha bebido tres combinados y no estaban muy cargados. Se pregunta qué hace él ahí. Lo sigue con la mirada y trata de acercarse, pero antes de llegar a su altura, alguien más repara en su presencia. Laura ve cómo su amigo y su ex cruzan sus miradas. Se avecina tormenta.

—Vaya con el gallito —dice Mikel—. ¿A qué has venido, Alain, a controlar a Laura? ¿A ver qué hace y con quien para mandarle luego esos mensajitos tan preciosos? —Alain quiere replicar, pero el chico no le deja—. Eres un mierda y un sinvergüenza. ¿La echas de menos? Haberlo pensado antes, cuando te vi en el Scala abrazado a una rubia desconocida no parecía que pensaras en ella. —Le mira con desprecio —. No te la mereces.

—Pero, ¿qué estás diciendo Mikel, vas borracho?

—Más quisieras. Tu problema es que las mujeres guapas nunca se fijan en los hombres feos como tú, ¿verdad? Sal del piso, no eres bien recibido.

Alain levanta la barbilla y le dedica una mirada serena. Su tono es suave, pero la actitud denota desafío.

—Te equivocas. He venido porque me han invitado, pregúntale a tu novia.

Mikel se adelanta y le propina un violento empujón. Alain retrocede, da un traspié y se golpea contra la pared, pero, al oír las risas, su sorpresa da paso a un sentimiento de humillación y, enfurecido, arremete contra su enemigo.

—Pero, ¿qué te has creído? —dice mientras levanta la mano izquierda a la altura de la cara de su oponente, antes de descargar con toda su fuerza el otro puño en su vientre. Cuando Mikel se lleva las dos manos al abdomen y se dobla hacia delante con el rostro crispado de dolor, Alain aprovecha la ventaja y le alcanza de lleno con un puñetazo en la nariz. A Mikel le da la impresión de que la cara le ha

reventado justo por la mitad, levanta la cabeza y grita a pleno pulmón.

—¡Laura! ¿Dónde estás, Laura?

Ina quiere desaparecer. Su mayor deseo es que la tierra se abra con una grieta profunda en la que poder caer y huir de allí. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado que esto acabaría así. Quería ver la reacción de Mikel cuando se viera cara a cara con Alain, por eso lo ha invitado. Por eso y porque no está tan segura de la supuesta infidelidad. Cree que Laura y él aún sienten algo el uno por el otro y le gustaría que se dieran una segunda oportunidad si fuera así. Pensó que quizá una fiesta podía ser el momento ideal para una charla desenfadada y agradable. Pero está claro que se ha equivocado. Tiene que resolver esta situación cuanto antes, así que da unos cuantos codazos para acercarse y hablar con ellos.

—Por favor, dejadlo ya. Vais a echar a perder la fiesta —les dice y se gira hacia Mikel—. Te ha dicho la verdad, le he invitado yo, pero ha sido un error. Lo siento.

Su novio les dedica una mirada de desprecio y los ignora. Como una fiera enjaulada, recorre el piso doblado sobre sí mismo y con la cara ensangrentada mientras vocifera el nombre de su amiga, dejando a su paso un hilo de gotas sanguinolento. Ina se apresura a buscar a Laura. La encuentra apoyada en una columna, totalmente paralizada.

—Laura, cariño, vete —le dice—. Lo siento, no pretendía que sucediera esto, pero ya ves cómo se ha puesto. Por favor, llama a un taxi y vete a casa. Nunca le había visto así, y no sé de qué puede ser capaz. Vete, rápido y, cuando llegues, llámame. Yo lo mantendré aquí. Lo siento, de verdad. Lo siento mucho.

¡No! No es posible. Acabo de ver tu mirada y soy capaz de leer en ti como en un libro abierto. Mentirosa. Me has engañado. No vas a renunciar a él, lo he visto, aún sientes algo. Qué asco. Qué desperdicio. Pero no voy a retirarme a un lado una vez más. No. Hoy se acabará todo porque tú lo has querido así. Has desatado a la bestia que llevo dentro. Esta noche cambia todo, puta. Yo seré el cazador y tú mi presa. No quieres entender que yo soy lo mejor que puede pasarte, que soy tu destino. Por mucho que intentes alejarte, será imposible.

Te buscaré allá donde estés, no podrás esconderte. Conozco tu olor y seguiré tu rastro donde vayas, aunque creas que es el lugar más remoto del planeta. Podrás engañarte, fingir, pero cuando quieras reaccionar ya será demasiado tarde. Te he dado tantas oportunidades como he sido capaz, pero ya es suficiente. Este es el último desprecio que voy a aceptar. Sé cómo eres, lo que te conviene, lo que necesitas, pero tú te empeñas en ignorar mis señales. Vuelves a caer en la misma trampa una y otra vez. Ya

me he cansado de este retorcido juego tuyo, Laura. Si no eres mía, no serás de nadie. No tengas miedo, haré que termine enseguida, no sufrirás demasiado. Y, cuando esto acabe y me entregues tu último aliento, lo entenderás todo. Entonces serás mía. Mía para siempre.

Capítulo 5.

A Laura le tiemblan las manos como si estuviera en pleno invierno a pesar de que la temperatura se corresponde con el mes de mayo. Hace un par de minutos que ha salido a toda velocidad del piso de Ina y se ha precipitado en el primer taxi que ha visto, al galope. Los latidos de su pulso retumban en sus oídos a un ritmo desigual y acelerado. La cabeza le va a estallar, si no lo hace primero su corazón. No entiende nada. No sabe por qué Ina ha invitado a Alain, y tampoco por qué Mikel se ha puesto tan agresivo. Solo sabe que lo que comenzó como una pequeña discusión ha terminado en una pelea en la que ella parece ser el trofeo para ambas partes. Y no, ni lo es, ni quiere serlo.

Las lágrimas caen desbocadas por la cara dejando un reguero negro a su paso. Se obliga a mirar por la ventanilla para concederse un momento de falso sosiego y olvidar la voz de Mikel gritando su nombre. Ve pasar las calles una tras otra. Conoce a la perfección la ciudad y sabe que el taxista está zigzagueando, haciendo el recorrido más largo de lo que corresponde con la esperanza de ganar algunos euros más en la carrera. En el fondo no le importa, así tendrá tiempo de calmarse un poco antes de llegar al apartamento y recobrar el aliento que ha perdido al salir del piso de Ina. El taxista da la curva de entrada a su calle, se detiene junto a su portal y se gira hacia ella.

—Son quince euros, señorita —le dice afable. Cuando se fija en los churretes de su cara, aprieta los labios y le sugiere—: ¿Quiere que espere a que entre? ¿Se encuentra bien?

Laura asiente, saca un par de billetes de su monedero y se los entrega.

—Tenga, sí, por favor, se lo agradecería mucho.

Baja del coche algo más aliviada y, antes de introducir el código en la puerta de entrada, se da cuenta de que está abierta. No recordaba que se había estropeado. Echa un vistazo de refilón alrededor. No hay nadie, pero de todos modos busca la mirada del taxista. Cuando confirma que él está al tanto, abre la portezuela y pasa al jardín interior. Entonces, cuando sube las escaleras del portal, escucha el motor del taxi alejándose. Toma aire, mete la llave en la cerradura y empuja la puerta de entrada. Está tan confundida con lo que ha pasado que no ve la mano que evita que la puerta se cierre ni escucha el sonido del interruptor que desactiva los sensores de movimiento. Tampoco oye el resonar de otros pasos en el eco de la escalera oscura y solitaria. Pero algo la alerta de repente. No sabe qué es, aunque se da la vuelta lentamente, justo después de hacer girar la llave en la cerradura del piso. Desprevenida, recibe un fuerte empujón

que la deja tumbada en el suelo del recibidor desde donde, en un ángulo lateral, distingue el color rosa de unas zapatillas nuevas que conoce muy bien.

— Laura… No estás sola. Estoy aquí, a tu lado, aunque no me veas. Pareces un animal asustado, indefenso, tanto, que incluso podría perdonarte. Pero no lo haré. Casi puedo oler tu miedo. Estás tan nerviosa que te ha costado un mundo abrir la puerta. Aunque me conmueve lo que veo en el fondo de tus ojos, tú ya has decidido. Has tomado partido, Laura. Todos lo han visto. ¿De qué sirve tu discurso de esta mañana? No eres más que una charlatana, tus palabras no valen nada. Todo eso de ser quién realmente quieres ser, de no plegarte a los deseos de los demás, de aceptar tu esencia eran mentiras. Igual que tus sonrisas y miradas dulces. Me has engañado. Has jugado conmigo, me has engatusado, pero se acabó. Solo he sido un pasatiempo para ti, una anécdota que contar cuando necesites un poco de pimienta en una conversación, ¿verdad? Para poder decir eso de «Sí, yo también me acosté con una mujer». Qué decepción, Laura. Por ti y por mí. Me dejé seducir y me engañaste, pero ya terminó. No comprendes lo que está a punto de suceder.

Te vuelves hacia atrás y, sin apenas mirarte, te empujo dentro del apartamento. Has caído de espaldas y te has quedado tumbada. Aún no sientes miedo, pero lo sentirás. Desde luego que lo harás. Busco tu móvil y lo estrello contra el suelo mientras me miras confusa con tus grandes ojos marrones. Has jugado conmigo, te has reído de mis sentimientos, pero ahora voy a hacer justicia, ahora me toca a mí. Abres la boca, puede que quieras hablarme, disculparte, pero no puedo arriesgarme a que grites. Me abalanzo sobre ti y te tapo los labios carnosos con la palma de la mano. Aprieto tu boca, la misma que me ha engatusado desde que nos conocimos, pero ya no me interesan tus labios, ni tampoco tu aliento. Ese que compartimos hace unos meses, ¿te acuerdas? Entonces me parecía que tenía un aroma especial, maravilloso, pero ahora me resulta fétido, inmundo. Pataleas porque no entiendes nada. Pobre infeliz. El jarrón de la mesita de la entrada me parece el arma perfecta. Te golpeo con fuerza y, por unos instantes, me arrepiento cuando te veo inmóvil con una gota de sangre recorriendo tu frente pálida… No. No debo dejar que mis sentimientos se apoderen de mí en este momento, no voy a retroceder. Hoy serás mía por fin, hoy acabará todo. Dentro de poco seré la dueña de tu última imagen, de tu última respiración, de tu último aliento. Apenas puedo esperar a que suceda, pero me obligo a serenarme. Necesito tener la cabeza fría y recobrar el control. Te cojo de los tobillos y arrastro tu cuerpo hacia

la sala con dificultad, qué curioso, no creí que fuera tan pesado. Te dejo sobre la alfombra y coloco sobre la mesa la cinta americana, mi móvil y una bolsa transparente. El esfuerzo me hace detenerme unos minutos antes de sentarte sobre la silla para atarte. Mírate. La barbilla te cae sobre el pecho, pero, aun despeinada, con el maquillaje destrozado y con esa postura de muñeca rota, eres preciosa. Y mía.

Recorre con una mirada satisfecha el escenario que ha compuesto. Todo está en su sitio, la bolsa, la cinta y el teléfono móvil que reproduce una y otra vez la misma canción. Sylvie se acerca a Laura y le levanta la cabeza. La golpea levemente en la cara para que recobre el conocimiento porque, ahora sí, quiere hablar con ella. Es su momento y va a escuchar lo que tiene que decirle.

—Eres como todas, Laura —le dice cuando ella comienza a parpadear para volver en sí—. Como Katia, una maldita puta. Ah, no, no me mires así, *chérie*, todo esto es culpa tuya. Tú me has provocado, me has engañado haciéndome creer que sentías lo mismo por mí, pero que aún no estabas preparada para decirlo, para mostrárselo al mundo. Yo solo quería amarte y que tú me amaras. Seguirte allá donde fueras, compartir cada minuto juntas, dos cuerpos en un solo corazón. ¿Tiemblas? —Laura grita, se agita en la silla e intenta soltarse, pero la cinta americana de su boca, muñecas y tobillos no cede ni un ápice y todo su esfuerzo se queda en nada—. Tranquila, no luches, ya no tiene sentido. Déjate llevar y será más fácil. Cuestión de unos minutos, verás.

Sylvie se gira hacia la mesa de madera y coge la bolsa transparente y la cinta americana. Laura sacude la cabeza con ímpetu de lado a lado, pero a ella le da igual. Consigue ponerle la bolsa. Se la ciñe al cuello con ayuda de la cinta americana y Sylvie se recrea en la imagen de la cara de Laura que va desapareciendo en el vaho que empaña el plástico.

—¿Sabes? —le dice—, creí que eras especial. Por eso hice tanto por ti, por eso he tenido tanta paciencia. Te separé de Alain e inventé una infidelidad. Los hombres son así de estúpidos. No hizo falta mucho.

Sylvie se detiene y lo piensa mejor. Quiere que la agonía se alargue un poco, ver sufrir a quien tanto le ha hecho padecer, así que abre dos pequeños orificios a la altura de los oídos de Laura con doble intención. Por ahí pasará algo de aire, solo un poco, lo suficiente para dilatar unos minutos más lo que es inevitable y también le dará la oportunidad de que ella la escuche.

—Una cita con Mikel y Alain en el mismo lugar. Sencillo, ¿no? Yo solo acudiría a una de ellas vestida con una peluca, gafas de sol y ropa

de mercadillo. Cuando vi que Mikel ya había llegado y había visto a tu novio, fue el momento preciso en el que una rubia abrazó muy cariñosa a Alain. Evidentemente, él sabía quién era yo y no se resistió. Lloré, le conté una estupidez y él me consoló mientras Mikel, que no me reconoció, lo veía todo desde el otro lado de la calle. Soy muy buena actriz, Laura —dice con altivez. En un segundo, su tono se vuelve rabioso—. Lo hice todo por ti, y tú, mientras tanto, me despreciabas. Pero la venda por fin ha caído, *chérie*. Disfruta por última vez de nuestra canción. —La coge por la barbilla y enfrenta su mirada a través del plástico empañado—. ¿Te acuerdas? Sonaba de fondo, en el 21, fue nuestro primer beso. La letra fue la que me dio la idea de cómo terminar nuestra relación. Tu último aliento, Laura, reconoce que es poético *chérie*. Ideal para cerrar el círculo, ¿no crees?

Coge el teléfono móvil y pulsa el volumen al máximo. Los acordes de la canción llenan la sala. Laura llora. Reconocería la melodía en cualquier lugar, incluso antes de que comenzasen los arpegios de la introducción. Se marea. Cierra los ojos y por un momento, antes de que todo se oscurezca, se arrepiente de las imágenes que llegan a su mente. Cometió un error fatal, una aventura estúpida con Sylvie justo antes de conocer a Alain. Nunca volvieron a hablar de ello, para Laura fue algo insignificante, una tontería fruto del tequila en sangre más que otra cosa, pero ahora, cada minuto de aquella noche vuelve a su cerebro con total nitidez. Se arrepiente, pero ya es tarde.

La atmósfera de la habitación es fría y tensa. En mitad de la mesa, el teléfono móvil. Se le ha oscurecido la pantalla porque el tiempo se ha dilatado demasiado.

Laura abre la boca para hablar, pero no acierta a articular ni una sola palabra. Siente un nudo que le atenaza la garganta. Pestañea varias veces para contener las lágrimas y baja la cabeza hacia el pecho para ocultar sus emociones, aunque no consigue evitar que las lágrimas le nublen la vista y le caigan redondas y abundantes sobre los muslos.

—Siento tanto haber dudado de ti —dice con un hilo de voz al tiempo que apoya los brazos extendidos sobre la mesa de madera y fija la mirada en las marcas de sus muñecas.

Recorre la mesa en busca de otras manos y, al encontrarlas, las aprieta con suavidad mientras revive cada momento pasado. Recuerda la imagen del suelo acercándose con rapidez al tiempo que reconocía las zapatillas rosas. También recuerda su teléfono estrellado en el suelo, a su lado. Y la música. La misma canción repitiéndose en un bucle incansable. Entonces fue cuando se dio cuenta de que algo iba mal. Muy mal. En su mente todo es muy lento y muy largo, tiene la sensación de haber intentado escapar, pero sabe que no ha sido así porque su cuerpo y su cerebro no se coordinaban por más que lo intentase.

—Recuerdo que yo estaba atada, pero la mayoría de las imágenes son en silencio, como en una película muda, de las antiguas. El plástico de la bolsa se había pegado a mi piel y apenas podía respirar. Y todo se iba apagando… Cuando me desperté no entendía nada, tardé un rato en darme cuenta de que eras tú quien estaba a mi lado.

—Eso ahora no importa, Laura. No debes culparte, por favor —le responde el chico—. Sylvie estaba obsesionada, desequilibrada, y ninguno lo sospechamos, nadie lo podía suponer.

Alain está sentado frente a ella, con expresión preocupada y paciente. Laura hace un esfuerzo por serenarse y levanta los ojos. Sabe que las pesadillas la seguirán acompañando durante un largo tiempo y clava su mirada en los ojos de su novio.

—Si no hubieras llegado a tiempo…

—Pero lo hice, y fue gracias a Ina. Ella te dijo que le llamases al llegar a tu apartamento, pero tardabas demasiado. Mikel había desaparecido y ella se temió lo peor. No sufras más por eso, lo estás haciendo muy bien. Estás siendo muy valiente, yo no sé qué hubiera hecho en tu lugar. —La voz se le apaga por la emoción. También él la recuerda atada en la silla, inconsciente, con la bolsa empañada adherida con cinta de carrocero alrededor del cuello. Baja la vista. No sabe cómo fue capaz de reaccionar ante esa situación. No recuerda

cómo rompió el plástico ni cómo la desató de la silla. Tampoco sabe cómo es posible que consiguiera llamar por teléfono a la ambulancia ni que lograra recordar los pasos de la reanimación cardiopulmonar.

Laura hipa y ambos vuelven al momento actual. Suelta una de sus manos para tocar la pantalla del móvil. Están sentados alrededor del teléfono con un motivo. Sylvie le robó la magia que la embargaba cuando escuchaba a su grupo favorito, pero ella va a luchar porque eso cambie. Su terapeuta la ha apoyado en esa decisión. Por eso están ahí, para intentar apartar la angustia que le provoca su canción favorita cada vez que la oye. Pulsa el icono y retoma las manos de Alain en busca de seguridad, pero comienza a temblar en el mismo momento en que los arpegios de la melodía resuenan en la habitación.

—Vamos a superar esto juntos —dice él antes de que la voz nasal y aguda de Sting comience a cantar.

...«Every breath you take...»

Backstage: algo de historia

Suena a canción de amor, pero nada más lejos de la realidad.

Every breath you take fue un superéxito de los años ochenta. La contiene el quinto y último álbum de Police, *Synchronicity* y se incluyó como el primer single. De hecho, en 1983 fue número uno en EEUU durante ocho semanas, ganó la canción del año y mejor interpretación pop en los Grammy de 1984 pero su trasfondo era menos glamuroso ya que Sting la escribió justo después de separarse de su primera esposa, Frances Tomelty.

En ese momento el cantante pasaba por una situación personal bastante comprometida. Mientras disfrutaba de las mieles del éxito con su música, el grupo y su relación amorosa se desintegraban. Grabar este álbum fue una auténtica prueba de fuego para todos ya que las agresiones verbales y físicas entre Sting y Copeland eran el pan nuestro de cada día. Sting tampoco llevó bien su fracaso matrimonial, pero para resarcirse de su rabia escribió una "pequeña canción desagradable, realmente bastante malvada. Se trata de celos, vigilancia y propiedad" según sus propias palabras. Sting se sintió obligado poco después (1985) a escribir otro single que compensara la mala sensación que le creó darse cuenta de su lado más oscuro como letrista y surgió *If you love sombody set them free*.

Como curiosidad, te cuento que Sting escribió *Every breath you take* en Jamaica, en el mismo escritorio donde Ian Fleming escribió sus novelas de James Bond y que su video musical (ganador de la mejor fotografía en los MTV Video Music Awards de 1983) se realizó en blanco y negro tras ver un cortometraje de unos músicos de jazz actuando en un club lleno de humo.

Desde luego, hay que reconocer que desde un inicio se ha tratado de una melodía polémica. No es, como se cree, y como te he comentado al principio, una canción de amor, sino que retrata una obsesión. Tampoco estuvo exenta de controversia su clarísima adaptación en Eurovisión por los daneses Chanée & N´evergreen en 2010. Ha sido versionada en numerosas ocasiones y aunque no siempre han sido del agrado del cantante (solo hay que ver la cara que pone al escucharla de labios de José Feliciano en el Polar Prize de 2017), hay dos que han sido especialmente conocidas. En primer lugar *I´ll be missing you* la que hizo Puff Daddy, quien utilizó su melodía en el tributo que le hizo al rapero Notorius BIG en 1997. Y en segundo lugar, la versión que realizó el propio Sting en Live 8.

El tema también ha estado presente en series de televisión como Ally McBeal, Glee, Maniac (*Netflix*) e incluso en Stranger Things y la

políticamente incorrecta South Park. De igual forma ha aparecido en películas como *Risky Business*, *Speed 2* y *50 primeras citas* entre otras.

Y como imaginas, tampoco podía quedarse sin sus numerosos Mashup como el que se realizó con Zedd, sorprendentes como el de B. E. King, inesperados como el que se versionó con el Hello de Adele, o el realizado con Ed Sheeran.

La canción

Every breath you take
Every move you make
Every bond you break
Every step you take
I'll be watching you
Every single day
Every word you say
Every game you play
Every night you stay
I'll be watching you
Oh can't you see
You belong to me
My poor heart aches
With every step you take
Every move you make
Every vow you break
Every smile you fake
Every claim you stake
I'll be watching you
Since you've gone I been lost without a trace
I dream at night I can only see your fase
I look around but it's you I can't replace
I feel so cold and I long for your embrace
I keep crying baby, baby, please
Oh can't you see
You belong to me
My poor heart aches
With every step you take
Every move you make
Every vow you break
Every smile you fake
Every claim you stake
I'll be watching you

(Letra traducida)

Cada respiración que tomas,
cada movimiento que haces,
cada vínculo que rompes,
cada paso que das,
te estaré observando.
Cada día,
cada palabra que dices,
cada juego al que juegas,
cada noche que te quedas
te estaré vigilando.
Oh, ¿no ves que
me perteneces?

Mi pobre corazón sufre
con cada paso que das.
Cada movimiento que haces
cada promesa que rompes,
cada sonrisa que finges.
Cada reclamo que haces,
te estaré observando.
Desde que te fuiste, me he perdido sin dejar rastro
Cuando sueño por la noche solo puedo ver tu cara
Miro a mi alrededor, y es a ti a quien no puedo reemplazar.
Siento frío y deseo tu abrazo.
Oh, ¿no ves que
me perteneces?
Mi pobre corazón sufre
con cada paso que das
Cada movimiento que haces
cada voto que rompes
cada sonrisa que finges
cada reclamo que haces
Estaré observándote.

FA

El funeral

Había sido un día largo. El movimiento rítmico del automóvil junto con el calor acumulado del viaje hacía que parpadease poco a poco con mayor pesadez. No podía olvidar el último aliento del anciano y tampoco el rictus de decepción que anidaba en sus labios en los últimos tiempos. Tomó aire hasta llenar sus pulmones al máximo y lo soltó despacio, como le había dicho el doctor Canvas. Eso le ayudaría a rebajar la ansiedad, aunque lo cierto era que, con cada ojeada que echaba al asiento contiguo, las pulsaciones volvían a incrementarse.

La celebración del funeral había sido un completo éxito gracias a Madeleine. Su eficiente secretaria lo había organizado todo de manera exquisita. La ceremonia oficiada por el padre McCullough fue como cabía esperar, breve y sin falsos alardes conmemorativos. No faltaron tampoco el lunch posterior con el consabido ponche y los deliciosos canapés de *Rimini*, las tarjetas, el libro de firmas que ahora descansaba en el asiento trasero y un buen puñado de compañeros que trasmitieron a Saverio sus sinceras condolencias, pero, a Matt no se le escapaba que, de haber podido acudir a su propio funeral, el anciano hubiera echado en falta a un buen puñado de personas. Sus compañeros de la época dorada, de cuando ingresó en el cuerpo, de cuando su placa brillaba más que sus dedos inutilizados y recogidos en un gesto de victoria que su mano paseaba sin pena ni gloria allá por donde pasaba.

Sonrió al recordarlo, alto, algo entrado en carnes, pero siempre impoluto, con los zapatos brillantes y la americana sin una sola arruga. Y el sombrero, ese que llevaba en el asiento del copiloto y que su padre nunca se quitaba. Quizá porque su madre siempre le decía que con él se daba un aire a Red Skeleton. Fueron buenos tiempos. Hasta que ella los abandonó.

Aquella maldita bruja ni siquiera había acudido al funeral. Seguían casados, porque nunca quiso divorciarse, la ley de Dios era lo primero, según decía, pero ni se había acercado a darle el último adiós. Y tampoco le había llamado a él, su único hijo, para darle el pésame. Matt creció rodeado de la *famiglia* pero sin una madre a su lado y, para colmo, desde que ella los abandonó, su padre cayó en una espiral depresiva de la que nunca consiguió salir del todo. Matt recordó el periplo que recorrieron su padre y él buscándola por toda la ciudad hasta encontrarla finalmente en casa de sus primos Di Rosso. Le constaba que su padre trató de hablar con ella mil veces, pero siempre topó con las puertas cerradas de la *famiglia*. No. Los Di Rosso no estaban dispuestos a devolverla a su hogar. Todos creyeron a pies

juntillas el rosario de mentiras que rodeó la baja profesional de su padre.

Todos menos él. Él nunca lo abandonó, nunca creyó lo que decían las malas lenguas. Se comportaron así porque lo envidiaban, porque no soportaban que su padre fuera el mejor inspector que había tenido la ciudad. Matt siempre estuvo a su lado, fue su apoyo y compañía cuando más lo necesitó. Aunque debía reconocer que no era el único en la familia, su primo Salvatore opinaba como él. Por eso aún mantenían su vínculo.

—Tito Frank es bueno —decía su primo con su rechoncha cara angelical. Y él estaba completamente de acuerdo. No comprendía cómo alguien en su sano juicio podía creer que su padre…

Las lágrimas acudieron a sus ojos con rapidez. Al principio todo fueron buenas palabras. Incluso recibieron varias visitas en su casa y el apoyo necesario frente a sus superiores pero conforme las canas fueron poblando las sienes de su padre, las amistades y apoyos se habían ido diluyendo hasta desaparecer casi en su totalidad. Malditos fueran todos. Si al menos hubiera sido la mano izquierda, hubiera tenido alguna oportunidad de recuperar su antiguo puesto. Aunque fuera patrullando por las calles menos conflictivas de la ciudad o de copiloto quizá. Pero no tuvo esa suerte. Matt apretó los dientes.

—¡No! — Saverio golpeó el volante enorme con el puño.

No iba a permitir que nadie ensuciase su memoria. Cuando comenzó la enfermedad le prometió y se prometió que haría justicia, por algo él era un encargado de la Ley. Lo haría a cualquier precio. Costase lo que costase.

. Miró fugazmente al asiento del copiloto. Él pondría las cosas en su sitio, lo había prometido y era un hombre de palabra. Lo tenía bien pensado. Seguía de cerca sus pasos desde hacía tiempo y sabía qué haría en cuanto pudiera. En primer lugar, le haría pagar a aquel malnacido cada uno de los malos tragos de la vida de su padre y de la suya propia. Entre todos especialmente le iba a hacer pagar porque su padre fuera un lisiado y hubiera perdido a su mujer, su estatus y su felicidad. Hasta ahora no había tenido la oportunidad, pero Saverio podía esperar. Había cultivado la paciencia durante años y sabía que, antes o después, el responsable de esa situación cometería un error fatal. Hasta el momento se había librado, pero llegaría el día en que no podría hacerlo. Cometería un delito grave, esa gente siempre lo hacía. Y ahí estaría él, al acecho, para hacérselo pagar convenientemente.

Nite Spot

A pesar de que en el exterior el día era luminoso, dentro del *The Punch* reinaba la penumbra. Cal echó un vistazo a su alrededor. No entendía el interés de Di Rosso en tener la reunión justo allí. Si, era cierto que el garito no estaba mal. Tenía un buen surtido de licores, una barra larga y varios taburetes altos e incluso una especie de pista de baile a un lado. Pero no dejaba de ser un bar de negros. Y eso a él le incomodaba.

Tampoco era que sintiera demasiado afecto por los *italianini*, pero desde que descubrió que las apuestas le reportaban más beneficios que las cartas, dejó las timbas. Y todo el mundo en Rosestone sabía que quienes manejaban los hilos del cotarro eran los *espaguetti*, así que no le quedó más remedio. Al principio todo fue bien. Quizá por prudencia tenía cuidado al apostar, pero últimamente había tenido una mala racha. Debía un montón de dólares a los Di Rosso y el tiempo se le había agotado, de ahí que hubiera quedado con Salvatore, para intentar ampliar el plazo un poco más.

Giró la cabeza hacia el otro lado y lo vio sentado en un rincón. Tamborileaba sus dedos sobre la superficie perlada del vaso de cristal con impaciencia. El corazón de Cal se aceleró un poco. Necesitaba poner al corredor de su parte, pero sabía que todo dependía del día que tuviera. Y su cara seria picada de viruela no parecía el telón idóneo para comenzar una conversación haciéndose el gracioso. Pasó de largo de la barra, donde el barman se afanaba en secar un vaso de whisky y se dirigió al italiano fingiendo un gran interés en los retratos que colgaban de la pared.

—¡Pero, bueno, si esto parece el rincón de la fama! Ese es el tipo del combate ¿no? ¿Crees que tiene posibilidades?

El rollizo italiano encogió los hombros y con un giro seco de su muñeca desprendió la ceniza del cigarro, que cayó sin vida sobre la mesita.

—*Non lo so e non mi interessa*. Aquí lo que interesa ya sabes qué es —dijo haciendo un gesto característico al frotarse las yemas de los dedos de su mano izquierda.

—Ya, de eso quería hablarte—de repente la temperatura del garito había subido un par de grados. O eso al menos era lo que sintió Cal al tomar asiento frente a Di Rosso que permanecía en silencio y a la espera. — Mira, necesito un poco más de tiempo. Dentro de dos días es el combate y esta vez estoy seguro. Sé quién ganará.

El italiano sopló con fuerza y una carcajada sucia surgió de su garganta al tiempo que su grueso abdomen subía y bajaba al compás

del acceso de tos que le provocó tan inocente afirmación.

—Mira, *ragazzo* —le dijo inclinándose sobre la mesita—, ya le debes mucha pasta al jefe y sabes que le gusta cobrar puntualmente. No hace falta que te diga que tú no estás cumpliendo las normas. ¿verdad? — El sello de oro relampagueó con el reflejo de la lámpara que estaba colgada justo sobre ellos —. ¿Tengo que llamar a los *fratelli*? —Cal tragó con fuerza. Tenía que jugar su última baza.

—No, espera, no será necesario. Déjame explicártelo. Tengo un aval.

—No será ese ridículo reloj que llevas en la muñeca, ¿*vero*? — Era obvio que Di Rosso estaba disfrutando del momento.

Cal negó con la cabeza.

—El bar.

—¿El bar? —un nuevo acceso de risa y tos sacudió al italian — ¡Venga ya! No es tuyo. —El semblante le cambió de forma radical—. ¿Crees que esto es un juego o piensas que somos tan estúpidos como para no haberlo comprobado? — Di Rosso se apoyó en la mesita y se puso en pie.

—¡No, espera! El bar no es mío, pero yo lo manejo a mi antojo — dijo con fingida condescendencia. El corazón al galope. La jugada sobre la mesa. Un farol.

—¡Ah, vaya! ¿Y cómo lo demuestras? —dijo el italiano entornando los ojos.

—¿Con un poco de buena fe? —contestó Cal sacando de su bolsillo un estuche rojo. Lo abrió con delicadeza y le mostró la sortija encajada dentro del terciopelo al corredor de apuestas que se desplomó sobre la silla al verla.

—*Mamma mia*. No jodas. ¿Estás seguro? —preguntó el italiano con desconfianza—. Mira que a las mujeres no hay quien las entienda y el contrato que firmes será para toda la vida. Pero—Di Rosso dejó el romanticismo de lado y volvió a los negocios— ¿y si no acepta?

—Lo hará, créeme —contestó Cal llevándose una mano al vientre. Segundo farol. Silencio. Por un momento pensó que había ido demasiado lejos. Ya se veía en el callejón de la cuarenta y dos con los *fratelli* sacudiéndolo como un saco de boxeo cuando el italiano meneó la cabeza y aceptó el trato.

—¡Vaya con la mosquita muerta! Dos en uno, ¿eh? Boda *e bambino*. Está bien —dijo—. Dos días hasta el combate. Después pagas. En efectivo o en pedazos de carne, tú verás, pero Don Marcello lo cobrará seguro. Eso te lo garantizo. —Le hizo un gesto con la mano para despedirlo—. Ah, por cierto, suerte con eso—clavó sus ojos en el estuche rojo que Cal todavía mantenía en sus manos—, sea cual sea su respuesta, la vas a necesitar.

Cal se levantó de la silla y aparentando una seguridad que distaba

mucho de sentir, se dirigió hacia la puerta del local, donde se cruzó con dos tipos que entraban en ese momento. Pensó que no le había salido mal la jugada. Un estuche nuevo, un anillo antiguo que debía reponer en el joyero de su madre; una falsa paternidad y un poco de arrojo. Vilma no tenía por qué enterarse de nada. Según el soplo de Will, en un par de días podría saldar sus deudas.

Salió del bar congraciándose con el destino, sin saber que este no había jugado aún su última carta.

La ventana indiscreta

La pequeña tregua de temperatura que cada año daban los primeros días de junio en la ciudad de Rosestone, ya tocaba a su fin. Jane se llevó el dorso de la mano a la sien y, de seguido, sus dedos rozaron la punta de la lengua antes de frotar entre ellos las páginas del almanaque que tenía colgado en la pared. La primera hoja se le quedó pegada al pulgar y, con un giro brusco de muñeca, la rasgó y separó del mazo e hizo una pelota de papel que guardó en el hueco de la mano. Diez de junio de mil novecientos sesenta y seis. Casi dieciocho meses desde que Theodore había muerto.

Jane desenredó la cuerda verde de nylon y soltó poco a poco la persiana de madera. Justo antes de volver a anudar el cordel a la argolla echó un vistazo a la calle. Su apartamento tenía una vista privilegiada sobre la intersección de Washington Street con la E. 18th. Tanto que a veces se creía James Stewart vigilando la calle como en la Ventana Indiscreta. Aunque puestos a elegir, prefería encarnar a Grace Kelly. Qué mujer, qué porte y elegancia. Clavó los ojos en la avenida y meneó la cabeza. No, aquel no era un apartamento como el de la película y tampoco las personas que paseaban por allí se parecían a los secundarios. En los últimos tiempos el paisaje, por llamarlo de alguna manera, había cambiado mucho.

Después de lo de Theodore, Jane fue mucho más consciente de que donde anteriormente paseaban gentes de bien, hoy merodeaban hombres y mujeres con intenciones tan evidentes como inaceptables. Por eso los lugares donde antes encontraba tranquilidad ahora sentía inseguridad. Y ese era el motivo también por el que apenas salía a la calle. Ah, si aún viviera su Theodore, todo sería diferente. Pero tenía que conformarse con compartir su vida con Rufus, el gato más perezoso del mundo.

Pensar en su difunto marido le entristecía. Aunque si se paraba a pensarlo, esta vida ya le iba a deparar pocas alegrías. También era cierto que no tenía grandes necesidades y se conformaba con vigilar la calle atentamente desde su atalaya particular. Asistir a los paseos de las personas que caminaban bajo su ventana o justo enfrente de ella e imaginar cómo serían sus vidas era algo mucho más entretenido que cualquier programa del televisor.

Una figura conocida se dirigió hacia su edificio con presteza. Se paró por un segundo para comprobar que no pasaba ningún vehículo, levantó la vista y la saludó antes de cruzar la calle. Jane sonrió. Menos mal que podía contar con Cal, el pretendiente de Vilma y barman del *Temptation Grill*, con quien charlaba un par de minutos todos los días.

Era un gran muchacho, amable y trabajador. Además, siempre la tenía en cuenta. Tanto era así que le había proporcionado una copia de las llaves del almacén a espaldas de Vilma, por si en algún momento se sentía sola o necesitaba ayuda. Meneó la cabeza al pensar en la parejita. No entendía cómo Vilma aún no se había decidido. Cal era encantador, apuesto y de ideas tradicionales, como correspondía a un buen hombre. En la barra prefería no servir a los negros, pero como la dueña era ella, y no le hacía ascos a los dólares sin importarle el color de las manos de quien llegasen, Cal ponía copas sin distinción a todo el que entrase en el local. Sí, era un buen hombre y si Vilma no se daba prisa, alguna otra mujer lo haría.

Una ráfaga de aire cálido entró por la ventana y Jane dejó las ensoñaciones de lado. Cerró la ventana y pulsó el botón del ventilador de palas. Aquel iba a ser un día caluroso. Y largo.

Nite Spot

Dos sombras recortadas a contraluz se acercaron al mostrador donde Tyson continuaba secando los vasos con un paño de algodón azul. Apenas pasaban unos minutos de las ocho de la tarde, pero ambos tenían ganas de diversión y de un buen trago.

—Bueno, bueno. ¿Qué tenemos por aquí? —El más alto de los dos se dirigió al barman en voz baja—. ¿Qué hacían juntos esos dos desteñidos en el *Punch*, Tyson? ¿Has cambiado el local para blanquitos y no nos hemos enterado?

El aludido meneó la cabeza ante la puya envenenada.

—Nada de eso. Consumen como uno más, Ru. ¿Tienes algún problema? Ya lo dijo nuestro hermano —Señaló con un gesto el retrato de Martin Luther King que presidía la pared tras el mostrador —. Si no es necesario, las armas solo crean problemas.

—Eso fue antes de lo de Sammy Younge y Meredith, Tyson. ¿Tengo que recordártelo? ¿Y Malcom? A todos los han asesinado por pedir lo que nos corresponde. No somos menos que los blancos. Y sí, también Martin dijo que lo preocupante no eran los abusos de los malvados sino la indiferencia de los buenos. Pero ya sabes lo que opino de la no violencia. No sirve para nada.

—Desde luego, Ru, ya quedó claro en tus declaraciones del *Saturday Evening*, pero te recuerdo que también ha llegado al Gabinete el primer afroamericano. Algo está cambiando, reconócelo.

—Tyson , muchacho, cóbrate.

La voz del italiano detuvo la conversación. Di Rosso esperaba apoyado en la barra escuchando atentamente cuanto decían. Ru se sintió incómodo y algo molesto, no le gustaban los juegos de espías. No confiaba en quienes escuchaban al acecho, le recordaban a los confidentes, soplones y los supuestos informadores que trabajaban por un bien común, pero que no eran más que simples advenedizos en busca de su propio beneficio.

—No es necesario, Salvatore, invita la casa —contestó el barman.

Mantuvieron el silencio mientras esperaban a que el italiano saliera del bar. Una vez que la puerta se cerró tras él, Tyson continuó:

—De todos modos, no soy ningún papanatas, sé perfectamente con quién trato, Ru. Este es un Di Rosso, corredor de apuestas, de los *fratelli.* —Les guiñó un ojo—. Pero tal y como están las cosas, hay que tener amigos hasta en el infierno. Ya sabéis: *Hoy por ti, mañana por mí*. En caso de que el asunto se pusiera muy feo, tener a los *espaguetti* de mi parte sería una baza ganadora. Yo no me mancharía las manos, pero se haría justicia. La nuestra, claro está.

—Si tú lo dices…—respondió Ru encogiéndose de hombros—. ¿Y cómo has llegado a tener tratos con ellos?

—Yo les facilito el local para sus citas y les proporciono algunas cosas que necesitan y no están a su alcance. Algunos polis los siguen de cerca. Y, además, siempre tengo algún cliente para sus apuestas, claro.

Ru alzó las cejas. No tenía muy claro que los acuerdos comerciales fueran más espesos y fuertes que los lazos de sangre que unían al clan, porque él mismo pondría a disposición de Tyson sus armas en caso de que el barman las necesitara saltándose cualquier acuerdo previo que hubiese hecho con cualquier blanquito.

—Claro —respondió sin mucha seguridad.

—Incluso mi padrastro les ha comprado un local, pero, vaya, en caso de urgencia siempre puedo recurrir a nuestros hermanos, nunca me han fallado y yo a ellos tampoco. ¿Qué va a ser? —con la pregunta, Tyson dio por zanjada la conversación anterior—, ¿lo de siempre?

Adam y Ru afirmaron con la cabeza. El barman colocó dos vasos bajos de cristal sobre el mostrador, los cargó con varios cubitos de hielo y derramó sobre ellos el líquido ambarino. La voz rasgada de Otis Redding pidió respeto desde los altavoces del local y Adam bailoteó un par de pasos de swing. Ru chasqueó sus dedos al ritmo de la música, al tiempo que Tyson rompía la magia del momento.

—Y bien —se dirigió a Ru—, ¿cuándo me vas a dar otra fotografía para el rincón de la fama, campeón? ¿O ahora te vas a dedicar a bailar en la pista nada más? Ayer te vi muy entusiasmado con Oda Mae.

—De eso nada —terció Adam abriendo la cigarrera, al tiempo que el barman, solícito, le acercaba el encendedor—. En un par de días combatirá contra *Pantera Rawls,* y entonces lo verás en acción. —Aspiró el cigarro con intensidad—. Todas las apuestas lo dan como ganador. Después de eso, a por el cinturón en diciembre. Ganará por *nockout*, lo sé. Así que no solo tendrás tu fotografía, Tyson, hasta te la dedicará. El último peso mediano. Serás la envidia de los locales de alrededor. ¿Verdad Ru?

El púgil mostró una amplia sonrisa. Era imposible no caer en el entusiasmo que desprendía Adam. En cierto modo le recordaba a su hermano pequeño, con quien siempre había tenido una conexión especial. Daren era su compañero y confidente de la infancia y, para él, Ru era un modelo a seguir. La verdad era que el chico tenía razón porque el sábado anterior, después de hablar con su entrenador, había retomado las ganas de combatir. De hecho, había aceptado la sugerencia de salir de Rosestone e ir a un lugar en el que mantenerse centrado. Desaparecería un tiempo, se mudaría a una antigua granja de ovejas en Rulerey y, durante unos meses, su vida se reduciría a

correr y levantar mancuernas. Ganaría confianza y peso, confiaba en sus puños. Solo necesitaba entrenarlos.

—Desde luego, una afición así de joven y entusiasmada es muy motivadora. —respondió el barman—. Que tu representante tenga cuidado, porque el chico podría hacer su trabajo si quisiera. Ya puedes agradecérselo al *Dancing Boy* de algún modo.

—Algo se me ocurrirá, sí —contestó el púgil—. Es posible que una de estas noches le deje conducir mi Dodge. Sé que lo está deseando.

El último asalto

El recinto hedía a alcohol y tabaco. Alrededor del cuadrilátero las voces exaltadas jaleaban los dos cuerpos semidesnudos que exhibían una coreografía desigual dentro de las cuerdas. El público ardía tras una densa cortina de humo. La algarabía era feroz y las apuestas elevadas porque había llegado el final de la temporada y ambos púgiles estaban igualados en el torneo. Eso significaba que todo dependía del resultado de ese combate. Especialmente para él. Cara o cruz. Calzón negro o blanco. Según el resultado de la pelea podría saldar todas sus deudas o caer en un ajustado agujero de dos metros por uno vestido con un elegante traje de pino. Sin duda, tener un as en la manga le daba cierta tranquilidad, aunque el lugar, los gritos y la violencia aceleraron el ritmo de sus latidos.

Tragó saliva. El púgil por el que había apostado desvió la vista de su contrincante hacia la segunda fila, donde él vociferaba agitando con ímpetu su papeleta en el aire sobrecargado. Una gota de sudor centelleó un instante sobre el brazo musculado del contrincante antes de resbalar y caer en la tarima. Pero los puños de Pantera Rawls no fueron lo suficientemente rápidos y tuvo que encajar un fuerte golpe que lo tumbó sobre la lona. El gentío aulló de excitación. Jim se levantó de golpe de su asiento, el estómago en caída libre al vacío y el corazón al límite de su potencia.

Después de un segundo de incertidumbre el árbitro accedió al centro del cuadrilátero y se acuclilló sobre el hombre tendido en la tarima, tomó su brazo derecho, lo elevó unos centímetros y lo soltó al tiempo que el sonido de la campana daba por finalizados los tres minutos del asalto. A dos pasos, su rival, inclinado sobre las rodillas, intentaba recuperar el ritmo de la respiración mientras esperaba ansioso el fallo del combate que cambiaría el rumbo de su carrera. La adrenalina recorría cada poro de su piel oscura. Sentía el fuego, el orgullo y la vanidad extendiéndose con firmeza por todo su cuerpo. Lo había logrado.

El combate había estado muy igualado y no había tenido ningún KO, por lo que no había lugar para la decisión unánime. El resultado se decidiría a puntos. Los que tenían apuntados los jueces en sus respectivas tarjetas. El boxeador afroamericano debía reconocer que durante el último asalto había estado nervioso por eso, pero al conseguir que su rival cayera sobre la lona, aunque no fuera un nockout, se tranquilizó. Sabía que eso inclinaría la balanza a su favor.

Jim, por su parte, se sentía enloquecer. El cabrón de Will tenía razón cuando le dijo que apostara todo al negro. El árbitro levantó la

cabeza y miró fijamente hacia la mesa de jueces con la pregunta en sus ojos.

Un silencio eléctrico recorrió la sala.

Jim se acercó al ring y escupió su miedo mirando de frente a su elegido quien, con una sonrisa bañada en la sangre que resbalaba de la herida abierta de su ceja izquierda, se veía ensalzado como campeón. La yugular del apostador a duras penas contenía la sangre que palpitaba con fuerza en su interior. «Todo va a salir bien», se repetía. Tenía que salir bien. Will le había asegurado que había intereses detrás de esta pelea. Era importante que ganara aquel negro porque eso aplacaría por un tiempo las revueltas en Paterson. Además, para el boxeador sería un hito histórico y para Jim la solución a todos sus problemas. Estaba a punto de alcanzar la gloria.

O quizá no.

Un gesto apenas perceptible del miembro más antiguo del jurado hizo que el árbitro bajase a la mesa de los réferis. Los cuatro hombres intercambiaron unas palabras y tras un leve asentimiento, el árbitro volvió a subir al cuadrilátero y se situó entre ambos púgiles. A su izquierda, con el calzón negro, el hombre blanco. A su derecha, con calzón blanco, el hombre negro.

Conocedor de que tenía en sus manos la atención de toda la sala, el árbitro bajó la cabeza en un movimiento dramático y la levantó junto con el brazo de Pantera Rawls. El público gritó al tiempo los ojos del perdedor, inyectados en sangre, caían sobre las pupilas enloquecidas del hombre que permanecía agarrado a la silla de madera de la primera fila como si fuera el único sostén que le quedase en la tierra antes de caer en un abismo oscuro e insondable.

The Waltz Inn

El televisor sobre la barra del bar parloteó una vez más sobre las últimas revueltas a medida que las manecillas del reloj de pared giraban a paso lento. Tan solo eran las ocho de la tarde, pero Jason Wessels ya tenía ganas de cerrar el bar. Miró de frente al retrato de Martin Luther King que presidía la pared principal del local.

—¿Qué, qué miras? —le dijo en un susurro—. Ya sé que prometí seguir tus pasos, pero échale un vistazo a esto. Está casi vacío. Los nuestros están siendo perseguidos, encarcelados y asesinados. No tienen tiempo de venir al bar. Y yo tengo que comer y pagar las deudas. — Asestó un golpe al mostrador y los escasos clientes del bar lo miraron de soslayo. Él sonrió forzado, intentando quitarle importancia.

«No, no fue una buena idea comprar el *Shadow.»,* reflexionó, «pero lo hice. Y ahora, tengo que aceptar las consecuencias». Clavó la vista en el bote medio vacío de las propinas y después miró con tristeza el puñado de clientes que trataban de alargar sus bebidas. Resopló. La fuerte discusión que había tenido hacía escasos minutos con Fred Di Rosso le había quitado el poco entusiasmo que aún conservaba dejándole con una extraña sensación de alarma. El antiguo dueño del bar no parecía entender la situación. Él le había explicado varias veces que, con las revueltas, los clientes no acudían y, sin clientes, no había modo de reunir el importe mensual para pagar el local. Era sencillo, pero Di Rosso no quería comprender. Tan solo quería su dinero.

Tenía que haberle hecho caso a su hijastro cuando le dijo que era mejor un alquiler, que ahora no era el momento para comprar, pero su orgullo pudo más que la sensatez de Tyson. Además, la oferta que le habían hecho le pareció entonces una gran oportunidad. Era un buen local a tan solo cinco cuadras de su casa. Lo que no esperaba era que los italianos fueran tan puntillosos con los pagos. Al fin y al cabo, la compra de un local no era ninguna apuesta. Ellos siempre podían recuperar el bar si él no conseguía suficiente efectivo para pagarlo, ¿no?

Jason meneó la cabeza y abrió la caja registradora en el mismo instante en que lo hizo la puerta del *Shadow*. Sin volverse, cogió un primer puñado de dólares para contarlo. Sabía que por mucho que revolviera y recontara una y otra vez los billetes el dinero no se iba a multiplicar, pero de esa forma se mantenía ocupado hasta que alguno de los parroquianos se animase a pedir otro trago. Sintió el ruido de la puerta cerrándose a sus espaldas, aunque no le dio tiempo a escuchar el grito de advertencia, ni mucho menos a ver al hombre que le

encañonó con una escopeta. Sin que apenas se diera cuenta, sonó un disparo y dos balas impactaron en su cuerpo. Cayó al suelo de frente llevándose por delante el bote de las propinas que se rompió en mil pedazos a su alrededor rodeando su cuerpo de calderilla. Apenas tuvo tiempo de parpadear un par de veces. La última imagen que grabaron sus retinas fue la de su mano sosteniendo un billete de un dólar solitario y arrugado.

1948: Bajo la cama

El chico irrumpe en el cuarto y se desliza con rapidez bajo la cama. El labio le palpita con violencia, lo frota con una mezcla de rabia e impotencia y se arrima cuanto puede al rodapié bajo el cabecero de la cama del cuarto de sus padres. Tiembla al notar el frío suelo de terrazo contra la fina tela de su camisa remendada y lucha contra las lágrimas que quieren saltar de sus ojos.

— ¡Ru – u! —escucha una voz vacilante y áspera que proviene del pasillo—, ven aquí, chico, te voy a encontrar, aunque sea lo último que haga, maldito hijo de perra.

—Papá, déjalo, ya se habrá marchado. La puerta está abierta, ¿lo ves? Anda, por favor.

Ru sonríe levemente bajo la cama. No puede reprimir el orgullo que siente por su hermano pequeño. Daren está aprendiendo muy rápido a pesar de su corta edad. Él es su compañero de juegos y de peleas. Siempre está a su lado, como una sombra y aunque, a veces, su fidelidad le resulte pesada es el cómplice perfecto. Puede contar con él en cualquier circunstancia. Sobre todo, cuando necesita una buena coartada si sale de noche con Keanon, Zareb y Ade a fumarse unos pitillos al abrigo de la oscuridad.

—Ru – uuu.

La voz pastosa de su padre le devuelve a la realidad. Los pasos se han acercado tanto que puede ver las pantuflas raídas a tan solo unos centímetros de su nariz. Reconoce perfectamente los motivos desgastados de la felpa y recuerda con claridad el momento en el que se las regalaron a su padre. La última Navidad en la que él aún conservaba la inocencia necesaria para creer en Papá Noel.

—No te librarás del mordisco de la serpiente, gandul—dice la voz al tiempo que un movimiento brusco sacude el colchón sobre el chico. Por la inclinación de la cama y la vista de los talones agrietados, Ru deduce que su padre se ha sentado y que trata de desatar su cinturón sin éxito.

A sus once años, el chico conoce demasiado bien la superficie rugosa de la correa, el olor del cuero desgastado, el tamaño de los agujeros cedidos por el uso y también el labrado de la hebilla, que muestra la cabeza de una serpiente grabada sobre el metal. Las mandíbulas del falso ofidio han caído bastantes veces sobre su piel. Pero hoy no sucederá. Su padre está demasiado borracho y en unos segundos cejará en su empeño. Dejará de buscarle y renunciará a intentar desvestirse.

Casi puede imaginar cómo, en un instante, se girará hacia Daren y,

arrugando la nariz, le obligará a dejarlo solo. Poco después se desplomará sobre el colchón y caerá en un profundo sueño, como otras veces. O al menos eso espera. Ojalá que hoy no tengan que encararse, al fin y al cabo, es su padre y lo quiere. Sabe que él también los quiere, a su manera, pero no puede evitar tomar algún trago para sacarse el frío que se le instala en los huesos después de trabajar más de diez horas seguidas con bloques de hielo tan grandes y pesados como el más pequeño de sus seis hermanos.

De pronto, el colchón se hunde y él, con el corazón palpitando al ritmo de mil tambores, se aprieta más contra el suelo. Tal y como había supuesto, su padre echa a Daren de la habitación y comienza a respirar de forma profunda y pesada. Es el momento. Aprovecha y repta arrastrándose sobre la barriga. Avanza con cuidado porque no quiere hacer ningún ruido que pueda despertarlo. Se desliza con ayuda de las manos y, en cuanto sus pies asoman por debajo de la cama, unas manos le agarran de los tobillos desnudos y lo arrastran hacia fuera.

—¡D-Daren, déjalo, ya s- salgo yo solo! —le susurra a su hermano que tira de sus piernas con todas sus fuerzas.

—¿Tú solo? Ja. No sabrías ni encontrarte los dientes dentro de la boca.

Ru se levanta de un salto, sale al pasillo y atrapa a Daren. Los nudillos de uno buscan las partes más vulnerables del otro entre risas sofocadas hasta que ambos se detienen casi sin aliento.

—M-me voy. He quedado c-con los chicos.

La cara de Daren se ensombrece por un instante, pero en seguida una sonrisa cruza su rostro.

—¡Voy contigo!

—De eso n-nada. ¿Q-qué va a hacer con n-nosotros un m-mocoso como tú?

—Pues ver, oír y callar, como la Ratita Presumida, Ru—le contesta socarrón—. No molestaré, lo juro. ¡Di que sí!¡Venga! —suplica y, tras un instante de silencio, lanza un ultimátum—. Si no me dejas, me chivo. Quiero formar parte de la banda.

Ru evalúa la situación. Tiene claro que su hermano será el blanco perfecto para la novatada que prepararán sus colegas si lo aceptan en el grupo y sabe que no será una bobada porque Keanon, Zareb y sobre todo Ade, se toman muy en serio lo concerniente a la banda. Pero también valora que, antes o después tendrá que pasar la prueba y, en realidad, ¿cuántos años tenía él cuando su padre lo entregó a la policía al descubrir que había robado el bolso de la insoportable señora Harrow, cuando fumó su primer pitillo o cuando tuvo su primera pelea? Recorre la figura de su hermano de los pies a la cabeza y arquea las cejas.

—Tendrás que demostrar que puedes ser parte de la banda.
Un chispazo cruza los ojos de Daren.
—No te arrepentirás.

Un atraco fallido

El calor asfixiante que había campado a sus anchas en la ciudad durante toda la jornada parecía haberse condensado por completo en el apartamento de Jane. A pesar de tener todas las ventanas abiertas y las persianas subidas apenas corría una leve brisa cálida que malograba cualquier intentona de conciliar el sueño.

Hacia las dos de la mañana había dejado de intentarlo; se había levantado, había bebido un vaso de agua y se había sentado en el sofá más cercano a la ventana, donde ahora dormitaba de puro cansancio bajo las palas del ventilador. Varios estallidos secos rompieron el silencio de la madrugada y la despertaron de inmediato.

Se levantó de golpe, sobresaltada, sin saber muy bien dónde se encontraba, pero por instinto acudió hacia la ventana, desde donde alcanzó a ver dos sombras introduciéndose en un vehículo que arrancó y se alejó de allí a toda velocidad. Parpadeó confusa, sin saber si lo que había pasado era sueño o realidad, pero al cerrar los ojos, la forma de mariposa de los faros traseros del coche surgió detrás de sus párpados dotando de realidad los últimos segundos transcurridos.

Sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. ¿Qué habían sido esos ruidos? ¡Disparos! Cuando llegó a la conclusión, terminó de despertar por completo. ¿Habían atracado el *Temptation Grill*? ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Y Cal, estaría bien? Con el alma en vilo, se envolvió en una bata fina, tomó las llaves del aparador y bajó las escaleras que conectaban su apartamento con el almacén del bar.

Los peldaños estaban fríos, pero ella apenas los notó en sus pies descalzos. Necesitaba toda su atención en cada paso porque la luz pálida y amarillenta que vertía sobre la escalera la única bombilla que iluminaba los escalones era insuficiente.

Conforme descendía en silencio, tuvo un mal presentimiento. Oía la música del bar, pero no las conversaciones de los clientes ni la poderosa voz de Cal. Era muy extraño. Igual que el olor que ascendía desde el piso de abajo y que, aunque no conseguía identificar, despertó una alarma latente en su cerebro.

Jane introdujo la llave en la cerradura y, al tiempo que giró la muñeca, preguntó con voz ahogada:

—¿Cal? Muchacho, ¿va todo bien?

Al no recibir respuesta, asomó la cabeza por la puerta y cruzó el almacén en dirección a la barra con el corazón en un puño. Se detuvo frente a la cortina que separaba ambas zonas. ¿Y si estaba exagerando? ¿Qué iban a pensar de una mujer que se presenta en mitad de un bar de madrugada en bata y descalza? Se cruzó la bata

bajo la barbilla y anudó con firmeza el cinturón de raso asegurándose de ese modo que su imagen decente no se vería comprometida. Retiró unos centímetros la cortina de la pared y asomó la cabeza por el hueco que había dejado.

Nunca, ni en su peor pesadilla podría haber imaginado la visión dantesca que le acompañó desde entonces hasta el final de sus días. La sangre, densa y mucho más roja de lo que ella hubiera podido suponer, cubría gran parte del suelo ajedrezado con charcos y salpicaduras. Sobre ella, en posturas artificiales se disponían el cuerpo de Cal y, según alcanzó a ver, el de otro hombre. Jane sintió un vahído y tuvo que apoyarse en la pared. Cerró los ojos y, al mismo tiempo, escuchó un ruido proveniente del interior del bar. Aún impresionada por lo que acababa de ver, retiró por segunda vez la cortina y miró hacia la barra donde un desconocido estaba sacando el dinero de la caja registradora y guardándolo en sus bolsillos.

Aterrorizada, se llevó una mano a la boca y retrocedió con pasos sigilosos hasta la puerta de entrada del almacén. Cerró con cuidado, subió los escalones a la mayor velocidad que sus ancianas piernas le permitieron y cuando entró en su apartamento se dirigió al teléfono.

Los dedos no querían obedecerle. No entraban en los agujeros de la rueda de cristal transparente y tuvo que intentarlo tres veces. Finalmente consiguió girar el dial y dos tonos después una voz de mujer le contestó al otro lado del hilo.

—Policía de Rosestone, dígame.

Cuando el amor llega así

—Dean, tienes que dejar de pensar en ella.

—Ya, claro, para ti es muy fácil, Kevin. Has decidido que ninguna falda te separe de la placa ¿verdad?

—Bueno, tengo tiempo para buscar esposa. Aún soy joven y además, ambicioso. No veo qué hay de malo en intentar ascender cuando todavía puedo hacerlo. Cuando llegue a los cincuenta y tenga la barriga hinchada y llena de donuts no creo que pueda acceder a las pruebas de ascenso, ¿no crees? Y sin embargo sí que podré disfrutar de una vida en familia. —El agente se encogió de hombros—. Es cuestión de prioridades.

—Para ti es fácil. No tienes corazón. Y no la conoces, ella es…

Un vehículo se les cruzó por delante. No iba rápido ni llamaba la atención, pero Kevin vio en él la excusa perfecta para salir de aquel bucle lacrimoso en el que le estaba ahogando su compañero. Amor. Qué quebradero de cabeza. El prefería pasarlo bien. El matrimonio ya llegaría en su momento, si es que llegaba. No era algo de lo que preocuparse, o al menos no entonces. Dean continuaba repasando las bondades de Bonnie así que él, como respuesta giró la llave de contacto. Se incorporó a la carretera, tras el coche que había pasado frente a ellos y pulsó el botón que encendía las luces. No creyó necesario encender también la sirena.

Efectivamente, el coche se orilló a un lado de la carretera. Kevin bajó de la patrulla y se acercó a la ventanilla del conductor y tocó con los nudillos. El cristal bajó a trompicones.

—Buenas noches, caballeros. —Iluminó sus caras con la linterna que había sacado de su cinturón— ¿No es demasiado tarde para andar por ahí? ¿Dónde van?

—Agente, hace mucho calor. No se puede dormir así que hemos salido a pasarlo bien, nada más. Eso no es delito ¿verdad? —le contestó el hombre sentado en el lugar del copiloto.

A Kevin no le resultó desconocida aquella cara. Puede que por sus gafas redondeadas, la barba o el porte arrogante le recordase a algún detenido, aunque lo intentó un par de segundos, no logró encontrar el dato ni la cara en su memoria y se encogió de hombros antes de responderle.

—No, no lo es, ¿han bebido?

—Solo soda —contestó el conductor en esta ocasión—, por eso conduzco yo.

—Está bien —dijo Kevin. Giró la cabeza hacia los faros del coche patrulla y decidió alargar el momento un poco más antes de volver

con su compañero—. ¿Podrían facilitarme ambas documentaciones? La del coche y la suya, señor.

—¡Kev! —Dean llamó desde el coche patrulla— ¡Deja eso, ha habido un tiroteo!

—Está bien, señores, —dijo encogiéndose de hombros una vez más— ,ya pueden retirarse. Tengan cuidado.

—Por supuesto, agente.

Kevin giró sobre sus pasos y volvió al coche patrulla. Un tiroteo. Puede que estuviera bien, quizá le reportase alguna recomendación. Solo tenía que estar muy atento. Abrir bien los ojos y mirar donde otros no mirasen. Reconocer quién estaba al mando y ponerse a su servicio. Echó un vistazo a Dean, que en ese momento se sonaba la nariz. Sí, definitivamente un tiroteo estaba bien. Eso les ocuparía varias horas y no tendría que soportar el desconsuelo amoroso de su afligido compañero.

Una llamada en la noche

Saverio estaba despierto en la cama oyendo el suave murmullo de la respiración de su esposa, no podía dormir. Cubierto tan solo por una sábana, había dejado de intentarlo hacía ya un par de horas. Dedicó los primeros minutos a recordar por enésima vez el funeral de su padre casi imagen a imagen. Después clavó sus ojos en el espacio entre los cuadros de la pared de enfrente e imaginó, como si fuera una pantalla de cine, dónde y cómo le haría pagar a su enemigo cada momento de gloria que su padre no pudo disfrutar por culpa de sus mentiras. Por último, ideó una ensoñación en la que ambos reían y disfrutaban de un momento de complicidad superficial que, de pronto, se convertía en un instante relevante y profundo.

El teléfono lo sacó de sus pensamientos. Estiró el brazo y miró la hora mientras levantaba el auricular. «Una pelea que ha acabado mal», pensó. «Un atropello o un accidente de coche. Quizás disturbios imposibles de controlar». Se enderezó en la cama al tiempo que contestaba a la llamada. Últimamente, con las revueltas de los negros, cada vez eran más habituales tiroteos, navajazos, atracos y todo tipo de delitos típicos de aquella raza de salvajes. Meneó la cabeza. Nunca debieron haber salido de los campos de algodón.

—Saverio, ¿qué pasa?

—Inspector, un tiroteo mortal en el *Temptation*. Hay una testigo, pero está muy afectada.

—¿Quién está de servicio?

—Johnson y Martins ya están allí. He dado el aviso a las patrullas y han contestado Kevin y Dave, que están de guardia, pero esto es gordo, señor. Al menos hay tres cadáveres.

Matt se levantó y recogió el pantalón arrugado y la camisa sudada de la última jornada. No eran horas de preguntarle a Marjorie dónde estaba la ropa limpia y él nunca se había preocupado de pormenores de ese estilo. Era ella quien preparaba la ropa, la cena, la casa y atendía a los niños. Qué menos. Él era el hombre de la familia, el que traía el sueldo, como debía ser. Sin embargo aquella noche March no le había preparado la ropa. Tendría una conversación con ella cuando volviese. Vaya que sí.

Se vistió deprisa, sin ducharse. Con la temperatura que hacía era inútil pretender que su piel se mantuviese seca. Igual que mantener la calma nocturna. El calor incitaba a la violencia y al caos. Revueltas, navajazos, asaltos y tiroteos. Y para colmo, su padre había fallecido hacía escasas horas. Lo echaba de menos. A Saverio le pareció que aquel verano que acababa de comenzar le quedaba demasiado grande.

Una vez dentro del coche, condujo con rapidez y llegó a la intersección de Washington Street con la E. 18th en unos minutos. Unos metros antes de llegar al bar, se frotó los ojos y evaluó la escena con algo de distancia. Cuando aparcó ya había allí dos coches de policía que iluminaban de rojo y azul las paredes exteriores del edificio. Saverio entró en el bar y se detuvo a un paso de la puerta. Nada hubiera podido prepararlo para lo que encontró dentro del local. Cartuchos de escopeta, tres cuerpos, un botellín roto a escasos centímetros de sus pies, la caja registradora abierta, una mujer en bata con los ojos desencajados y un hombre esposado a su derecha, junto a un policía del que no recordaba el nombre. Y sangre. Mucha sangre. Charcos densos y oscuros en el techo, gotas por la barra y las paredes, e incluso algunas salpicaduras en el techo. Parecía una matanza. ¿Quién podría haber hecho algo así? Se secó la cara con un pañuelo. Hacía mucho calor allí dentro; aún faltaban algunas horas para que pudiera salir de aquel horno de fuego y muerte.

Saverio se estremeció. Esperó un instante a que reparasen en su presencia y alguno de los agentes lo pusiera al tanto. El policía que estaba tomando declaración a la mujer con cara de demente se le acercó.

—¿Inspector? Soy Elias Johnson, agente tres cero cuatro. Parece que ha habido un tiroteo, aunque el asunto no está muy claro. Hemos detenido a un sospechoso, no lleva armas y aquí hay cuatro víctimas acribilladas. Admite que estaba robando pero dice que él no ha matado a nadie.

—¿Cuatro víctimas? —preguntó Saverio mirando los tres cuerpos tendidos en el suelo.

—Sí, hay otro más detrás de la barra. Creemos que fue él quien consiguió lanzar el botellín hacia los atracadores, aunque no estamos seguros. La mujer es la única testigo y no está ayudando mucho. Dice cosas inconexas, habla de un tal Cal, que parece ser el barman y de unos tipos subiendo a un coche con focos en forma de mariposa o algo parecido.

—¿Unos focos en forma de mariposa? —terció el agente que había permanecido junto al sospechoso hasta ese momento—. Eso es un Dodge y yo he visto uno así hace un rato junto a Norton Street. Es curioso, no parecían tener prisa, quizá no tenga nada que ver. Lo llevaban un par de negros. Me dijeron que habían cogido el coche para dar una vuelta por la ciudad.

—¿Y su nombre es?

—Disculpe señor, Kevin Rivers, señor.

—Bien, Kevin, llame a su compañero, coja la patrulla y busque ese coche. ¡Vamos, rápido! ¡No tenemos demasiado tiempo! Cuanto más tarde en salir, más lejos pueden haber llegado. Cuando los encuentre,

deténgalos, ¿me oye? Y los trae aquí para que los identifique la testigo. Si consigue salir del trance, claro está —dijo clavando sus ojos en la mujer de la bata blanca, que en ese momento reaccionó, echó a correr y chapoteó sobre la sangre hasta llegar a uno de los cuerpos para arrodillarse de golpe junto a él.

—¡Está vivo, está vivo, lo he visto respirar! ¡Llamen a una ambulancia, está vivo!

La testigo principal

Matt sacó una vieja libreta ajada del bolsillo. Estaba sujeta por una goma reseca y tenía un pequeño lapicero metido entre las hojas. A continuación, se dirigió a la mujer y le indicó una mesa apartada. Pidió un vaso de agua y unos pañuelos de papel.

—Cuénteme, señora…

—Steel, Jane Steel, inspector.

Matt Saverio asintió con la cabeza

—Dígame, señora Steel, ¿Qué ha pasado esta noche? Cuénteme todo lo que recuerda y procure no olvidar ningún detalle, por favor. Es importante, no tenga prisa.

—Me levanté porque hacía mucho calor y tomé agua. Luego me senté en la sala y caí dormida hasta que escuché los disparos, aunque al principio no sabía que lo eran. Estaba todo muy confuso. Solo sé que me asusté y pensé en Cal. Es, era un buen hombre —la mujer comenzó a llorar.

—Ajá —Saverio le dio un pañuelo de papel—, lo conocía bien entonces.

—Sí, bueno, todo lo bien que puede conocer una mujer viuda y decente a sus vecinos —matizó ella—. Él está, estaba enamorado de Vilma. ¡Oh, Dios, Vilma! ¿La han llamado? ¿La han avisado? Ella es la dueña del local.

—En seguida lo confirmo con mis hombres, señora Steel, no se preocupe. Vilma, ¿qué más?

—Hull.

El policía garabateó el nombre y apellido en una hoja de su libreta, la rasgó y se la entregó a un agente.

—Señora Steel, ¿conocía al resto de las víctimas? —La mujer negó con la cabeza—. ¿Sabe si Cal tenía enemigos? ¿Se le ocurre quién podría querer hacer algo así?

Jane parpadeó varias veces, parecía que no había entendido la pregunta. Miró a Saverio con incredulidad.

—¿Enemigos? La gente como nosotros no tiene enemigos, inspector. Somos decentes, blancos.

Matt distinguió en su voz un tono ofendido

—Podemos tener diferentes opiniones, pero no nos matamos entre nosotros salvo algunas horribles excepciones. Y usted, mejor que nadie, debe saberlo.

El inspector movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Cree usted que volverán? —preguntó con una expresión asustada—. ¿Cree que quien hizo esto fue el hombre de la caja

registradora? Yo no lo creo. Eran dos y salieron huyendo en un coche, ya se lo he dicho a sus compañeros.

—No, no creo que vuelvan. Seguramente fue un atraco.

—¿Usted cree? ¿Y entonces por qué no se han llevado todo el dinero? —Señaló el suelo en el que se apreciaban varios dólares ensangrentados—. Y tampoco cogieron lo que estaba sobre el mostrador. ¿No es eso un poco raro?

—Bueno, es posible que algo saliera mal en el robo, pero no creo que vuelvan teniendo varios cadáveres bajo su conciencia.

Quiso decirle algo más para tranquilizarla, pero no supo qué. Dos prófugos, tres cadáveres de momento y un ratero de medio pelo vaciando la caja registradora. La mujer llevaba razón, aquellos crímenes no parecían el resultado de un simple robo. El asunto se perfilaba complicado.

En ese momento recordó la ensoñación en la que estaba antes de que sonara el teléfono. Su padre parecía a punto de decirle algo importante. Probablemente, que se sentía orgulloso de él, o al menos es lo que a Matt le hubiera gustado oír. Bufó. O mucho se equivocaba o la tarea de investigación iba a ser dura y larga. El escenario ya de por sí era un caos. Un lugar tan lleno de indicios como clientes pudieran haber pasado por allí desde la última vez que limpiaron el local. Su única esperanza residía en Jane, la vecina cotilla, y en las dos víctimas que se habían llevado en ambulancia.

El vertedero

El basurero no oficial de Patterson está a las afueras del pueblo, entre una arboleda deslucida y el arroyo. Es una especie de volcán de tierra sucia en cuyo cráter los vecinos depositan los trastos que ya no les sirven. Es el lugar preferido por algunos borrachos y los chicos para juntarse, echar un pitillo de manera clandestina e ir en busca de lo que ellos llaman tesoros y cualquiera en su sano juicio llamaría basura.

Ru, Keanon, Zareb y Ade se reúnen al menos un par de veces por semana allí, bajo un árbol torcido y se sientan con las piernas cruzadas mientras fuman y deciden a qué pasatiempo imprudente dedicarán las siguientes horas. Hoy también se han juntado y se pasan un pitillo con la gravedad de un cónclave religioso. Los chicos están decidiendo el futuro de su grupo, y es un momento importante para ellos. Daren quiere entrar en la banda y, aunque todos están de acuerdo, tienen que pensar la prueba que debe pasar para formar parte del grupo.

—¿Le mandamos al fondo del cráter a buscar algo? —pregunta uno de los chicos.

—¿Algo como qué? Además, ahí abajo se atreve a ir cualquiera, hasta un bebé podría hacerlo.

—Vale, listillo, y entonces, ¿qué propones?

—No sé, algo más… peligroso. Tiene que ser algo que le cueste trabajo hacer o que le espante. Para ser de la banda tiene que demostrar que no es ningún cobarde. ¿Una buena pelea?

—Para eso ya tiene a este en casa —dice Ade señalando a Ru con la barbilla—. ¿Y si roba unos pitillos para nosotros?

Ru mueve su cabeza de un lado al otro. No está conforme. Sabe por experiencia que si los polizontes pillan a Daren, su hermano pasará un par de días en el calabozo y ese no es el lugar más adecuado para un muchacho negro.

—Ru, dijiste una vez que a tu hermano le daban miedo las serpientes ¿verdad?

—B-bueno, no es exactamente m-miedo —dice al recordar la hebilla labrada del cinturón de su padre—, pero sí, es algo parecido.

—Pues que nos traiga una.

—¿De dónde quieres que saque una serpiente, Keanon? Esto no es la puta jungla. Como mucho, y con suerte, podría encontrar alguna víbora cerca del arroyo.

—A mí me vale. —dice encogiéndose de hombros.

—A mí también. —responde Ade.

—Por mí no hay problema —contesta Zareb—, y tú ¿qué dices, Ru?

El chico mira hacia la derecha con orgullo contenido, donde su hermano espera tirando piedras contra algún cacharro de la parte más alta del volcán. Está satisfecho porque sabe con seguridad que Daren es capaz de superar la prueba, así que se vuelve hacia los muchachos y asiente.

—Vale, voy a decírselo. Pero tardará un rato en conseguirlo, ¿eh?

—¿Y nosotros mientras tanto qué hacemos?

—Ayer ví a Jeremias venir hacia aquí con una carretilla llena. Bajemos a ver qué hay de nuevo antes de que pase el camión mañana.

Los chicos se encaminan hacia el cráter mientras Ru se desvía y camina los escasos metros que le separan de su hermano. Lleva prendida una media sonrisa porque está convencido de que Daren superará la prueba con facilidad. Es tan solo una víbora.

—Y-ya lo hemos d-decidido —le dice a su hermano.

—¿Y?

—T-tienes que ir al arroyo y traernos una v-víbora.

—¿Una víbora?

Consciente del escalofrío que recorre el cuerpo de su hermano, Ru frunce las cejas. Espera que sea por la temperatura del viento que se ha levantado hace escasos minutos, pero un mal presagio le invade al fijar la vista en la piel de Daren. Su hermano sigue el camino de su mirada y se frota el antebrazo con fuerza.

—Hace frío, Ru —dice con poca convicción.

—¿P-podrás conseguirlo? Les he dicho que sí. N-no quiero quedar m-mal delante de los chicos por tu culpa

—Es solo frío, Ru. Tranquilo, lo haré.

—Está b-bien. Ve hacia allí —le indica con un dedo una zona concreta del riachuelo—, es más fácil encontrarlas en esa orilla. Dentro de un rato volveré a ver qué tal vas. ¡Ah! Y no tardes mucho, Keanon se pone muy nervioso si tiene que esperar demasiado.

Daren asiente y se dirige hacia el lugar que le ha señalado su hermano mayor. Serio y resuelto, camina como un soldado con una misión importante que cumplir. El corazón se le ha acelerado un poco al pensar en las mandíbulas venenosas de las víboras, pero está decidido a entrar en la banda y a no dejar a su hermano en mal lugar, así que se sacude el pensamiento con un cabezazo y coge un palo largo con el que comienza a revolver los matojos de hierba de la orilla. Tras unos minutos apartando piedras y separando maleza, empieza a pensar que va a ser más difícil de lo que había pensado al principio, así que concentra toda su atención en la superficie del riachuelo. Está tan enfrascado en descubrir cualquier movimiento en el agua que no se da cuenta de que no está solo.

—Hey, chico, ¿qué estás haciendo aquí?

Pillado por sorpresa, da un respingo, se gira y responde casi sin pensar.

—Estoy buscando una víbora.

—¿Víbora dices? ¿Te gustan las serpientes?

Daren lo mira con precaución. El hombre lleva un sombrero oscuro, americana cruzada y zapatos brillantes. Está entrado en carnes y muestra una sonrisa afable. Quizá viste demasiado elegante para un lugar como el vertedero, pero el chico no le da mayor importancia porque está intentando acordarse del nombre del actor al que se parece el desconocido que se ha acercado y le ha tomado del brazo antes de preguntarle de nuevo.

—Chico, ¿te gustan las serpientes?

Daren se encoge de hombros y el hombre lo estrecha y se frota contra él con fuerza.

—Ven, tizón. Yo te enseñaré una que te va a gustar.

El chico intenta librarse del abrazo del hombre con unas cuantas patadas, pero es en vano porque lo sujeta con fuerza contra su cadera. Aterrorizado, descubre que no puede escapar. Abre la boca para gritar, sin embargo, las palabras se le han atragantado en mitad de la garganta al darse cuenta de que el tipo se ha soltado el botón de la chaqueta y lo arrastra hacia la arboleda.

—Eh, tú, ¿qué haces?

Ru ha aparecido de repente sin que el hombre lo esperase, aunque no por ello suelta a Daren.

—Nada, este muchacho quiere acompañarme. Voy a ayudarle a encontrar una buena serpiente, ¿no es cierto, chico?

Daren exhibe una mueca que no necesita explicación. Al mismo tiempo, Ru echa un vistazo a su alrededor. Al pie de un árbol tan famélico como ellos mismos distingue una botella de cristal verde que algún borracho ha olvidado. Está tan solo a dos pasos. Ru no se lo piensa. La coge con rapidez y, en el mismo momento en que Daren muerde al tipo y consigue soltarse del abrazo de su raptor, la lanza contra su cabeza.

—¡Corre Daren, c-correeee! —grita antes de que el hombre se desplome junto a sus pies.

Un giro del destino

Pese a los cadáveres que salteaban el suelo y dificultaban el movimiento, el local hervía de actividad. La testigo principal, el sospechoso, los agentes que los interrogaban y los que sacaban fotografías del bar. Unos minutos antes los sanitarios recogieron dos de las víctimas que aún permanecían con vida pese a lo comprometido de su estado.

Matt sudaba copiosamente. Tenía que reconocer que en los últimos días las malas noticias no dejaban de sucederse. Quizá debería tomarse unas pequeñas vacaciones.

Estaba a punto de mandar a alguien al hospital por si el herido podía arrojar algo de luz sobre lo ocurrido cuando se abrió la puerta y una ráfaga de aire se coló dentro del bar. Matt abrió los ojos de par en par y sintió que el mundo se había detenido por completo en un instante. Ya no le importaba el calor, los sanitarios, la sangre, el ladrón ni el resto del mundo. Solo tenía ojos para los dos hombres que habían entrado con las manos a la espalda seguidos de los agentes de policía.

—Señor —le dijo un agente—: deberíamos recoger pruebas de…

Se obligó a mover los labios.

—Un momento, Elias, eso no es lo más importante ahora. Estos dos detenidos son determinantes para resolver el caso.

—Pero señor, es…

—¡Las pruebas no se van a mover de ahí, tranquilo! —La forma elocuente con la que miró al policía hizo que el agente desistiese y no insistiera más.

Matt hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta y los recién llegados se dirigieron a la única esquina del bar que permanecía vacía.

—Buenas noches, agentes. ¿Qué tenemos aquí?

—Estos son los dos hombres de los que le hablé, inspector. Conducían sin rumbo por la ciudad

—Eso no es ningún delito, ¿no? —dijo envalentonado el más alto de los dos.

—Depende de lo que hayan hecho con anterioridad —respondió Matt cortante y se dirigió al agente cuyo nombre había olvidado —. Usted, hijo, ¿cómo dijo antes que se llama?

—Kevin.

—Eso es, Kevin, traiga a la testigo por favor. Veamos si los reconoce.

El agente se fue y volvió con Jane.

—Gracias por colaborar —le dijo el inspector a la mujer—. Sé que

está cansada y que ha sufrido una fuerte impresión. No la molestaré mucho más. Solo necesito que me diga si reconoce a alguno de estos hombres.

La mujer los observó detenidamente y se llevó las manos a la cara.

—¡No lo sé! Estaba oscuro y solo vi dos sombras, no estoy segura. Recuerdo que se metieron en el coche y…

Matt miró a Kevin y este afirmó con un cabeceo.

—Está bien, tranquila. Ahora saldremos un momento y me dirá si el coche que le vamos a enseñar es el que ha visto antes. Lo está haciendo muy bien, Jane —la aduló sin reparos—. Es usted una ciudadana ejemplar. Todos sus vecinos lo dirán. Está ayudando a que atrapemos a los asesinos de Cal. Las últimas palabras de Matt parecieron recomponer el ánimo de la mujer.

—Lo haré.

Salieron a la calle, que ya estaba atestada y se dirigieron al vehículo aparcado junto al coche patrulla. Kevin se introdujo dentro y giró la llave del contacto. A una señal del inspector, pisó el pedal de freno y, en el momento en que se iluminaron las luces traseras, la mujer dio un respingo.

—Eso sí, de eso me acuerdo. Las mariposas. —Se giró hacia el inspector y afirmó—: ¡Son ellos!

—Gracias, Jane. Le pido un poco más de tiempo en memoria de los asesinados. Necesito que testifique lo que acaba de decirnos y que firme su declaración. ¿Lo hará? Le aseguro que el asesinato de Cal no quedará impune. Se lo prometo.

Los flashes y las preguntas de los reporteros hicieron el resto. Jane, que por un minuto se sintió como Grace Kelly, rodeada de público y cámaras fotográficas, cedió ante su vanidad arrebujada en su batín de raso sin prestar atención a la tristeza y el agotamiento.

Para Matt el cansancio también había desaparecido por completo. A pesar del calor y de la hora, se sentía lleno de energía. Podía ser que, después de todo, sí que existiera la justicia.

En el Saint Mary

El hospital Saint Mary estaba a seis millas del *Temptation*. Un recorrido demasiado largo para quien está luchando por sobrevivir. Matt sacudió la cabeza para eliminar los malos pensamientos. Necesitaba ser positivo, como le decía el doctor Canva. Si aquella noche todo se había puesto a su favor, quizá la racha continuase. Imaginó que alguna de las dos víctimas estuviera consciente y pudiera hablar. Mike Marmo o Sue White, uno de los dos al menos. Casi sentía ganas de rezar. Tenía que centrarse en eso. El reconocimiento del coche había sido un golpe de suerte. Miró de soslayo al joven agente que conducía el vehículo. Esperaba que la fortuna siguiera sonriéndole, pero en un instante de inspiración determinó que no dejaría que el caso dependiese del azar. Él dirigiría lo que fuera necesario por el camino correcto.

Satisfecho con la decisión que había tomado, subió en el ascensor a la planta de cuidados intensivos junto con los dos sospechosos y el agente Rivers. Allí, un fuerte olor a desinfectante les sacudió. Pasó de largo de la cabina de información, donde dos enfermeras charlaban. No las necesitaba. Un joven agente sentado en una silla delante de una puerta indicaba el lugar al que tenían que acudir. Matt le mostró su placa, saludó con una leve elevación de cejas y pasó dentro dejando en el pasillo a sus tres acompañantes. En la habitación, bajo una telaraña de tubos, parecía haber un hombre y, junto a él, un médico comprobaba sus constantes vitales.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Usted no debería estar aquí —contestó el médico sin mirarle.

—Verá, soy inspector de policía y él un testigo clave de un crimen múltiple. Es importante que hable con él ¿Puede comunicarse? —volvió a preguntar.

—Sí puede, por increíble que parezca. Es sorprendente que aún viva. Y más extraordinario aún que esté consciente. Puede hablar, pero no debería hacerlo porque no sabemos si sobrevivirá. Cualquier esfuerzo puede ser fatal para…

—Solo serán un par de preguntas y nos iremos. ¿Dónde está la otra víctima? —elevó la voz al dirigirse hacia la puerta—. Kevin, pasad dentro, por favor.

—Permanece en quirófano. Respecto a este hombre, ustedes sabrán. Si sucede algo, yo ya se lo he advertido.

El médico se encogió de hombros y se retiró de la cama del paciente. El agente y los dos sospechosos entraron y se colocaron según dispuso el inspector: Kevin a los pies de la cama, en el lado

derecho Matt junto a uno de los sospechosos, y al lado izquierdo, pegado al ojo que aún conservaba sano el paciente, el otro.

—¿Mike? ¿Señor Marmo? Soy Matt Saverio, inspector de policía. ¿Puede oírme? Solo quiero hacerle una pregunta sobre lo que ha pasado esta noche. Ni siquiera es necesario que conteste. Tan solo necesito que parpadee si la respuesta es afirmativa. ¿Podría hacerlo?

El hombre parpadeó lentamente. Matt sintió que su pulso se aceleraba.

—¿Vio a los asesinos? ¿Sería capaz de identificarlos?

Un nuevo parpadeo. El inspector le indicó a Kevin que acercase los sospechosos a la cara del hombre.

—Escuche, Mike. Mírelos con atención. ¿Los había visto antes?

El inspector clavó sus ojos en los de la víctima y esperó un movimiento que no llegó.

—Está bien. ¿Alguno de estos dos hombres fue quien entró en el bar y les disparó?

De nuevo el hombre que permanecía intubado, no parpadeó.

—¿Está seguro? No tenga miedo, no pueden hacerle daño. Somos la policía y lo protegeremos.

El hombre hizo un esfuerzo por hablar. Separó los labios y susurró:

—No son ellos.

Matt se incorporó y se dirigió al agente.

—Está bien, Kevin. Ya lo ha oído. Ha dicho “Son ellos”. Deténgalos y llévelos a comisaría.

—¡Eh, oiga! —comenzó a decir uno de los sospechosos.

—Shhh —contestó el médico—, por favor, ya es suficiente.

—Oiga, yo lo he oído alto y claro —insistió el detenido—. ¡Somos inocentes! Ha dicho que no somos nosotros. Usted también lo ha oído, doctor. ¿No es así? —El sospechoso comenzó a revolverse y Matt solicitó al agente de la puerta que se lo llevara.

—Gracias por todo, doctor. Adelante, Kevin.

—Pero señor…

—Ya lo ha oído, agente. Directos a comisaría. Las celdas quizá refresquen su memoria. En cuanto a usted. En esta ciudad necesitamos hombres firmes, orgullosos de su patria, decididos y con un grado de sacrificio muy alto. Creo que usted cumple los requisitos para poder recomendarlo en un próximo ascenso. ¿No querrá defraudarme, verdad? Sería una pena desperdiciar sus extraordinarias habilidades.

Kevin bajó los ojos hacia sus uñas rectas y pulcras. Si su superior decidía que aquellos dos eran culpables, ¿quién era él para llevarle la contraria? Para eso estaban los picapleitos y los jueces. Ellos tenían la última palabra. Levantó la vista y, sin cruzarla con ninguno de los dos sospechosos, los agarró por los antebrazos y se dirigió hacia la puerta de salida.

Famiglia es familia

Matt miró a su padre con regocijo. «Por fin», se dijo orgulloso. «Hoy sí puedo darte la gran noticia». Pero en ese mismo instante, el sonido del teléfono lo sacudió de su sueño y despertó.

—¡Mierda! — exclamó furioso.

Había llegado a comisaría a las cuatro de la mañana. Nervioso, como si un millón de hormigas le recorrieran el cuerpo por dentro, supo con seguridad que no iba a poder dormir, así que rechazó la idea de volver a casa. Se acomodó en el sofá de su despacho, trató de relajarse y lo que creía imposible, sucedió. Se quedó dormido profundamente hasta que el maldito teléfono decidió dar por terminado su maravilloso sueño.

—¡No me jodas!—dijo incorporándose en el sofá para coger el auricular— «¿Quién coño sabe que estoy aquí?», pensó— ¿Diga?

—Matt, soy Salvatore. *Devo parlarti.*

—*Per l´amor di Dio*, Salvatore, ¿tú sabes la noche que he pasado? ¿Es urgente? —contestó airado.

—Sí, lo es. Si no, no te hubiera llamado, *cugino. Non è necessario ricordarti che la famiglia è famiglia, giusto?*

Matt tomó aire,,resignado. La f*amiglia* siempre era lo primero, esa era la consigna que tenían los dos primos para tratar temas complicados. Salvatore le necesitaba, estaba claro, y probablemente no fuera un asunto legal. Matt solo esperaba que no fuera algo grave o que le supusiera implicarse demasiado.

—*Giusto.* Suéltalo, vamos, te escucho.

—Ayer hubo un altercado en el antiguo bar de un *Fratelli,* al mediodía. Fred dio boleta a un tipo en el *Shadow*, ya sabes lo apasionado que es.

—¿Apasionado? Yo más bien diría sádico, acuérdate de lo de Kinley. En fin, sí, algo he oído. Creo que está abajo, en una celda, pero Salvatore, no puedo hacer nada. Hay testigos que lo han identificado y él mismo tampoco ha negado el asesinato.

—*Non è quello*. Solo quiero que le envíes un mensaje. Necesito que sepa que ahora está solo y que debe mantener la boca cerrada. Nuestros negocios se mantienen al margen de sus arrebatos. Que no olvide que los dedos de los *Fratelli* son muy alargados, Matt. ¿Se lo dirás?

—Claro, *cugino* dalo por hecho.

—*Bene*, entonces por tu servicio *e perché siamo una famiglia*, *anche io* te doy algo a cambio. Según tengo entendido tienes a dos sospechosos en comisaría. Son dos clientes del *The Punch*, con los que

casualmente coincidí hace unos días. Escuché su conversación sin querer. Decían que la no violencia no servía de nada, y desde luego no parecía que tuvieran muchas dudas si necesitaban usarla contra uno de nosotros.

—¿Sin querer? No me hagas reír, Salvatore, ¿Están los *Fratelli* metidos en esto? ¿Y cómo sabes que son los mismos hombres que he detenido?

—Claro que estoy seguro, y no deberías dudar de mis fuentes —evitó contestar a la pregunta principal sobre los *fratelli*—Son los mismos hombres. Créeme. Dos negros altos, uno de ellos poco más que un *ragazzo*. Otro, boxeador. Y los habéis cogido esta noche después de lo del *Temptation*.

—¡*Cento di quiesti giorni,* Salvatore! Me acabas de arreglar el día. ¿Estarías dispuesto a repetir eso ante un juez?

—Famiglia e famiglia —dijo Di Rosso al otro lado de la línea antes de que Matt escuchase el chasquido que dio por terminada la conversación.

—Famiglia e familia —repitió el inspector al colgar el teléfono. De repente el día le pareció mucho más luminoso.

Kevin

Algo no le cuadraba. Sabía que algunas prácticas policiales no eran del todo legales, pero nunca lo había visto tan claro como la noche anterior. En primera línea. Suponía que DeSimone tendría sus motivos, aunque él no alcanzaba a entenderlos. Quería ascender en la policía, pero no a cualquier precio. Una cosa era subir rápido, pero otra muy diferente era hacerlo de forma ilícita. Pensó en la posibilidad de visitar a los detenidos. No tenía autorización para interrogarlos, iba en contra del reglamento, pero sí que podía charlar con ellos. Quizá de aquella forma podría comprender algo que, sin duda, se le estaba escapando.

Saludó a Peterson que estaba en la puerta de acceso y accedió al pasillo de los detenidos. Allí, en una celda contigua al asesino confeso del barman del Waltz Inn, permanecían los dos hombres que él había conducido a la comisaría hacía escasas horas.

—Buenos días, señores.

—¿Ahora va de poli bueno? —le increpó uno de ellos furioso—, porque le adelanto que conmigo no le va a funcionar. Somos inocentes, aquel hombre dijo que no fuimos nosotros, pero a pesar de todo al médico y a ustedes les importó un carajo. Somos inocentes.

—Ru, déjalo —terció el más joven—. Vamos a escucharle, algo querrá decirnos, ¿no es cierto?

Kevin asintió al tiempo que arrastraba una silla hacia los barrotes de la celda.

—Sí, quiero que me expliquéis qué hacíais ayer de madrugada. De dónde veníais, a dónde ibais, qué sucedió. Quiero saberlo todo, necesito entender qué está pasando.

—¿Que qué está pasando? —contestó malhumorado el de la perilla—. Yo te lo diré. Que nuestra piel es negra y ese inspector tuyo no puede soportar que disfrutemos de los mismos derechos que tenéis vosotros. Que tengamos estudios, que podamos comprar un coche o que meemos en el mismo retrete que vosotros debe ser una inmoralidad, una humillación, un pecado tan grave que nos lo hacéis pagar…

—No todos somos iguales —cortó el agente—.

—Ya, pero le debes obediencia a ese ¿no? Ayer quedó bastante claro.

—Si puedo rebatir sus argumentos, no. Ayúdame y te ayudo. ¿Qué hacíais ayer de madrugada sin rumbo fijo en un coche? ¿Queríais montar jaleo, buscabais a alguien para hacerlo? ¿Necesitabais dinero? ¿Os tomasteis la justicia por la mano, atracasteis el bar y salió mal?

El más joven de los dos se acercó a los barrotes mientras el otro sospechoso se dirigía al fondo de la celda.

—Mire, nosotros no estamos metidos en nada de eso. No necesitamos atracar un bar para tener dinero. Solo pensamos en la siguiente pelea de boxeo profesional, entiéndalo. —Señaló al fondo de la celda, donde el otro hombre permanecía a la escucha—. Habíamos salido a divertirnos antes de que él se encierre para entrenar durante varios meses. Además, si nosotros hubiéramos participado en esa carnicería, ¿no cree que llevaríamos alguna mancha de sangre encima? Y ¡mírenos! ¿La tenemos? No. Somos inocentes. Esto es un grave error que espero que corrijan enseguida.

—No digas más, John, no servirá de nada.

El chico soltó los barrotes y se reunió con su compañero. Kevin aceptó que la conversación había terminado y devolvió la silla a su sitio original. Salió del pasillo de los detenidos con una sensación amarga en la boca. O él había perdido su instinto o DeSimone se equivocaba. En cualquier caso, se avecinaban problemas. Y el día no había hecho más que comenzar.

El interrogatorio

Vincent y Kevin tomaron asiento frente al sospechoso. El inspector hizo una señal al agente y éste colocó en mitad de la mesa la grabadora y pulsó el botón. Tras un pequeño siseo, la cinta comenzó a girar.

—Comienza el interrogatorio al primer sospechoso del crimen del Lafayette. Diecisiete de junio de mil novecientos sesenta y seis. Once y cuarto. Diga su nombre.

—Arthur

—¿Apellido?

—Bello.

—Bien, Arthur. Está aquí en calidad de sospechoso. ¿Tiene algo que decirnos?

—Que soy inocente.

—Disculpe —rebatió el inspector—, recuerde que lo encontramos de madrugada robando la caja registradora del Lafayette Grill rodeado de cadáveres. La verdad es que no pinta muy bien para usted si no puede explicar qué hacía allí en aquel momento.

—Verán, yo…—titubeó el detenido—, hacía mucho calor y salí a pasear sin rumbo fijo. Recuerdo que saqué un cigarrillo y en el momento en el que lo encendí escuché varios estallidos y poco después un coche derrapó sobre el asfalto. Cuando llegó a mi lado, me asusté, pero pasó de largo así que me acerqué al sitio desde el que creí que habían sonado los disparos. Entré y vi la sangre y los muertos. Yo no podía hacer nada por ellos. La caja estaba abierta, con todos esos dólares allí. Nadie los iba a reclamar, así que…

—Así que los metió en sus bolsillos. Los robó.

Arthur tragó con dificultad. No había escapatoria posible. Asintió muy despacio.

—Robar es un delito, Bello. Pero matar es un crimen, un asesinato. Es mucho más grave, debe saberlo. La condena cambia mucho. —el inspector se inclinó sobre la mesa y recalcó con expresión severa—: En algunos estados incluso puede conllevar la pena de muerte. Yo creo que no fue usted quien los mató, pero tendríamos que convencer al jurado de que es inocente de esas muertes. —DeSimone introdujo un breve y significativo silencio al tiempo que volvía a incorporarse—. Cualquier cosa que recuerde de aquella noche y que pueda darnos una pista sobre la identidad de los asesinos sería bien recibida y probablemente rebajaría su condena. Yo haría todo lo posible porque así fuera. Por ejemplo, si pudiera reconocerlos nos ayudaría mucho. ¿Cree que si le muestro varias fotografías sería capaz de identificarlos?

Arthur cabeceó en señal afirmativa, ya se le ocurriría algo. En su experiencia, aquella oferta era un hecho extraordinario, no esperaba que el inspector se lo pusiera tan fácil. Y él, a cuenta de no volver a la cárcel, podría hacer cualquier cosa que le pidieran. Hasta vender su alma al diablo.

—Mire estas imágenes, señor Bello. —Vincent no esperó a que el sospechoso contestase—. Estoy convencido de que una situación tan impactante como la que vivió anoche tuvo que dejarle una gran impresión. Nunca olvidaría a aquellos hombres, ¿no es cierto? Fíjese bien, por favor. —DeSimone dispuso varias fotografías sobre la mesa y arrastró un par de ellas hasta dejarlas a escasos centímetros del sospechoso.—. ¿Reconoce a alguno de ellos?

Arthur no titubeó ni un segundo. El tren no pasaría dos veces delante de él, estaba seguro, afirmó con un cabeceo y señaló las dos imágenes que el inspector le había acercado.

—Que conste que el sospechoso ha reconocido a los dos detenidos. Fin del interrogatorio, día diecisiete de junio de mil novecientos sesenta y seis. Puede apagar la grabadora, Kevin.

***

—Señor, quisiera preguntarle un par de cosas respecto al caso. Hay algo que no entiendo.

—Dígame agente —contestó DeSimone al tiempo que salía de su despacho—. Vamos a comunicarles a los detenidos que ya pueden buscarse un abogado. Ya no son sospechosos, ahora son acusados.

—Pero ¿está seguro de su culpabilidad? Hay muchos hechos sin demostrar, y también está la presunción de inocencia ¿no?

El inspector se detuvo y lo miró fijamente.

—Hijo, ¿qué es lo que no entiende? Se lo explicaré.

—Es que, mire, dentro del coche no encontramos armas ni dinero.

—Lo pudieron dejar en algún sitio cercano. Tuvieron tiempo de hacerlo desde que dispararon hasta que usted los detuvo. Yo no tengo dudas de que son culpables. ¿Algo más?

—Bueno, no se les ha tomado huellas del calzado que llevaban y tampoco se ha comprobado que las marcas de los neumáticos fueran las de su coche.

—No se han cotejado todavía, agente. Todavía. Y le recuerdo que tenemos una testigo que identificó el vehículo por sus faros traseros. Son culpables.

—Pero señor, ¡no tienen manchas de sangre en sus ropas! Ellos mismos me lo han dicho antes y lo he visto con mis propios ojos.

DeSimone se giró hacia Kevin como una fiera enjaulada

—¿Qué es lo que ha dicho? ¿Ha actuado a mis espaldas? Hacer un interrogatorio en solitario y sin grabadora va contra el reglamento. ¿O es algo más? ¿Tan rápido quiere escalar? Le recuerdo que soy yo el

que está al frente de esta investigación y esto no es un buen comienzo para usted.

—Lo siento, inspector tan solo trataba de entender.

—Agente Rivers, usted no tiene que entender nada, no tiene que investigar nada. Para eso estoy yo. Limítese a hacer cuanto le ordene y las cosas irán bien. ¿De acuerdo? Observe y aprenda, su opinión no es relevante. ¿Queda claro? Podría expedientarle por lo que ha hecho, incluso puede que con un breve informe su carrera termine aquí, justo antes de empezar. ¿Es eso lo que quiere? Porque está a punto de conseguirlo. Buenos días, Peterson —se dirigió hacia el agente que custodiaba los calabozos.

—Buenos días, inspector. El agente Rivers vuelve al ataque ¿eh? —ante la expresión de Vincent, el policía se explicó—. Vino al comienzo de la mañana y estuvo varios minutos con los sospechosos. Así que han encontrado algo ¿no?

Vincent franqueó la puerta sin contestar al agente y Kevin bajó la cabeza, avergonzado. El día no estaba mejorando precisamente.

1948: Resurrección

El hombre tiene una enorme brecha de la que ha manado suficiente sangre como para empapar la tierra bajo su cabeza. Permanece quieto, con los ojos cerrados, y su pecho no parece hincharse y deshincharse al ritmo de ninguna respiración. Ru lo mira detenidamente. Deduce que es un miembro apreciado de la comunidad. De los que han tenido la suerte de prosperar un poco gracias al color claro de su piel. La ropa que viste no está remendada, lleva un buen reloj, sus zapatos están usados pero aún tienen brillo y al sombrero, que ha caído a un lado de su cuerpo, aún le quedan muchos meses de vida por delante. Eso si el hombre no ha muerto. De eso Ru no está seguro. De lo que sí que lo está es de que las actividades que el tipo ha ido a consumar en los alrededores del vertedero en ningún caso serían aprobadas por la comunidad.

Ru toca con la punta de la zapatilla el cuerpo inmóvil del hombre que yace en el suelo con la cabeza ensangrentada. No se mueve. Poco más o menos en el mismo instante Ade, Keanon, Zareb y Daren se congregan a su alrededor casi sin aliento.

—¡Joder! ¿Estás bien?

Ru asiente con un golpe de cabeza. Los muchachos han llegado corriendo, atolondrados y con un montón de preguntas que formulan de golpe.

—¿Quién es? ¿Lo conoces?

—¿Qué ha pasado?

—Daren nos ha dicho que un tipo ha intentado…

No hace falta que el chico diga más. A la mente de todos ellos llega la imagen de Jim, un vecino de la calle poco mayor que ellos. Semanas atrás desapareció durante varias horas. Nadie sabía dónde estaba. Organizaron una batida, pero no consiguieron encontrarlo. Al día siguiente lo vieron caminando como un aparecido por la calle. Llegó mudo, arrastrando los pies, con la boca partida, un ojo hinchado y los pantalones desgarrados con una inequívoca mancha de color granate oscuro en la costura trasera. Desde entonces no había sido el mismo.

—¡Joder, qué puntería, Ru! Le has abierto la cabeza.

—¿Te lo has cargado?

—N-no lo sé. Pero no me im-mporta. Volvería a hacerlo —dice con un brillo desafiante en los ojos—. P-puto blanquito de mierda. Quería llevarse a D-Daren.

—Pues parece que está muerto. Mi abuela tenía esa pinta cuando palmó en casa. Murió en el sofá mientras dormía. Luego se puso tiesa

y casi no la podíamos subir a la cama para el velatorio.

Durante un segundo todos miran al hombre y ninguno dice nada hasta que Keanon se acerca y lo gira hacia arriba.

—¡Joder, se parece al tipo de la peli de la semana pasada! El Skeleton ese, ¿os acordáis? Mierda, no será él, ¿no? —Toda insolencia abandona al chico que, atemorizado, comienza a hacer preguntas rápidas— ¿Y ahora qué hacemos? ¿Lo arrastramos al volcán y lo echamos dentro?

—No —responde Ru. Aún es capaz de mantener la calma, aunque su respiración es más rápida que de costumbre y ha comenzado a sudar copiosamente—. No os acerquéis, mejor volved al pueblo. Alguien lo echará en falta y vendrán a buscarlo. Cuanto menos puedan relacionarnos con él, mejor.

Los muchachos, colmados de adrenalina, remolonean y dilatan el momento de irse. Probablemente este sea uno de los instantes más importantes de sus vidas. Nunca antes habían visto un muerto tan de cerca.

— ¡Vamos, Daren! —insiste Ru—. Y separaos en cuanto lleguéis. Nos reuniremos esta noche donde siempre. Hablaremos entonces.

Una vez que los chicos desaparecen de su vista, Ru se gira de nuevo hacia el hombre. No parece gran cosa ahí tirado con el traje lleno de tierra. Si no fuera por la sangre que resbala por su frente cualquiera diría que es un blanco gordo echando una siesta después de una mala tarde de alcohol. Resopla y, antes de irse, se agacha sobre el hombre escudriñando su cara con una mezcla de odio y curiosidad. La sangre que ha resbalado desde la frente, se ha mezclado con la tierra y se ha acumulado en la cuenca de uno de sus ojos, dándole una pinta de postilla repulsiva.

—¡Cristo! ¡Maldita sea! —exclama Ru cuando el otro ojo comienza a parpadear. El hombre rompe su quietud y trata de levantarse. Cae hacia atrás y se queda sentado, aturdido mientras contempla al tipo levantarse con bastante agilidad a pesar de su estado.

—¡Tú, maldito tizón! —dice al acercarse con ademán furioso— ¡No te librarás, te daré tu merecido!

La mano del tipo se extiende como una garra sobre el hombro de Ru, quien, ante el peligro, responde de manera automática. Saca del bolsillo de su pantalón la única cosa buena que obtuvo de las reuniones a los que su madre le obligó a ir, su navaja de los Boy Scouts. La desenfunda con un movimiento seco y la hunde con rabia en el brazo del tipo. El silencio se rasga con un grito profundo que denota cómo la hoja de acero recorre su carne.

Ru aprovecha el momento. Se levanta de un salto y echa a correr hacia el pueblo, agradecido. Nunca hubiera pensado que aquel regalo de los santurrones cantarines le hubiera servido para algo más que

tallar figuritas de madera y cortar algún pedazo de queso.

Un último encuentro

El pasillo alargado y estrecho de los calabozos olía a orines y sudor. Kevin arrugó la nariz y siguió los pasos iracundos del inspector Saverio a lo largo del corredor. Uno, al lado de la pared desconchada y sucia. Otro, a escasos centímetros de la hilera casi ininterrumpida de barrotes de metal. El paseo se hizo penoso y largo para Kevin, que caminaba por inercia, abatido y serio. No entendía la obstinación del inspector por el caso ni por los detenidos, tampoco llegaba a entender las graves consecuencias que sus actos inocentes estaban a punto de acarrearle. Sabía que Saverio era un tipo terco, pero lo suponía más objetivo. Se detuvieron en la última celda.

Los escasos y pequeños ventanucos de los calabozos apenas dejaban pasar una ridícula cantidad de luz. El inspector arrastró la silla de madera y la dispuso frente a la reja mugrienta. Frente a él, dos hombres sentados sobre sendos catres permanecían en una penumbra silenciosa. Saverio tomó asiento y se inclinó hacia delante.

—Buenos días, señores —dijo con tono templado—, creo que es la segunda visita que reciben hoy —Kevin tragó saliva y bajó los ojos—. Lo siento, pero no traigo buenas noticias. Están ustedes detenidos y acusados del crimen múltiple en el *Temptation*. ¿Tienen algo que decir?

Dentro de la celda uno de los hombres levantó la cabeza.

—No diremos nada —dijo dirigiéndose al policía y a su compañero de celda al mismo tiempo—. Esperaremos a nuestro abogado.

—Por supuesto, están en su *derecho* —imprimió un tono mordaz al pronunciar la última palabra— e incluso si no lo tienen, aquí el agente Rivers puede hacer una llamada y asignarles uno de oficio. Claro que, como les digo, todo resultaría más sencillo si confiesan su crimen.

El hombre que había tomado la palabra anteriormente se levantó.

—Somos inocentes. Y sé bien cuál es su juego. Tratarán de enfrentarnos, de asustarnos y después jugarán a suavizar la situación. El poli bueno y el poli malo. Ya está todo inventado, no se moleste. No diremos nada. Solo hablaremos en presencia de nuestro abogado.

El inspector Saverio comenzó a impacientarse. Movía arriba y abajo su pierna en un tic nervioso que no auguraba nada bueno.

—¿Por qué los mataron? —preguntó—. ¿Qué buscaban? ¿Fue un ajuste de cuentas o sencillamente porque ellos eran blancos? Les repito que será mejor que confiesen sus crímenes. Su alma descansará en paz, se hará justicia y es posible que el juez lo vea como un acto de arrepentimiento.

El hombre que se había levantado dentro de la celda se acercó a

los barrotes lentamente, Kevin hasta hubiese dicho que con pasos casi felinos y desprovisto de cualquier señal de alarma. El agente volvió a preguntarse por qué le resultaba tan familiar. Su postura denotaba seguridad y algo de arrogancia. ¿El sospechoso tendría antecedentes? Eso explicaría su singular actitud ante la autoridad.

—Somos inocentes —insistió el detenido—. Y ustedes lo saben.

El inspector Saverio denegó con un movimiento de cabeza.

—No se equivoquen, señores. Lo que sabemos es que merodeaban en plena madrugada en un vehículo que ha sido identificado por una testigo como el coche en el que huyeron los criminales. Tenemos además dos testigos presenciales que les han reconocido como los asesinos de Cal Johnson, el barman del *Temptation* y Al Noukays, un cliente del mismo. Así que, si insisten en su inocencia, tendrán que demostrarla.

—Pues yo lo veo de otra manera —respondió el hombre desde el interior de la celda—. Hay un pequeño matiz. Aquí al lado hay un sospechoso que tenía las manos dentro de la caja registradora. Estaba en el lugar del crimen, como dicen ustedes, sus manos, ropa y calzado estaban manchadas de sangre. Y nosotros no tenemos ni una pequeña salpicadura. No estuvimos allí. No fuimos nosotros. Somos inocentes. ¿Por qué se empeña en lo contrario?

Kevin observó estupefacto la espalda del inspector. Hubiera jurado ante el padre Colin que las costillas de Saverio se habían ensanchado varios centímetros de pronto al tiempo que su voz se volvía más profunda y cortante. El agente Rivers dio un paso al frente, pero Saverio se giró y enfrentó su mirada. Las pupilas eran dos ascuas ardiendo. Kevin retrocedió. Por nada del mundo hubiera querido estar dentro de esa celda o ser el objetivo del inspector. En aquel momento incluso se sintió aliviado por asistir a aquel interrogatorio en calidad de público sin voz ni voto.

—Porque lo sé —respondió Saverio enfrentándose de nuevo al sospechoso—. Una cucaracha como tú no puede evitarlo. Antes o después tiene que destruir cuanto está a su alrededor, todo aquello que envidia, que anhela poseer. Arrogante, presuntuoso y embustero, siempre resistes. Crees que eres alguien o que llegarás a serlo. Un púgil importante ¿no? Olvídate. Te pudrirás aquí dentro. —Cruzó pulgar e índice y besó la intersección de sus dos dedos—. Por mi padre que lo harás. Te conozco, Rubin Carter y tú no deberías haberme olvidado, tizón.

El boxeador tuvo que sujetarse a los barrotes mientras los latidos de su corazón se aceleraban y los brazos comenzaban a temblarle descontrolados. La sombra de un recuerdo se abrió paso en su mente.

***

El sonido seco de los nudillos contra la puerta acompaña al timbre de entrada. Ru asoma la cabeza por el pasillo y ve a su madre con su andar patizambo encaminarse hacia la puerta. Son casi ocho meses de embarazo. Ru ve al tiempo su figura oronda y, a través de los tres pequeños vanos acristalados que cruzan en diagonal la puerta de la vivienda, las luces rojas y azuladas de la policía.

La mujer se limpia las manos en el trapo que cuelga del delantal que lleva puesto, baja la manilla y abre un pequeño resquicio por el que asoma apenas la nariz. Ella, como todos los habitantes del bajo Rosestone, sabe que la presencia de la policía nunca trae nada bueno. Y esta no será una excepción.

—¿Sí? Díganme, ¿qué sucede?

Ru no consigue escuchar la respuesta que los polizontes le han dado a su madre, pero el aire desaparece de sus pulmones cuando ella abre la puerta de par en par, asiente, retrocede un paso y se hace a un lado como resignada, dejando caer al suelo el trapo que llevaba en las manos. Él se queda esperando en un recoveco del pasillo y, con un brazo, detiene a Daren que sale raudo al oír el timbre.

—E-espera un poco, n-no me fio un pelo.

El chico asiente y obedece. Ru tensa los músculos cuando su madre se gira hacia el interior y lo llama por su nombre. Piensa en salir huyendo, pero la ve temblar indefensa y acude a su lado. Cuando ve su navaja de los Boys Scouts en manos del agente ya es demasiado tarde. Además, al lado del policía está el tipo que quiso llevarse a Daren. Lleva el mismo sombrero, el brazo en cabestrillo y una mirada fiera en el rostro. Le acompaña un chico algo mayor que el propio Ru, por el parecido físico deben ser padre e hijo deduce.

—¡Es él! —comienza a gritar el hombre en el mismo instante en el que lo ve— ¡Ese es el maldito bastardo que me atacó! Ese tizón me ha dejado tullido Frank, adelante, detenlo antes de que acuchille a otro inocente.

—Por favor, señor, déjeme hacer mi trabajo. Chico, tendrás que acompañarnos. —le dice el policía de forma pacífica, y después se gira hacia la mujer—. Señora, nos lo llevamos. Estará en el calabozo hasta que sea interrogado.

Ru sale de casa escoltado por el policía alto que no puede evitar que el tipo que intentó llevarse a su hermano se le acerque. La cicatriz en su frente es evidente y la boca que se le acerca huele a tabaco y a rabia contenida. Unas gotas le salpican la cara cuando el tipo escupe las palabras que marcarán su vida:

—Mírame chico, ¡mírame! No te olvides nunca de esta cara ni de mi nombre, tizón. Soy Saverio, Enrico Saverio y me las vas a pagar todas juntas por esto. Lo juro por mi vida. Matt, muchacho, recuerda, nunca te fíes de un tizón. ¡Nunca! ¿Me has oído?

El joven asiente con los ojos arrasados en lágrimas. Jamás ha visto a su padre así. Cruza su mirada con el chico de color que está a escasos centímetros e intenta entender por qué lo ha hecho. Por qué le atacó, por qué mintió. Por qué a él, un inspector de policía recto y honrado. Pero, enseguida se repone. Si su padre lo ha dicho, es así. Ese negro tiene la culpa de todo. Y no duda en absoluto de que el inspector Saverio cumplirá su promesa. Y si no, ahí estará él para hacerlo.

***

—N-no puede ser —dice Ru agarrado a los barrotes.

—Lo es—contestó el inspector Matt Saverio.

Rubin supo entonces que no tenía salvación, que no saldría de aquella celda jamás. Comprendió también que nunca conseguiría su sueño, ser campeón del mundo y se rindió allí mismo ante el mundo.

Kevin no salía de su asombro. ¿Ru? ¿Ese hombre era Rubin Carter? Ahora sabía de qué le sonaba aquella cara, el famoso Hurricane, el boxeador. Sintió lástima por el hombre alto que ahora se encorvaba sobre sí mismo dentro de la celda al comprender que *aquel que una vez hubiera podido ser campeón del mundo* continuaría detrás de los barrotes por tiempo indefinido. No sabía el motivo pero estaba seguro de que Saverio no cejaría en su empeño, igual que haría un perro rabioso royendo un hueso atrapado entre sus garras.

Backstage: algo de historia

Hurricane se grabó por primera vez en julio de 1975 y pertenece al género conocido como canción protesta. Bob Dylan la escribió tras leer la historia de Rubin Carter en su autobiografía y reunirse con él en la cárcel. Encauzó los sentimientos de injusticia social y racismo que provocaron en él la falsa acusación de un triple asesinato en una canción que daría la vuelta al mundo. Pero no todo fue fácil con esta canción, tuvo que modificar la letra y volver a grabarla porque sus abogados temían que los dos testigos del caso podrían demandarle. Finalmente no fueron ellos sino Patty Valentine quien demandó a Dylan porque se sintió señalada como parte de una conspiración para incriminar al boxeador aunque su demanda fue desestimada.

Planteamientos legales aparte, ha sido una canción muy controvertida ya que no se le han perdonado las licencias poéticas que el autor se tomó para componerla y se le acusó de excesivo buenismo (el cantante no habla del carácter violento del púgil) y datos erróneos (se habla de Carter como el contendiente número uno cuando nunca se clasificó por encima del tercero).

Después de esta primera incursión, se incluyó en el álbum *Desire* en enero de 1976 y se le atribuye haber logrado poner el foco en el caso de Hurricane Carter y conseguir apoyos legales y económicos para defender al púgil ante el tribunal. A pesar de que la canción favoreció un nuevo juicio, Rubin Carter y John Artis fueron condenados y considerados culpables en febrero del mismo año. Hasta 1985 Carter no recibió la condicional, pero su libertad no llegó hasta 1988 cuando todos los cargos pendientes contra él se retiraron.

El 25 de enero de 1976 fue la última vez que Bob Dylan interpretó esta canción.

El caso de Huracán Carter volvió a ser mediático en 1999 gracias a la película The Hurricane protagonizada por Denzel Washington.

Una canción de estas características (controvertida e hija de un también controvertido Premio Nobel) no podía pasar sin pena ni gloria por el paseo de las versiones. En mi opinión gana más cuando la interpretación tiene un ritmo más elevado, pero a continuación encontrarás de todo.

Hay algunas versiones que apenas difieren de la original, pero otras destilan matices que las hacen especiales. No falta la versión en castellano que también te dejo en el listado.

Furthur https://www.youtube.com/watch?v=hMPPnACb6qk

Middle Class Rut
https://www.youtube.com/watch?v=r_HKORmADic

Milltown Brothers
https://www.youtube.com/watch?v=d22NrfVwOEU

Dani Martín
https://www.youtube.com/watch?v=-MYwUP2QnUA

Scarlet Rivera
https://www.youtube.com/watch?v=ktoWA-B60QQ

Ani DiFranco
https://www.youtube.com/watch?v=6On-ywDr-GU&list=PLkJMrbTU-cLpXMr03fQuqaMq9rgm1bzb0

Dorsal Fin (versión en castellano)
https://www.youtube.com/watch?v=h6rolaxgJwQ

La canción

Pistol shots ring out in the barroom night
Enter Patty Valentine from the upper hall
She sees a bartender in a pool of blood
Cries out my God, they killed them all
Here comes the story of the Hurricane
The man the authorities came to blame
For somethin' that he never done
Put in a prison cell, but one time he could-a been
The champion of the world

Three bodies lyin' there does Patty see
And another man named Bello, movin' around mysteriously
I didn't do it, he says, and he throws up his hands
I was only robbin' the register, I hope you understand
I saw them leavin', he says, and he stops
One of us had better call up the cops
And so Patty calls the cops
And they arrive on the scene with their red lights flashin'
In the hot New Jersey night

Meanwhile, far away in another part of town
Rubin Carter and a couple of friends are drivin' around
Number one contender for the middleweight crown
Had no idea what kinda shit was about to go down
When a cop pulled him over to the side of the road
Just like the time before and the time before that
In Paterson that's just the way things go
If you're black you might as well not show up on the street
'Less you want to draw the heat

Alfred Bello had a partner and he had a rap for the cops
Him and Arthur Dexter Bradley were just out prowlin' around
He said, I saw two men runnin' out, they looked like middleweights
They jumped into a white car with out-of-state plates
And Miss Patty Valentine just nodded her head
Cop said, wait a minute, boys, this one's not dead
So they took him to the infirmary
And though this man could hardly see
They told him that he could identify the guilty men

Four in the mornin' and they haul Rubin in
They took him to the hospital and they brought him upstairs
The wounded man looks up through his one dyin' eye

Says, wha'd you bring him in here for? He ain't the guy!
Here's the story of the Hurricane
The man the authorities came to blame
For somethin' that he never done
Put in a prison cell, but one time he could-a been
The champion of the world

Four months later, the ghettos are in flame
Rubin's in South America, fightin' for his name
While Arthur Dexter Bradley's still in the robbery game
And the cops are puttin' the screws to him, lookin' for somebody to blame
Remember that murder that happened in a bar
Remember you said you saw the getaway car
You think you'd like to play ball with the law
Think it might-a been that fighter that you saw runnin' that night
Don't forget that you are white

Arthur Dexter Bradley said I'm really not sure
The cops said a poor boy like you could use a break
We got you for the motel job and we're talkin' to your friend Bello
You don't wanta have to go back to jail, be a nice fellow
You'll be doin' society a favor
That sonofabitch is brave and gettin' braver
We want to put his ass in stir
We want to pin this triple murder on him
He ain't no Gentleman Jim

Rubin could take a man out with just one punch
But he never did like to talk about it all that much
It's my work, he'd say, and I do it for pay
And when it's over I'd just as soon go on my way
Up to some paradise
Where the trout streams flow and the air is nice
And ride a horse along a trail
But then they took him to the jailhouse
Where they try to turn a man into a mouse

All of Rubin's cards were marked in advance
The trial was a pig-circus, he never had a chance
The judge made Rubin's witnesses drunkards from the slums
To the white folks who watched he was a revolutionary bum
And to the black folks he was just a crazy nigger
No one doubted that he pulled the trigger
And though they could not produce the gun
The D.A. said he was the one who did the deed
And the all-white jury agreed

Rubin Carter was falsely tried
The crime was murder one, guess who testified
Bello and Bradley and they both baldly lied
And the newspapers, they all went along for the ride
How can the life of such a man
Be in the palm of some fool's hand
To see him obviously framed
Couldn't help but make me feel ashamed to live in a land
Where justice is a game

Now all the criminals in their coats and their ties
Are free to drink martinis and watch the sun rise
While Rubin sits like Buddha in a ten-foot cell
An innocent man in a living hell
That's the story of the Hurricane
But it won't be over till they clear his name
And give him back the time he's done
Put in a prison cell, but one time he could-a been
The champion of the world.

Letra traducida

Se oyen tiros que provienen del bar,
entra Patty Valentine del piso de arriba,
ve al camarero tumbado en un charco de sangre,
grita "oh Dios mío, los han matado a todos".

Aquí viene la historia de Huracán Carter,
el hombre al que las autoridades vinieron a culpar
por algo que nunca hizo.
Le metieron en una celda, pero una vez,
pudo haber sido el campeón del mundo.

Tres cuerpos tumbados, eso es lo que Patty ve,
y otro hombre misterioso llamado Bello,
moviéndose por allí de forma misteriosa.
"Yo no lo hice" dice él, y mantiene sus brazos arriba.
"solo estaba robando la caja, espero que lo entiendas"
"Los vi marcharse" dice, y se para:
"mejor que uno de nosotros llame a los polis".
Y así Patty llama a la policía, y llegan a la escena,
con sus luces rojas dando fogonazos
en una calurosa noche en New Jersey.

Mientras tanto, lejos en otra parte de la ciudad,
Rubin Carter y algunos amigos dan una vuelta con el coche.
El aspirante número uno a la corona del peso medio,
no tenía ni idea de la mierda por la que estaba a punto de pasar,
cuando un policía le hizo echarse a un lado de la carretera,

como en un tiempo anterior, y antes de eso,
en Paterson, así es como funcionan las cosas,
si eres negro quizás no quieras asomarte por la calle
salvo que quieras atraer el calor (atraer a la policía).

Cuatro meses después, los guetos están en llamas,
Rubin está en Sudamérica peleando por su nombre,
Arthur Dexter Bradley está todavía metido en atracos,
y los polis le están apretando los tornillos,
buscando a alguien a quien culpar.

¿Recuerdas el asesinato con el que te topaste en aquel bar?
¿Recuerdas que dijiste que viste el coche de la huida?
¿Te gustaría cooperar con la ley?
¿Crees que podría haber sido
aquel boxeador que corría aquella noche?
No te olvides de que eres blanco.

Arthur Dexter Bradley dijo: "no estoy seguro "
Los policías dijeron: "a un pobre chico como tú
le vendría bien una oportunidad" (Un poco de manga ancha).
Te tenemos pillado por el trabajo (atraco) en el motel,
y estamos hablando con tu amigo Bello.
No quieres tener que volver a la cárcel,
sé un buen chico, le estarás haciendo un favor a la sociedad.
Ese hijo de perra es valiente y se está volviendo más valiente,
queremos meter su culo entre rejas,
queremos culparle por esos tres asesinatos,
no es Gentleman Jim.

Las cartas de Rubin estaban marcadas por adelantado,
el juicio fue una farsa (un "circo de cerdos"),
nunca tuvo una oportunidad.
El juez hizo parecer a los testigos de Rubin
alcohólicos de los suburbios.
Para la gente blanca que miraba,
él era solo un vagabundo revolucionario.
Y para la gente negra, era solo un negrata loco.
Nadie dudó que él apretó el gatillo,
a pesar de que no enseñaron el arma.
El fiscal del distrito dijo que fue él el que cometió los hechos,
y el jurado compuesto por blancos estuvo de acuerdo.

Ahora, todos los criminales, con sus abrigos y sus corbatas,
son libres para beberse sus martinis y ver salir el sol,
mientras Rubin se sienta como Buda
en una celda de diez pies,
un hombre inocente viviendo un infierno.

Sí, esta es la historia de Huracán,
pero no terminará hasta que limpien su nombre,
y le devuelvan el tiempo que pasó cumpliendo condena.
Le metieron en una celda, pero una vez,
pudo haber sido el campeón del mundo.

Antes de finalizar

Durante la escritura y corrección de estos relatos han sucedido varias cosas que no por esperadas han sido menos difíciles. Por eso quiero agradecer a todas y cada una de las personas que han estado cerca y me han demostrado su apoyo y ánimo. No quiero dar nombres porque me faltarían líneas o memoria. Todos y cada uno de vosotros sois maravillosos, especiales y grandes. Muy grandes. Gracias por estar cerca y por apostar por mí.

Y a ti lector, lectora, ojalá hayas disfrutado con la este primer volumen de la serie Pentagrama Criminal. Te espero por aquí en breve, cuando Sol vea la luz. Cuento contigo.

Hasta entonces, ¡felices lecturas!